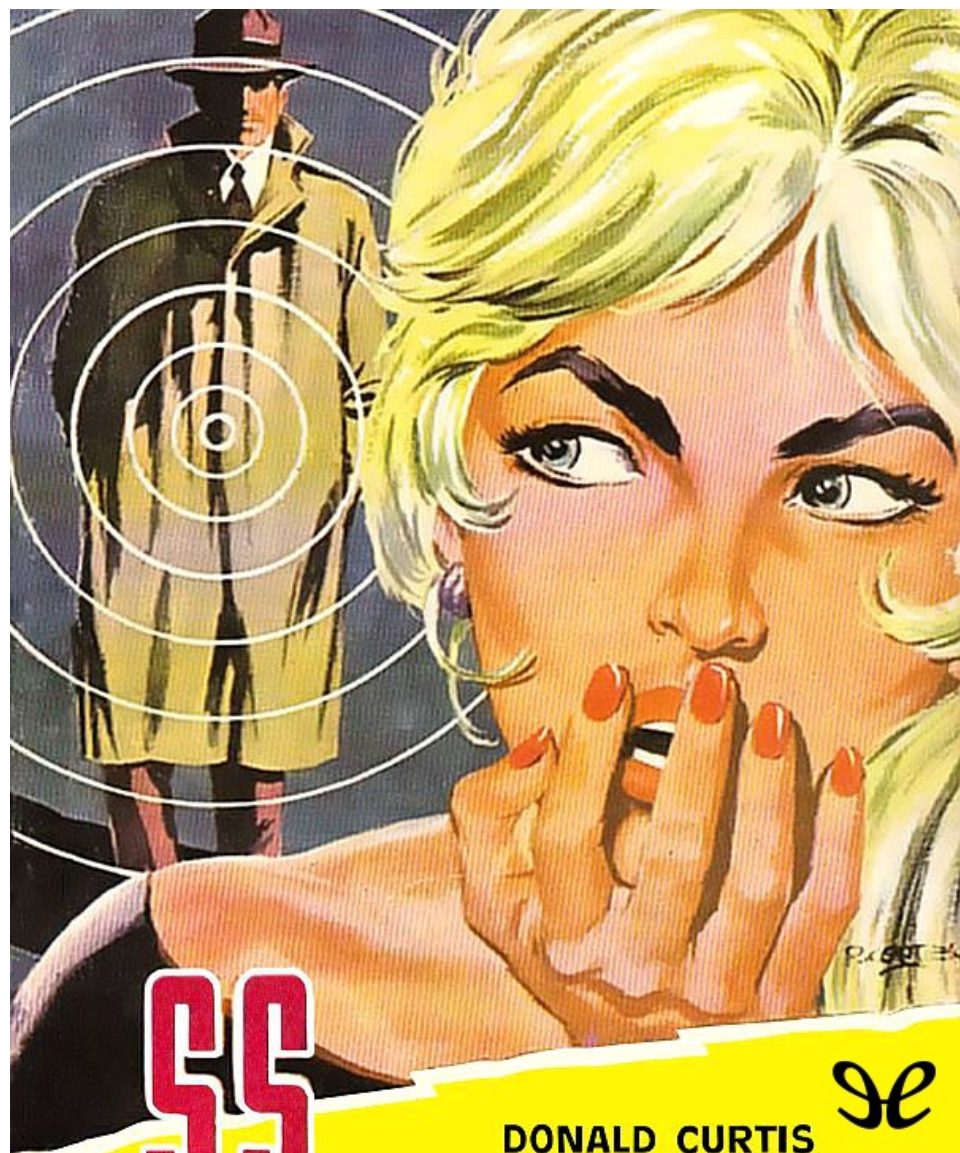




SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

de

LA VORAGINE

No había sido difícil.

Apenas unos momentos, unos cortos minutos de angustia, esperando el fracaso de su intento, y con ello el desastre definitivo, y allí estaba ahora. Libre.

¡Libre! Era una palabra tan asombrosa. Sintió ganas de echar a correr, unas alas invisibles se agitaban a sus pies, aguijoneándola a lanzarse a la carrera pero no lo hizo. Tuvo serenidad. Sabía que una simple precipitación, un paso en falso, lo echaría todo a perder.



Donald Curtis

La vorágine

Bolsilibros: Servicio Secreto - 500

ePub r1.0

jala y Titivillus 17.12.17

Título original: *La vorágine*
Donald Curtis, 1960

Editores digitales: jala y Titivillus
ePub base r1.2





Donald Curtis

La vorágine

1ª. EDICIÓN

MARZO - 1960

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

LA VORAGINE

PER

DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

ELLA

No había sido difícil.

Apenas unos momentos, unos cortos minutos de angustia, esperando el fracaso de su intento, y con ello el desastre definitivo..., y allí estaba ahora. Libre.

¡Libre! Era una palabra tan asombrosa... Sintió ganas de echar a correr, unas alas invisibles se agitaban a sus pies, aguijoneándola a lanzarse a la carrera pero no lo hizo. Tuvo serenidad. Sabía que una simple precipitación, un paso en falso, lo echaría todo a rodar.

No, no podía perder el control de sus nervios. Era necesaria serenidad, mucha serenidad. Aún no estaba a salvo, aún no estaba definitivamente alejado el peligro.

Se mezclaba entre la gente con un placer casi sensual, se dejaba bañar por la luz deslumbradora de los escaparates, y sus ojos se abrían enormemente ante todas las cosas, igual que una provinciana recién llegada a la capital.

De buen grado hubiese entrado en aquella tienda de modas y adquirido el precioso vestido, de cóctel azul y blanco. O en aquélla sombrerería donde exponían el gracioso sombrero verde, con un velo de tul sobre la *faz* del maniquí estilizado.

¿Y aquel cinematógrafo? Los carteles casi la fascinaron. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba al cine, al teatro, a un concierto o a un espectáculo cualquiera? ¿Cuánto tiempo hacía... *que no estaba en el mundo*, en contacto con la vida?

Caminó más aprisa, venció la tentación superflua y tonta del cinematógrafo, de las modas e incluso de un restaurante cuyos

escaparates ofrecían sabrosos manjares, y la sala, su confortable clientela de la tarde, alegremente sentada junto a mesas o al mostrador, disfrutando de su libertad, de su independencia de movimientos y de gustos...

Libertad, independencia... Ella también las tenía ahora. Sí, estaba en las calles, bajo la tarde azul y rosada que iba dejando poco a poco paso a la noche. ¡La noche!

Le asustó la idea de que se hiciera totalmente de noche, de que el cielo se volviera negro y estrellado sobre su cabeza. La noche no le gustaba. Nada que fuera oscuro y torvo podía gustarle.

Miró con aprensión hacia los luminosos que empezaban a parpadear sobre ella. Luego apresuró el paso. Como si eso pudiera alejarla de las sombras que, más allá de los fluorescentes y de las letras de colores centelleando en la noche, se cernían sobre la ciudad.

En alguna parte, sonó una sirena. ¿La policía? Se detuvo, con el corazón palpitante.

Tal vez era una ambulancia. Otra vez la ambulancia. La furgoneta blanca, de blanco interior y blancos cristales. Blanco de pesadilla, de horror, de agonía...

No era nada de eso. Un coche de extinción de incendios pasó veloz por la amplia calle, atrayendo la atención escasa de un grupo de viandantes.

Siguió andando. Se paró ante un vendedor de periódicos. Adquirió un ejemplar del «Tribune» de la noche. Era la última edición. Devoró ávidamente los titulares de sus páginas.

Le divirtió su propia ingenuidad. No podían traer nada. Nada todavía. Era pronto. Muy pronto. Apenas una hora, tíos. Aunque fueran cinco o seis. Los periodistas eran como magos que sacaban las noticias calientes de la manga, sí. Pero no tanto. No tan rápidamente.

Al otro día, sí. Entonces aparecería allí. En todos los diarios de la ciudad. Tal vez en casi todos los del país. Podía imaginar los titulares, Y la idea no le gustó. Estremeciósese, apresurando de nuevo el paso. Hizo un ovillo con el diario y lo dejó hundido en una papelería.

Tomó un autobús en la calle Dieciséis Oeste. Pidió billete hasta Michigan Avenue. El autobús comenzó a rodar por Chicago. La

ciudad era un ascua de luces multicolores al otro lado de las ventanillas. Dentro, iba ella. Con la mirada grande, ansiosa, tensa, fija *en* cada objeto exterior, en cada persona, en cada automóvil, en cada edificio.

Bajó antes de Michigan. En Halsted, a la altura de la Treinta y Uno. El río no quedaba muy lejos, y el aire olía allí a humedad y a carbón. Echó a andar, por la amplia acera llena de gente.

Pero andar cansaba mucho. Sobre todo, con la sombra siniestra detrás, como pegada a ella. Una sombra que no existía, que no podía ver cada vez que volvía la rubia cabeza, con cautela y miedo. Pero que en cualquier momento, de cualquier mancha de luz de la ciudad, podía brotar, materializarse, aplastarla y fundirla en su tiniebla horrenda.

Tropezó con un hombre y le pidió perdón. Él la miró, primero con indiferencia. Luego le sonrió, siguió sus curvas con mirada aviesa y le dijo algo poco galante. Ella fingió no oírlo y apresuró el paso. Había gente así. Después de todo, no eran malas. Había gentes peores; ella lo sabía. Mil veces peores.

Pero a pesar de todo, no le gustaban los tipos así. Respiró tranquila al dar esquinazo a su soez admirador, a la altura de Jefferson. Descendió hacia los Stock Yards.

Sentía flaquear sus piernas. Llevaba muchas horas sin probar bocado. Los labios, bajo el *rouge*, estaban resecos y cortados. Su boca parecía llena de algodón.

El rótulo de una cafetería-restaurant la detuvo. Los platos expuestos eran apetitosos. En la barra, cenaban algunos individuos. El olor a frituras y a pan tostado le hirió el olfato. Alguien descorchó una botella de cerveza y espumeó el líquido dorado, derramándose *en* un vaso.

Era más de lo que ella podía soportar. Giró bruscamente su cuerpo, juvenil y armonioso. Empujó la hoja de cristal de la puerta. El grato calorcillo de la cafetería la envolvió como una nube de humo invisible. Aspiró a pleno pulmón el aroma a mantequilla y a café.

Ocupó un asiento en el mostrador. Pidió huevos, jamón, ensalada, pastel, cerveza y café. Se encontró incómoda y se llevó la bandeja con su cena a una mesita arrinconada, tras la vidriera empañada por la diferencia de ambiente. Allí cenó, con verdadera

fruición.

¡Eran tan distintos aquellos alimentos! Tenían un sabor especial, diferente. Como si cada cosa fuera desconocida para ella. Como si cuanto había comido hasta entonces fuese artificial y no auténtico.

Estaba tomando café cuando le vio.

Ahogó con dificultad un grito. La faz pegada al cristal, aplastando sus facciones en el mismo, parecía la de un monstruo, un remedo burdo y horrible de ser humano. Los ojos, redondos y malignos, estaban fijos en su mesa..., en ella...

Se incorporó tan bruscamente que derribó la taza mediada de café. La silla tambaleóse a punto de caer. Un *marine* que tomaba consomé en la mesa posterior, preguntó con voz pastosa:

—¿Ocurre algo, señorita?

Ella no le hizo caso, y el infante de Marina se encogió de hombros. Se movió hacia la puerta. El rostro del ventanal despejóse del vidrio y también echó a andar hacia la entrada del establecimiento.

Se sintió acorralada, de nuevo en medio del círculo siniestro, asfixiante, demoledor. Giró la cabeza vivamente. Había una puerta posterior. La cafetería daba a dos calles. Pero ya esa puerta se movía. Un hombre alto, enjuto, con la expresión peculiar de los hombres que la perseguían, apareció allí. Incluso le hizo una mueca disimulada.

—No vas a escaparte, pequeña. Ahora te hemos cazado — pareció decirte sin palabras.

Ella captó el mensaje telepático, le hirió en su mente, como un alfilerazo venenoso.

No había servido de nada. La fuga, las calles, el autobús, el afán de burlarles. Había por todas partes gente de aquélla. A estas horas rodearían la ciudad por los cuatro costados para impedir que escapara. Era inútil intentarlo.

A pesar de ello, avanzó. Sus piernas esbeltas, bien formadas, se movieron hacia la salida posterior. El hombre de allí llevaba un ligero abrigo de entretiempo azul marino. Y un sombrero de fieltro negro. Tenía las manos hundidas en los bolsillos.

La estaba esperando. Con un asomo de sonrisa ante su docilidad, ante su rendición incondicional. Ella no detuvo su marcha, no la redujo. Avanzó, avanzó, avanzó...

Ya estaba frente al hombre. Él dio un paso, confiado, dueño de la situación. Bloqueaba totalmente la salida. Sabía que no podía perder la partida a esas alturas.

De súbito, ella reaccionó en forma distinta a como esperaba el hombre.

Aferró una bandeja de comida, ya vacía, que las camareras se disponían a retirar de una mesa. Con violencia, la arrojó contra el hombre. Éste, al verse venir el impacto, se cubrió el rostro con las manos, lanzando una interjección.

Rápida, ella aprovechó el momento de desconcierto, mientras la bandeja golpeaba en la cabeza al tipo del abrigo azul marino, y una espesa salsa roja se derramaba por entre sus manos, cuello y ropas. Una densa masa de spaguettis le embadurnó grotescamente, y él juró, irritado, pugnando por zafarse de todo ello.

Ella cruzó junto a él, lanzándole un feroz puntapié al tobillo. El hombre chilló. Luego la puerta vidriera la lanzó a la calle, y echó a correr. Alocada, desesperadamente. Golpeó contra varios transeúntes que iban en dirección contraria. Se oyeron taconazos ligeros tras ella. Un hombre volvió la esquina, aullando órdenes ásperas.

Siguió su carrera, sin alientos. Llamó a un taxi con ademanes frenéticos, pero el conductor la ignoró, pasando de largo. Su pecho parecía un volcán, el corazón latía violentamente, las piernas le flaqueaban a cada paso que daba.

Apenas si podía continuar. La carrera terminaría pronto. Y «ellos» estaban cerca, muy cerca...

La gente, entre sorprendida e indiferente, como siempre, se volvía al verla pasar como una exhalación. Llegó a un cruce congestionado de tráfico. Burló la luz roja de los peatones, y un agente silbó, estridente. Ella no cesó de correr.

El agente la alcanzó en el borde mismo de la acera, al otro lado. Cortés, pero firme, su mano se cerró sobre un brazo de la mujer. Ella se volvió. Una faz ancha y severa se encaró a la suya.

—¿No ha visto la luz, señorita? —preguntó, reprensivo.

—No..., no —jadeó, mirando atrás—. Tengo mucha prisa, señor. Por favor, suélteme...

—Escuche, jovencita. No voy a multarla como es mi obligación, pero sepa que si la reprendo ahora, es por su bien. Pudo atropellarla

un coche por su imprudencia. Si sigue haciendo eso, terminará bajo las ruedas de un...

Angustiada, volvió a mirar atrás. Allí estaban. Sonreían, radiantes, al verla frenada por el policía. Recobraron su compostura. Avanzaron lenta, serenamente.

—¿Me está escuchando? —Se irritó él—. ¡Son ustedes unas muchachas inconscientes y locas, a quienes hay que reprender como a críos!

—Por favor... —suplicó ella, con su mente trabajando a toda presión. Se inclinó hacia el guardia de tráfico—. Admito mis culpas, agente. Perdóneme o impóngame una multa. Pero por lo que más quiera, déjeme seguir. Esos hombres... vienen tras de mí...

—¿Eh? —El policía frunció el ceño y miró hacia donde ella, señalaba—. ¿Quiénes?

—Esos dos. ¿No les ve? Me vienen importunando, ofendiendo horriblemente, desde Halsted...

—¿Es posible? —El policía se llevó la mano a la gorra, en saludo cortés—. En ese caso, señorita, no se mueva. Va a ver lo que les digo a esos tipos...

Ella respiró fuerte. El agente, rápido, se movió hacia los dos hombres, que acababan de pisar la acera. Por un momento, el desconcierto asaltó a éstos.

—¿De modo que molestando a una dama en la calle? —estalló el agente—. ¿Es eso lo que están haciendo, no es cierto?

—Pero... —empezó el del abrigo azul marino.

—Y a lo que veo, ella le ha tenido que tirar encima algo bastante consistente —señaló sus manchas de salsa roja y las tiras de *spaguetti* adheridas aún a las solapas de su impecable abrigo—. ¿Saben lo que les ocurre a tipos como ustedes?

—Agente, creo que se equivoca —terció el otro, un tipo bajo y recio, de expresión amarillenta, el mismo que pegara su faz al cristal de la cafetería—. Nosotros...

—¡Ustedes van a dormir hoy en el Precinto! —sonrió el guardia—. Andando, amigos...

—¡Espere! ¡Mire, se escapa! ¿Ve lo que ha logrado? —aulló uno de ellos.

Quiso echar a correr tras de la joven, pero la zarpa del policía le frenó en seco.

—Alto, amigo. He dicho que... —Se volvió. Y con asombro, comprobó que era cierto. La joven denunciante escapaba a todo correr, acera abajo—. ¡Eh! ¡Oiga! ¡Deténgase!

—Buena la ha hecho —gruñó el del abrigo azul, irritado, zafándose de su mano—. ¡Es una loca, una anormal escapada de un sanatorio siquiátrico!

—¿Eh? —El policía, pálido, no sabía qué hacer ni decir. Luego enrojeció—. ¿Qué pruebas tienen de eso?

El de azul sonrió, desdeñoso, exhibiendo rápidamente un carnet.

—Sanitario Walton, del Medical Neurologic Center, en Fullerton —le mostró tales datos, con su fotografía y el emblema sanitario correspondiente—. ¿Se da cuenta ahora de su torpeza? ¡Esa mujer es una demente... y, lo que es peor, una asesina!

Echó a correr tras ella. El hombre fornido tardé un poco más, mientras mostraba al policía su propia tarjeta de identidad.

—Doctor Mac Callum, de Siquiatría y Alienismo —informó, escueto—. Ese hombre tiene razón. Nuestra paciente ha escapado de la clínica donde estaba recluida. Padece amnesia parcial, y locura homicida. ¡Es un peligro para la ciudad, agente! ¡Y usted la ha ayudado en su argucia!

Se lanzó a la carrera tras de su compañero, dejando perplejo al policía. Éste, tras una leve duda, se encaminó directamente a un teléfono. Marcó un número. Luego avisó:

—Una joven rubia, vestida de color verde y gris... Es una demente homicida. Peligrosa. Escapada del Medical Neurologic Center, en Fullerton. Avisen a las patrullas para su búsqueda. Llama el agente Rodney, desde Jefferson...

Colgó, algo más en paz con su conciencia. Le había parecido una muchacha normal, realmente en apuros. Claro que así eran los locos. En apariencia, más normales que otro cualquiera.

De pronto se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba la loca. Pero eso no era cuenta suya. Había obrado rectamente. No tenía nada que reprocharse. Volvió a su puesto en el cruce, olvidándose prontamente de la loca fugitiva...

Ni a ella ni a sus dos tenaces perseguidores se les veía ya por parte alguna.

CAPÍTULO II

Él

—Buen viaje, Ray. Y muchos saludos a Verónica.

—Se los daré, Henry. ¿Nos veremos pronto por allá?

—Es posible. Pienso ir a Los Ángeles antes de que termine la buena época. California es un paraíso, mientras no llega la humedad. Entonces, mi reuma se resiente...

Rieron los dos jóvenes, estrechándose las manos con calor. Luego, Henry Wilde puso su coche en marcha, tras agitar la mano calurosamente. Ray Nichols emprendió la marcha hacia las oficinas del aeropuerto, con su reducida maleta de piel clara en la mano.

Presentó su billete al funcionario de la compañía de navegación aérea, entregó la maleta en el mostrador de la facturación, y siguió adelante.

Faltaban pocos minutos para la hora de salida de su avión. Sin embargo, aún tenía tiempo de tomar un café. Todo había sido muy apresurado, como ocurría siempre a última hora. Henry insistió en que tomara con ellos el café, pero no quiso arriesgarse a llegar tarde. No por temor a perder el billete, sino por no demorar más el regreso. Después de todo, Verónica estaba esperándole ya en Los Ángeles. No quería defraudarla una vez más. Bastantes veces lo había hecho, forzado por los negocios.

Entró en el bar del aeropuerto. Un altavoz anunció la salida de otro avión, con destino a Cleveland y Buffalo. Pidió un café bien fuerte, acomodándose en la barra del local. Encendió un cigarrillo y dejó vagar la mirada alrededor.

Le producía la impresión de que los viajeros de los aviones eran

siempre los mismos. Gente ensimismada y presurosa, hombres de negocios con carteras, familias extranjeras en jira turística por el país, artistas, médicos y abogados. Estudió con indiferencia a los diversos grupos sentados a las mesas que asomaban a los grandes ventanales de la pista de despegue, apuró su café, pagó y se dispuso a marcharse.

El altavoz desgranó rutinariamente un aviso. El de siempre también:

—Atención, atención... Se ruega a la señora Sheila Williams que pase por estas oficinas para comprobar su billete de vuelo. Señora Sheila Williams, por favor, con billete para Los Ángeles...

Ray Nichols cruzó el bar y salió al corredor. Adquirió un paquete de cigarrillos en el estanco, y un par de revistas cinematográficas en el puesto de periódicos. También compró la última edición del «Chicago News», cuando acababan de depositar los diarios sobre el mostrador, todavía con su fresco olor a tinta.

Un taxi se detuvo frente a la puerta vidriera del aeropuerto. De él descendió una dama de traje negro, muy cerrado, con cuello de paño rojo. Llevaba un bolso rojo, muy grande. Tan grande como una cartera de mano, y tan rojo como su cabello ondulado, recién salido de la peluquería. El sol tibio de la mañana hirió los cristales de unas gafas con montura de concha, sobre la breve nariz.

Ray la miró con curiosidad. Ella, muy decidida, taconeó, camino del bar. El aviso del altavoz, repetido por tercera vez en poco tiempo, la sorprendió con la mano sobre la puerta vidriera.

—Atención... Se ruega urgentemente a la señora Sheila Williams, pase por estas oficinas para la presentación de su billete de vuelo...

Se quedaron un momento vacilando. Luego, dio media vuelta sobre sus zapatos rojos de alto tacón, y emprendió la marcha hacia la compañía aérea. Ray no pudo por menos de ver sobre la piel escarlata de su gran bolso, las enormes iniciales metálicas, doradas, en las que el sol destelló violentamente: una S y una W.

La señora Sheila Williams tenía unas piernas admirables, serijo Ray Nichols, haciendo un gesto de aprobación. El resto del cuerpo tampoco era despreciable. Una lástima que aquella pelirroja llevara gafas, agregó su subconsciente.

—Señores viajeros con destino a Los Ángeles, sírvanse pasar a la

pista número doce —advirtió con su monocorde cantinela el locutor del aeropuerto.

Ray exhibió su billete al portero de acceso a las pistas, y se encaminó al avión correspondiente. Al pasar, tuvo que pedir permiso a dos individuos situados junto a la puerta. Uno lucía sobretodo marrón, y el otro una gabardina *beige* clara. Estaban tan interesados en contemplar a una joven de cabello rubio que avanzaba tras de Ray que tropezaron con éste, y se le fueron las revistas y diario a tierra.

—Oh, señor, perdone —se disculpó, el causante, apresurándose a inclinarse para entregarle las revistas.

Ray sonrió, quitando importancia al incidente, sin que sus ojos atinaran a apartarse de la oreja derecha del individuo, tan rota que parecía una rugosa coliflor. Luego siguió adelante, cuando ya una especie de exhalación vestida de negro y rojo, cruzó la puerta a sus espaldas.

—¡Esperen, esperen! —voceó con timbre chillón la pelirroja de las gafas, exhibiendo su billete al portero, como si el avión fuera a despegar sin ella—. ¡Uf!... Casi me quedo en tierra...

Eso era muy problemático, porque aún tardarían en despegar más de diez minutos. Pero, al parecer, a la pelirroja le iba siempre el tiempo demasiado justo.

A la luz del exterior, su rostro aparecía excesivamente maquillado, y los labios muy cargados de *rouge*. Ray sonrió ante su movimiento oscilante de caderas, que hizo titilar los dos de los dos hombres. El bolso rojo y sus enormes letras doradas herían la vista.

Los tipos debían tener especial interés en las mujeres, porque acto seguido entró una rubia exuberante, y el del sobretodo marrón dio un codazo a su compañero. Ambos se inclinaron, sin mucho disimulo, sobre el billete de la rubia, cuando ésta lo mostró al portero. Como si les interesara más el billete que la dama.

Ray pensó si serían policías, esperando a alguna mujer con interés profesional. Pero lo cierto es que no parecían agentes de la autoridad. Eran demasiado corpulentos, de facciones duras y ásperas. El de la oreja rota, posiblemente había sido boxeador.

Los olvidó en el acto cuando subió la escalerilla del avión. Ante él la pelirroja que le había rebasado era una mareante sinfonía de curvas en movimiento. La falda, al subir los tramos, se alzaba sobre

sus curvas en forma peligrosa. Seguía teniendo un relleno excelente, dentro del nylon.

La azafata colocó a la dama del pelo rojo Luego, a un obeso y sudoroso pastor protestante. Inmediatamente, le tocó a él.

—Éste es su asiento —le señaló junto a una ventanilla... y también al lado de la pelirroja, que con las piernas cruzadas ostentosamente, masticaba chicle a toda presión.

Le sonrió distraídamente cuando él pidió permiso para ocupar su asiento y luego se ensimismó en la lectura de una revista femenina.

Minutos más tarde, el avión se deslizaba por la pista de despegue, entre ronroneo de motores. Luego se detuvo, creció el ruido, mientras los motores se calentaban, y por último levantó el vuelo, enfilando hacia el Oeste, por encima de la geografía de Illinois.

Ray hojeó las revistas cinematográficas las halló aburridas y las echó a un lado, optando por el diario. Desplegó la primera página ante sí.

Lo primero que vio fue la fotografía de una mujer, en la columna última de aquella plana. Sobre ella, unos gruesos caracteres, bien visibles:

«Una demente peligrosa escapa de su encierro sanitario.

¿Dónde está Patricia Linder?

No le gustaban los sensacionalismos ni la crónica negra de los diarios. Pasó por alto la noticia, y prestó más atención a la reseña que se publicaba en la columna contigua, sobre la convención de publicistas de Chicago. Allí estaba también su nombre, en la larga lista de los más destacados hombres de publicidad de los Estados Unidos. Ray Nichols, en representación de la Sheffield Advertising & Publicity», de Los Ángeles.

De repente, tuvo la rara impresión de que unos ojos se clavaban en el periódico, insistentes y subyugados. Giró bruscamente la cabeza, sorprendiendo a la pelirroja con los ojos fijos en el periódico. Siguiendo la dirección de su mirada, se encontró con la fotografía de Patricia Linder.

—Oh, perdone —pidió algo nerviosa, al verse descubierta—. Es

que los asuntos misteriosos me atraen. No puedo evitarlo, ¿sabe?

—Sí, claro —sonrió Ray—. Aunque la mayor parte de las veces son pura invención de los periodistas; no deja de ser natural que le ocurra eso.

—Esa chica no tiene aspecto de loca —opinó la pelirroja, con la voz tan masticada como la goma que se debatía entre sus mandíbulas.

—No se fié de eso. Dicen que los locos rara vez parecen serlo. Incluso llegan, en su astucia, a parecer más normales que nosotros mismos.

—Es posible, pero yo no lo creo —chascó la lengua, desdeñosa—. Los médicos no entienden la mayor parte de las cosas que dicen... o no habría tanto loco por el mundo...

La teoría era peregrina, y a Ray le hizo gracia. Aquella pelirroja hablaba muy bien, para demostrar tan primitiva mentalidad. O alardeaba de su propia tosquedad, o había procurado pulir su dicción, para no mostrarse tan zafia. No logró verle los ojos, a pesar de que lo intentó. Ella los inclinaba con frecuencia, y el reflejo de la luz en los cristales de sus gafas contribuía a que no fueran muy visibles.

Ray extrajo sus cigarrillos y ofreció uno a la pelirroja. Ella denegó rápida, pero luego vaciló, con la mano en alto, como arrepentida de tal negativa. Finalmente estiró los dedos, cazó un cigarrillo y comentó, voluble:

—Bueno, a veces me canso de fumar, y quiero huir a la tentación. Sin embargo, no es fácil, ¿no cree?

Ray asintió. Sabía eso por experiencia. Sólo que el movimiento instintivo de la joven no parecía exactamente eso, sino una negativa con aversión. A pesar de ello, ahora fumó, con fruición al parecer.

Era una extraña criatura. Hubiera sido bonita de no llevar tanto maquillaje. Así, resultaba llamativa en exceso. También el color de su pelo era excesivamente estridente.

Cuando terminó su cigarrillo, tomó el rojo bolso. Ray contempló a su gusto las enormes letras doradas. Ella, abriéndolo, extrajo tina polvera. Ante su espejo, retocó el *rouge* de labios, aunque maldita la falta que le hacía.

Ray Nichols pudo contemplar por vez primera sus ojos, reflejados en el espejo. Eran claros, ligeramente verdosos. Le

resultaron familiares, sin saber por qué. En alguna parte, no hacía mucho tiempo, había visto unos ojos así. Tal vez vio a la pelirroja en algún lugar de Chicago, sin saber cómo.

—¿Es usted Sheila Williams? —preguntó de pronto.

A la pelirroja le ocurrió algo raro. Lanzó una exclamación entre dientes, y de su mano escapó la polvera. Se estrelló en el suelo, quebrándose el espejo. Ray se inclinó, galante, aunque el mal ya estaba hecho. Las manos de la joven temblaban un poco, según pudo observar.

—Lo lamento —dijo, devolviéndole la polvera—. No esperé sobresaltarla...

—No ha sido sobresalto —ella dibujó una sonrisa, no demasiado espontánea—. Me... Me sorprendió que conociera mi nombre.

—Lo repitieron lo menos diez veces por los altavoces del aeropuerto —rió Nichols—. Y sus iniciales no son precisamente invisibles.

Señala el bolso. Ella rió también, nerviosamente.

—Oh, claro. ¡Qué tonta soy! Ya olvidaba el incidente del altavoz... Por un momento, pensé si me conocía...

—Ahora sí la conozco. Yo me llamo Ray Nichols. Ya nos hemos presentado, ¿no cree?

—Cierto —ella le tendió la mano graciosamente, y se la estrechó—. Aunque si yo fuera supersticiosa, diría que una amistad que empieza con un espejo roto, no puede terminar bien...

—Tonterías. ¿Cree en eso?

—No.

—Eso está bien —la contempló más detenidamente. Parecía una conquista fácil. ¿Por qué mil diablos tenía que ir a Los Ángeles, donde estaban Verónica y el viejo Brian, con la de ciudades importantes que había en el país? De pronto añadió—: El altavoz mencionó «señora Williams». ¿Es casada?

—Claro que no —ella soltó una breve carcajada—. Pero eso aleja muchas impertinencias. Siempre acostumbro a ponerlo...

—Una chica lista, ¿eh?

—Cuando una va sola por el mundo, tiene que ser lista —un destello malicioso asomó a las pupilas verdes—. Muy lista, señor Nichols...

Ray asintió, preguntándose qué oculto sentido daba la pelirroja

a sus palabras.

El avión, ronroneante, proseguía imperturbable su viaje, mientras en el interior del pájaro metálico que sobrevolaba los amplios campos de maíz y frutales de Illinois, empezaba una amistad entre hombre y mujer... bajo el mal augurio de un espejo roto.

* * *

Simultáneamente a esos acontecimientos triviales que tenían por escenario los dos asientos vecinos de un avión, en el aeropuerto de partida sucedían otros de apariencia no menos trivial.

Los hilos del Destino seguían tejiendo, de ese modo, su asombrosa trama...

La mujer entró apresuradamente en el aeropuerto. Llevaba el cabello desordenado, y había saltado del taxi que esperaba fuera, sin pagar siquiera la carrera al chofer ni indicarle que esperase. Pasó como una tromba junto a dos hombres de aspecto sombrío, que parecían esperar a alguien en el amplio vestíbulo del edificio. Uno de ellos, de oreja rota, en forma de coliflor, miró vivamente a la mujer cuando se alejó sin pedirles siquiera disculpas por el empujón que les había dado.

—No, Duggs —gruñó su compañero—. Ésa no. Es demasiado vieja.

—Diablo, no miraba eso, Fawley —rezongó el de la oreja rota—. Esa chiflada casi me tira.

—No exageres —rió el otro—. Para tirarte a ti hace falta algo más que una dama cincuentona...

—Bueno, es un decir —se rascó la nuca, irritado—. Estoy harto de esperar y vigilar, Fawley. ¿Vamos ya?

—Espera aún. Nos acercaremos a las oficinas de Navegación Aérea, para indagar algo.

—Yo no creo que tome ningún avión utilizando su propio nombre.

—Hay que obedecer y callar. Yo tampoco lo creo, ni siquiera que se atreva a coger ningún avión. Pero órdenes son órdenes. Hay que encontrarla, Duggs, esté donde esté...

Sus preguntas a los empleados de las diversas compañías no

dieron resultado. La última fue precisamente la «Pacific de Aviación». Al entrar, vieron a la mujer del empujón gesticulando airadamente ante un funcionario de uniforme.

—... ¡Le digo que es lo cierto! ¡Me robaron! ¡Me robaron absolutamente todo! ¡El bolso con los documentos, el billete para ese avión, e incluso el dinero! ¡No he podido llegar antes, y ahora resulta que pierdo el avión, nadie me cree, y encima me dicen que ese aparato ha salido completo!

—Y así es, señora —suspiró pacientemente el empleado—. Si ha de formular alguna denuncia, le ruego acuda a la policía. Yo, lo único que puedo hacer es avisar a Los Ángeles y que comprueben la identidad de esa pasajera. Pero, desde luego, el avión llevaba todas sus plazas completas cuando despegó de aquí.

—¡Pues Sheila Williams soy yo! —chilló la mujer, congestionada, descargando puntapiés furiosos en el suelo—. ¡Me metí en la peluquería, me arreglaron el cabello, y mientras tanto, otra que estaba allí, salió con mi bolso tan tranquilamente! ¡Un robo descarado! ¡Y encima me niegan la razón!

—Yo no le niego nada, señora. Sólo le pido que vaya a las autoridades. Yo no puedo hacer absolutamente nada. Ese billete ha sido presentado. Los viajeros se han ido. No me es posible hacer regresar ese avión por una simple sospecha, señora Williams. Pero si la policía avisa al punto de destino, entonces varía la cuestión y...

En aquel momento sonó un teléfono, al fondo. El empleado vio el cielo abierto y se alejó vivamente, intrigando a la señora:

—Un momento, por favor. Vuelvo enseguida.

Ella se quedó, repitiendo su interminable cantinela de lamentos. Duggs y Fawley se miraron. Luego este último se movió hacia la mujer. Habló tajante:

—¿Usted qué quiere?

—Perdone, señora Williams, pero pertenecemos al servicio especial de vigilancia de aeropuertos. Hemos oído sus quejas. ¿Quiere acompañarnos, por favor?... Oreo que arreglaremos esto rápidamente y a su entera satisfacción.

—¿Eh? ¿Están seguros de eso? —Les miró inquisitiva, con cierto aire de duda y de esperanza a la vez.

—Por completo —la tranquilizó el otro, tomándola por un brazo—. Ese empleado tiene razón, señora. No hay motivo para reclamar

en la compañía de aviación, que nada tiene que ver en el asunto. Sin embargo, tenemos motivos para sospechar que se trate de una delincuente habitual, a quien buscamos. Ella la robó y suplantó. Pero si es así, sabemos ya dónde está y cuál es su destino. Usted puede decirnos el resto. Y nosotros le abonaremos un nuevo pasaje, prometiendo además enviarle a su domicilio mañana mismo, documentos, dinero y demás cosas, junto con el bolso, cuando nuestros agentes en el punto de destino practiquen la detención de esa mujer. ¿Ha dicho usted que era...?

—Los Ángeles —declaró la mujer, saliendo con ellos de la oficina, confiada por tan plausibles razones—. Tengo allí a mi marido y...

—Comprendo, señora, comprendo. No sufrirá usted molestia alguna, no tema... —Miró a Duggs significativamente—. Ve a llamar al jefe, enseguida. Que esperen en Los Ángeles a ese avión. Y ya sabes: señora Williams.

—Eso es —asintió ella, ansiosa—; Sheila Williams.

—Sheila Williams —recalcó Fawley, significativo siempre.

Duggs asintió, corriendo a una cabina.

Fawley, una vez solo con la dama, buscó en el bolsillo. Extrajo un librito de notas y lápiz.

—Su dirección, por favor. Es para enviarle el bolso con todo su contenido. Dígame lo que había dentro.

—El billete del avión, mis documentos, una carterita con ciento setenta dólares y algún dinero suelto. Unas llaves, una polvera y un estuche de *rouge*. También unas fotografías familiares —luego, dio nombre y señas.

—Bien, señora. No tema nada —le tendió un billete de cien dólares, ante la sorpresa de ella—. Creo que necesitará dinero. Cuando le devuelva el bolso, me cobraré ese anticipo, ¿no le parece?

—Oh, señor, es usted un hombre encantador —ella mostró su entusiasmo—. Maravilla encontrarse policías tan comprensivos y perfectos.

—Gracias, señora, por sus elogios. No los merezco. Ahora puede marcharse. Esto es cosa nuestra.

Ella asintió, regresando a toda prisa al taxi, con renovado optimismo. Fawley sonrió entre dientes, viéndola alejarse. Luego

soltó una breve risita al observar la perplejidad del empleado de la compañía de aviación, cuando vio desierto el mostrador.

Pero sin duda ello satisfizo al funcionario, porque se encogió de hombros con un suspiro de alivio, y volvió a sus ocupaciones.

—Conque Sheila Williams, a Los Ángeles —musitó entre dientes Fawley, pensativo—. No está mal el truco... Esa chica es más lista de lo que yo me figuraba...

CAPÍTULO III

LOS ÁNGELES

—Ya estamos llegando —informó Ray, volviéndose a su compañera de asiento.

Calló, al ver que dormitaba. Regresó su atención a la ventanilla. California, dorada y exuberante, aparecía a sus pies. En la distancia, el azul del mar y la mancha gris, interminable, salpicada de colinas, de la ciudad más grande del Oeste: Los Ángeles.

Había sido un viaje muy agradable. Gracias a la pelirroja de ojos verdes, desde luego Aunque desconcertante y voluble, era de una simpatía cautivadora, y una gran femineidad. Su mayor defecto era aquella vulgaridad que no parecía muy empeñada en disimular.

Cuando hicieron escala en Salt Lake City, Ray Nichols tomó con ella la comida en el restaurante del aeropuerto. Luego pasearon por las pistas, y regresaron al avión en el momento de despegue, encontrando la engorrosa espera de la escala incluso demasiado corta.

Ahora, hasta el viaje parecía corto. La conquista fácil no había sido tal, pues aquella muchacha tenía la extraña virtud de insinuarse graciosamente, con evidente descaro, y luego apelar a un pudor sorprendente, que desarmaba a Ray e impedía cualquier audacia por su parte.

Filosóficamente, se resignó a esto. Hasta como simple compañera de viaje, la chica del pelo rojo resultó agradable.

La miró de nuevo, con divertida sonrisa. En su sopor, y dada la brevedad de la respingona naricilla, las gafas resbalaban por momentos. Suavemente, con un tacto tan delicado que ella ni

siquiera se movió, consiguió evitar el peligro de que cayeran al suelo. Las arrancó de sus oídos sin un solo roce en su pie.

—Al menos, que no haya más cristales rotos —se dijo con humorismo.

Dejó las gafas sobre el periódico, que mantenía doblado encima de sus rodillas, y contempló con renovado interés a la muchacha. Ella no había consentido en quitarse las gafas durante todo el viaje. Ahora, sin ellas, resultaba más bonita, menos sofisticada.

Observó el suave vello de los brazos femeninos. Era intensamente rubio, invisible casi. A veces resultaba inconcebible que las mujeres se tiñeran el pelo. Ray prefería mil veces el rubio al pelirrojo. Meneó la cabeza, con aire de reproche, y su mirada se fijó distraídamente en el diario.

Casi dio un respingo. De momento, la sorpresa le dejó boquiabierto.

Parecía como si Sheila Williams, su compañera de viaje, *le estuviera mirando desde las páginas del periódico*.

El parecido era asombroso. Lo raro es que no lo hubiese advertido hasta ahora. Inmediatamente también, supo dónde había visto antes los ojos de Sheila Williams.

Aquella fotografía..., la de Patricia Linder..., al dejar descuidadamente las gafas sobre ella, producía la impresión de tenerlas puestas la loca.

—¡Cielos, no!... —musitó, aturdido.

Alzó las gafas del periódico. Las examinó con cuidado. Eran cristales corrientes, gruesos. Tan gruesos, que producían la impresión de aumentar, acaso por su ligera forma cóncava. Pero no aumentaban nada en absoluto. Se vendían gafas así, especialmente diseñadas para artistas de cine o de teatro, pero nada más.

—¿Me permite las gafas, señor Nichols?

La fría pregunta tuvo la virtud de devolverle el dominio de sí mismo. Se volvió, grave la expresión. Encontróse con un rostro diferente al que conociera. Muy diferente. Seguía estando muy maquillado, pero los ojos eran duros, hostiles. Y la expresión de su boca, casi agresiva.

—Tómelas —dijo secamente, tendiéndoselas—. Pero no creo que las eche mucho a faltar.

—Gracias —las cogió, poniéndoselas cuidadosamente. Estaba ya

despierta del todo—. ¿Se me cayeron o me las quitó usted?

—Iban a caerse. Yo lo impedí.

—Gracias de nuevo —clavó la vista en la fotografía de Patricia Linder. Luego, miró con cierto recelo a Nichols—. ¿Qué le pasa? ¿Ha visto algo raro?

—Sí. He visto algo raro..., Patricia —dijo lentamente él, sin apartar de ella sus ojos.

Bajo la piel de la joven, los nervios se crisparon. Aunque se dominó mucho, la reacción fue evidente, al impacto de Ray. Sus manos arañaron la piel escarlata del bolso.

—¿Por qué me llama así? —preguntó, ronca la voz.

—Es su nombre, ¿no? ¿O todavía tiene otro más?

—Mi nombre es Sheila Williams —tocó las iniciales de metal—. ¿Ya lo olvidó?

—Dijo antes que era muy lista —habló Ray, sin responder directamente a su pregunta—. Veo que tenía razón.

—No sé de qué me habla.

—¿Por qué no se sincera conmigo? No soy ningún siquiatra, pero me parece usted una chica perfectamente normal.

—¿He de darle las gracias otra vez, o soltarle un bofetón por esa grosería?

—No me abofeteará —sonrió Nichols, con cierta dureza.

—¿Por qué está tan seguro de esto?

—No le conviene el escándalo. Atraería sobre usted la atención de los demás.

—No creo que esa atención me haya importado nunca mucho, señor Nichols.

—No, eso es verdad. Por eso dije que usted es muy lista. Normalmente, si uno busca a una persona que se oculta, en la última que se fijará es en la que haga ostentación y pregone su presencia a gritos. Usted hizo ese juego, y con bastante ingenio por cierto. También con suerte, no hemos de negarlo.

—Es una pena que una buena amistad termine así antes de llegar a Los Ángeles, ¿no le parece? —declaró glacialmente ella, con sus verdes ojos centelleantes.

—Yo también lo lamento. Y por mí, no terminarla. Tal vez sea ahora cuando debería empezar realmente. Cuando empezamos a conocernos mejor usted y yo...

Ella no respondió. Irguió la cabeza, manteniéndola alzada, con la vista fija en el respaldo del asiento delantero. Ray no habló. Ella, tras un largo silencio, mientras el avión sobrevolaba ya Los Ángeles, preguntó en un susurro:

—¿Qué piensa hacer ahora? ¿Avisar a las autoridades? ¿Hacerme detener en el aeropuerto?

—No pienso hacer nada. —Ray inclinó la cabeza, con un suspiro hondo—. Lo siento de veras... Tal vez no debí decirle nada.

—Otra persona hubiera reaccionado de modo muy distinto —le sonrió con cierto ánimo—. ¿No le doy miedo?

—¿Usted miedo?

—Dice ahí que soy peligrosa —señaló el diario.

—Ya le dije que nunca creo lo que dicen los periodistas.

—La historia no era inventada, después de todo. Patricia Linder existe.

—Es una parte de la crónica. Tal vez la verdadera. La otra, está por probar. Y a mí, nadie ha de probarme nada. No soy quién para juzgar a los demás.

—¿Cree realmente que estoy loca?

—No creo nada. Ya le dije que me parece perfectamente normal. Aunque puedo equivocarme. ¿No fue usted quien dijo que los locos parecen más cuerdos que los demás?

—Caigo en mi propia trampa —sonrió ella, amargamente. Contempló por la ventanilla, casi con terror, la aproximación de los edificios y del suelo de Los Ángeles. De la mujer que interpretaba su papel al subir en Chicago, apenas si quedaba ya nada—. Entonces, ¿piensa dejarme a mi propio albur, permitir que siga huyendo?

—¿Huyendo de quién?

—¡Yo qué sé! —Se encogió de hombros, desesperada. Sus pupilas se habían dilatado, y bajo el maquillaje intenso, la faz debía de estar muy pálida—. De todo, tal vez... Contarle lo que sé de mí misma y de mi fuga, sería demasiado largo. Y no hay tiempo ya... Además, tampoco iba a creerme. Los locos inventan muchas cosas; y siempre tienen imaginación y fantasía suficientes para convencer a cualquiera.

Ray Nichols asintió. Sentíase confuso, turbado. Como metido de pronto en un torbellino demasiado absorbente, demasiado rápido para él. Las ideas escapaban a su control.

Bajo sus pies, las ruedas del aparato entraron en contacto con el cemento de las pistas. Corrieron hacia la clara edificación encristalada del aeropuerto.

Contempló la fotografía del periódico mientras el avión reducía su velocidad, va convertido en un pájaro sin alas. Parecía una pesadilla. Había viajado en compañía de una demente reclamada por las autoridades sanitarias. Ella, acaso alardeando de su propia inteligencia, había interpretado un papel magnifico, había engañado a todo el mundo. Ahora, evocando recuerdos, Ray se dijo que aquellos dos hombres del aeropuerto de Chicago, el de la oreja rota y su compañero, debían ser enfermeros a la casa de la fugitiva. Y la habían tenido ante sus propias narices, sin sospecharlo.

Un tinte hábil de su rubio cabello, un intenso maquillaje que deformara sus facciones, unas gafas de falsas dioptrías, un atavío llamativo, y unos gestos escandalosos, habían creado la cortina de humo habilísima, ingeniosa hasta el máximo, de Patricia Linder.

El aparato se detuvo por fin. No así los pensamientos de Ray Nichols. Era una aventura sorprendente, sin duda. Nadie sino él, en todo el avión, sabía la personalidad real de la supuesta Sheila Williams. Como ciudadano americano, tenía el deber ineludible de dar cuenta de ello. Sus ojos repasaron mecánicamente una línea del periódico:

«... sumamente peligrosa, y con claras tendencias homicidas, puestas de manifiesto en una agresión que pudo ser mortal...».

Cierto que no creía en los bulos periodísticos, pero ¿tenía derecho moral y cívico a permitir que Patricia Linder siguiera en libertad?

Ya desfilaba el público. Ella, como adivinando sus pensamientos, se puso en pie y dijo por encima del hombro, con glacial indiferencia, con indiscutible valor:

—Ya hemos llegado, señor Nichols. Descargue su conciencia y haga lo que crea más justo...

Echó a andar pasillo adelante. Ray tardó unos momentos en incorporarse. Era tan alto que alcanzaba con facilidad el

portamaletas superior. Recogió sus revistas, la gabardina liviana, y el sombrero de fieltro claro. Echó a andar tras ella, pero el grueso pastor protestante se cruzó por medio, hablando vivazmente, con otro pasajero, en un peculiar acento sureño.

Cuando Ray pisó el aeropuerto, barrido por la suave brisa del Pacífico, ya la ceñida, provocativa dama de negro y rojo, la supuesta Sheila Williams, avanzaba hacia la salida de viajeros con paso ligero. Taconeaba suavemente sobre el cemento, balanceando su rojo bolso y masticando ostensiblemente chicle. Ray sonrió. No podía por menos de admirar a aquella sorprendente y joven actriz. Normal o no, era una formidable discípula de Talía.

De repente, se paró enfrente de la verja de salida. Algo en ella flaqueó. Sus bellas piernas se pusieron rígidas, como clavadas en el cemento. Ray siguió la dirección de sus ojos.

Vio la ambulancia a la salida del aeropuerto, tras la verja y las vidrieras del vestíbulo. Y a los cuatro hombres fornidos, de aspecto similar a los dos tipos de Chicago, esperando con la vista fija en las mujeres que avanzaban hacia la salida.

Una infinita compasión se apoderó de Nichols. Hubiera querido hacer algo, ayudar a aquella criatura desventurada. Pero no podía hacer nada. No andaría muy lejos Verónica, esperando su llegada. En Los Ángeles, él era un personaje de cierto prestigio. ¿Cómo meterse en una aventura así, ayudando a una loca peligrosa?

De repente, ella dio media vuelta. Echó a correr hacia el avión, como si éste fuera un automóvil que pudiese arrancar en cuanto ella lo pisara. Los hombres situados tras la verja entendieron fácilmente, y atropellando al portero del aeropuerto, echaron a correr también por la pista de cemento. Hacia ella.

Ray vio su rostro ahora. Una máscara lívida, de la que el maquillaje se desprendía, bajo la melena roja. Los ojos dilatados, angustiados, realmente enloquecidos...

—¡Es ella! —voceó uno.

El portero de la entrada a las pistas quiso detenerles. Uno de los hombres, un tipo bajito, de abrigo negro y sombrero ajustado a su ovalada cabeza, le mostró algo que fue como un mágico «Ábrete, Sésamo». Les dejó pasar sin nuevas objeciones, ante la mirada curiosa e intrigada de la gente.

Patricia Linder se detuvo, angustiada, mientras un avión

despegaba, rugiente, en otra pista. Sus ojos encontraron a Ray Nichols.

En la muchacha se produjo una convulsión. Ya no era la serena actriz ni la mujer dispuesta a afrontar el riesgo de su situación. Era una criatura llena de terror al oscuro encierro, a la vorágine espantosa de su destino.

Se lanzó a la carrera hacia Ray, con el rostro contraído. Para ella, no parecía haber otra persona en toda la amplitud alucinante del aeropuerto, en las vastas redes de cemento bajo el sol de California.

—¡Sálveme! —gritó—. ¡Ayúdeme! ¡Por favor, Nichols, sólo en usted confío! ¡No soy una loca, jamás estuve loca! ¡Soy normal como usted, como cualquiera! ¡Y «ellos» quieren encerrarme..., acabar conmigo para siempre!

Se precipitó en sus brazos. Ray soltó sus prendas para acogerla. Confuso, turbado, rígido. La sintió llorar, estremecerse, convulsa, contra él.

Alzó los ojos, mientras hablaba, fija la vista en los cuatro hombres que corrían hacia él, agitadas sus prendas de abrigo por el aire húmedo de la costa.

—Vamos, señorita Linder, no se derrumbe ahora... Usted es una chica valiente. Ellos son médicos, la estudiarán y comprenderán que está sana. La dejarán libre...

—¡No! ¡No! —Eran desgarradores aullidos. Sus puños, cerrados, golpearon furiosamente el pecho del joven—. ¡No son médicos! ¡No quieren dejarme libre! ¡Me acosan, me persiguen para sepultarme en vida! ¡Es una conspiración horrible, Nichols, un complot para... no sé para qué, Dios mío! ¡Yo nunca hice mal a nadie, no hay razón para esto!...

Ray se mantuvo firme, aunque era difícil. Las locas acostumbraban a decir cosas así. Convincentes, persuasivas..., pero falsas. Complejos, obsesiones persecutorias. Lo normal en el que no es normal.

—Perdone, señor... —dijo una voz pastosa, fluida—. Buscamos a Patricia Linder. Viajó con el nombre falso de Sheila Williams, después de robar a la auténtica señora Williams en Chicago. Creo que es la dama que se refugia en usted...

Ray no contestó. Ella sollozaba, convulsa, desesperada.

—Soy el doctor Wagner —le mostraron una tarjeta con el membrete del Colegio de Médicos—. Franz Wagner, médico alienista, director de la «Sichiatrical Corporation of América». Mi colega, el doctor Mac Callum de Chicago, me ha avisado de la fuga de su rebelde y bella paciente. Un caso notable de aparente normalidad..., pero una mente enferma, un peligro para cualquier ciudadano que se roce con ella.

—¡Miente! —Ella giró su rostro descompuesto, llena de terror—. ¡Nada de eso es cierto! ¡Usted no es un médico! ¡Mac Callum tampoco! ¡Y aquella horrible clínica de Chicago... es una cárcel, un encierro para mí! ¡Oh, Dios mío, alguien tiene que creerme! ¿Por qué, por qué todo esto? ¿Qué hice yo? ¿Qué tienen contra mí? ¿Es que quieren matarme?

El doctor Wagner, un hombrecillo de cráneo oval, bondadosos y vivos ojos azules, bigote canoso y enjuta figura bajo el abrigo negro, de impecable corte, dirigió una mirada significativa a Ray. Éste comprendió.

—Vamos, señorita Linder, nadie quiere hacerle daño, ¡qué cosas se le ocurren! —La voz amable, dulce, del alienista de nombre teutónico, sonó llena de persuasión—. Se trata sólo de un examen definitivo. Tal vez estemos equivocados y pueda ser dada de alta muy pronto. Puro formulismo, compéndalo...

—¡No! ¡No me toque! —chilló ella, como enloquecida por completo—. ¡Apártense de mí, asesinos! ¡Bandidos, torturadores!...

Se soltó bruscamente de Ray. Trató de echar a correr, en dirección a una pista inmediata de la que salía en esos momentos un avión Ray Nichols, rápido, estiró su brazo. La aferró por un hombro, tiró de ella, sujetándola rudamente.

—No va a ir a ningún sitio —dijo bruscamente el joven—. Vaya con el doctor Wagner. Yo iré a verla pronto. Y sabremos cómo sigue. Ahora, haga caso al doctor.

—¿Usted también? —Ella se debatió, furiosa, entre manos—. ¡No tengo ni siquiera un amigo!... ¡Todos me abandonan, todos van contra mí! ¡Todos desean mi ruina!

—Nadie le desea ningún mal —el doctor Wagner, mientras era todo dulzura, hizo un ademán rápido a sus acompañantes. Ellos tomaron a la paciente de las manos de Ray. Pese a su resistencia, se la llevaron consigo. Un policía uniformado que indagaba, asintió al

ver los documentos y el certificado extendido para el internamiento de Patricia Linder—. Llévela a la ambulancia. Procuren escandalizar lo menos posible. Ya ha habido demasiado escándalo aquí...

—¿Es realmente un caso grave? —preguntó sordamente Ray al doctor Wagner, cuando ya la gesticulante Patricia, con la boca amordazada por las manos de los enfermeros, se perdía camino del coche sanitario.

—¿Grave? —El alienista se encogió de hombros—. Nunca se sabe, señor. Pero su historial clínico es pesimista. Ha agredido con una navaja de afeitar a un hombre. De haberlo matado, ahora estaría internada en un sanatorio del Estado. Por fortuna, solamente le hirió, de cierta gravedad, en el cuello. Al salvar su vida, la familia de la señorita Linder procuró tapar el asunto y no darle publicidad. Por eso nos hicimos cargo de ella. Mis colegas de Chicago pertenecen a nuestra Sociedad Siquiátrica. La internaron, y escapó, tras una nueva agresión de intención homicida evidente. Es un peligro cierto, señor...

—Nichols. Ray Nichols. Soy publicista en la firma Sheffield. No deseo que mi nombre se mezcle en todo lo ocurrido, naturalmente. Viajé al lado de ella y...

—Comprendo, comprendo —un gesto rápido del médico le expresó su total conformidad—. No tiene nada, que temer en ese sentido, señor Nichols. Pero de todos modos, si realmente desea ver alguna vez a la paciente, aunque sea por pura simpatía, puede dirigirse a mí. Ya le facilitaré la entrevista. Aquí tiene una tarjeta mía.

Le tendió una pequeña cartulina impresa. Leyó Ray en ella:

Doctor FRANZ WAGNER Alienista

«Sichiatrical Comporation of América»

(P. C. A.)

South Gate Drive, 1342

Los Ángeles, Cal.

—Gracias —guardó la tarjeta—. Lo recordaré. Pero

naturalmente, si dije eso fue por tranquilizarla. No creo que mis ocupaciones me dejen tiempo para ello. Además, tampoco resulta agradable.

—Ciertamente, no es agradable —asintió Wagner—. Allí acostumbran a cambiar. Ya no será la misma que ha conocido en el avión, créame A la larga, cas la careta y...

No siguió. Evidentemente, tampoco era necesario. Ray respiró con fuerza, y estrechó la mano al menudo doctor de cabeza ovalada. Él se despojó del sombrero cortésmente, avanzando ya ambos hacia la salida. Tenía el cráneo totalmente calvo y brillante.



Se despidieron en el vestíbulo encristalado. Wagner se encaminó a un coche negro, aparcado junto a la ambulancia. Ray Nichols

recogió su maleta en el despacho de facturación. Entonces, un claxon sonó tres veces, con alegre nota, en el exterior.

El corazón de Ray dio un vuelco. Conocía esa llamada. Se volvió.

Allí estaba Verónica, asomada sobre el cuerpo largo, deslumbrador, de su «Cadillac» rojo y blanco, agitando su brazo en el aire. El pelo negro caía en cascada sobre el jersey blanco, deportivo, ceñido a su espléndido cuerpo de apretadas curvas.

Corrió a ella, mientras la voz de la joven gritaba alegremente:

—¡Eh, hombre perdido! ¡Bienvenido a Los Ángeles!

Rieron ambos al encontrarse. Se fundieron en un abrazo estrecho. Ray la alzó entre sus musculosos brazos. Al lado de su alta estatura, Verónica Sheffield parecía pequeña, con su metro sesenta. Unos pantalones endiabladamente ceñidos desde los tobillos a los muslos. Verónica siempre había sido una chica llamativa y estruendosa. Tal vez demasiado a veces.

—Mi querida Ver —la citó por su habitual diminutivo—. ¿Ves cómo todo llega?

—Te has hecho esperar, bribón —ella le aplastó los rojos labios en la mejilla—. ¿Tenías muchas jovencitas locas por tu varonil hermosura en Chicago?

—Bastantes —rió el joven, abriendo la puerta del coche, después de separar a un lado la figura esbelta y seductora de la muchacha—. ¿Cómo está tu padre?

—Siempre comprensivo, porque es hombre como tú. Dice que tenías mucho que hacer en la Convención de Publicidad. ¡Pobrecito mío! —añadió, sarcástica.

Ray Nichols sonrió, mientras ella ponía en marcha el «Cadillac». Arrancaron, alejándose hacia el centro de la ciudad. Pasaron velozmente junto a un cruce de carreteras.

El rostro de Nichols se ensombreció. La ambulancia y el coche negro se alejaban por otra cinta de asfalto. No pudo por menos de compadecer a la pobre muchacha que iba dentro de aquel vehículo blanco.

Patricia Linder volvía a su reclusión forzosa.

—¿Qué te ocurre, querido? Te noto muy serio...

Verónica se había vuelto, contemplando fijamente a su prometido, sin dejar de manejar el volante con toda su habilidad de gran automovilista.

Ray sonrió, algo forzado.

—Nada. Pensaba en una muchacha que iba en nuestro avión.

—¡Vaya! Con que una muchacha, ¿eh? Menos mal que lo confiesas.

—No, es lo que tú piensas —señaló la ambulancia—. Va en ese coche. Está loca... y había escapado del manicomio.

—¡Cielos, qué melodrama! —Verónica echó atrás la cabeza, soltando una breve carcajada—. Olvídate de ello y no dejes que esas cosas ensombrezcan tu regreso a casa, querido. Papá tiene dispuesta esta noche una recepción en tu honor.

—Me horrorizan las recepciones.

—Y a mí, querido. Pero no podemos contrariar a papá.

—No, claro...

Suspiró, reclinándose en el muelle asiento del «Cadillac». Así eran los Sheffield, padre e hija. Debía recordar que estaba en Los Ángeles otra vez.

A pesar de todo, aún giró un momento la cabeza, mirando al cruce. La ambulancia desaparecía ya en una curva, haciendo sonar su peculiar sirena.

—Adiós, Patricia Linder —pareció decir su conciencia, no demasiado tranquila.

CAPÍTULO IV

DUDAS

La recepción terminó muy tarde. Bostezando sin disimulos, Ray Nichols se sirvió una última copa al marcharse el invitado final y quedarse solo con Verónica y el viejo Brian Sheffield.

—Gracias a Dios —suspiró el presidente de la más importante empresa publicitaria de Los Ángeles, cerrando la puerta y echando el pestillo. Contempló, erguida su delgada figura en medio de la estancia, el desorden de la sala, el conglomerado de botellas, vasos y bandejas de *sándwiches*, en su mayor parte vacías. Se sacudió una leve mota de polvo de las solapas de su *smoking* azul marino, y sonrió a Ray—. ¿Cansado?

—Bastante —asintió Nichols, apurando la copa de licor—. No comprendo cómo hay gente que le gustan las recepciones.

—Son necesarias, Ray —sonrió el padre de Verónica—. Estrechan lazos sociales... y comerciales.

—No lo dudo. Y aburren terriblemente —pasó un brazo sobre los hombros desnudos de Verónica. El traje de noche de ésta, en brillante color grosella, resultaba un milagro de estabilidad al no caer de su cuerpo. Tal vez se salvaba de ello por lo ceñido que iba—. Mi querida Ver, esto fatiga más que cien convenciones en Chicago.

—¿No crees que no has venido demasiado amable para nuestras costumbres, Ray? —le reprochó, algo secamente, Verónica.

—Tal vez sea que no estoy muy acostumbrado ya a nuestro brillante mundo social —rió Nichols. Se encogió de hombros con cierta jovialidad—. Ni creo que me acostumbre nunca.

—Un publicista necesita estar siempre en contacto con los demás —le recordó Brian Sheffield.

—Ya me sé todo eso de memoria. Lo malo es que no va con mi carácter.

—Lo que me parece es que es abusar un poco de ti el obligarte a asistir a una reunión, después del largo viaje en ese avión —opinó, comprensivo, el viejo Sheffield—. Ve a descansar, muchacho. Mañana no hace falta que vayas por las oficinas. Ya nos veremos por la tarde, y aprovecha la mañana para dormir un poco. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y gracias —besó en la mejilla a Verónica. Ella se mostró algo fría—. Hasta mañana, querida.

—Hasta mañana, Ray.

El joven estrechó la mano de Brian Sheffield y salió de la lujosa residencia de los Sheffield en Wilshire. Brian le preguntó, antes de cerrar:

—¿Quieres que mi chofer te acompañe en coche a tu casa, Ray?

—No, gracias —denegó Nichols—. Prefiero pasear. Eso despeja un poco...

Salió y avanzó sin prisas por Wilshire. Era bastante avanzada la madrugada. Poca gente transitaba. Solamente algunos vehículos pasaban velozmente, procedente de Burbank y Pasadena.

Quería encontrarse a solas. Era la primera vez que esto ocurría, desde su llegada a Los Ángeles. No sentía sueño alguno, pero sí cansancio, hastío. De los invitados de los Sheffield, del brillante y alegre mundo social y comercial de la ciudad.

Comparó aquella vida con la que en esos momentos llevaría una pobre muchacha llamada Patricia Linder. Una enferma que no tenía culpa de nada, pero que pagaba la desviación de su mentalidad con la pérdida de sus más elementales derechos humanos: libertad, independencia, paz...

¿Por qué tenía que pensar en aquella chica? Después de todo, él no había podido intervenir de ningún modo en su caso. Tan sólo haberla ayudado, fingiendo como ella misma, haciéndose pasar por pareja suya. Acaso es lo que buscó la astuta joven con su amistad durante el viaje.

Y él había frenado esa amistad, dejándola sola. Sola ante sus perseguidores. Sola con los médicos y los enfermeros que, para ella,

eran una pesadilla cruel. No sabía si era justo o no, si debía arrepentirse de algo o carecía de razón para ello. Pero el destino de la desventurada joven seguía significando algo en sus pensamientos.

Tal vez por eso quería pasear, respirar el aire fresco de madrugada californiana, saturada de brisas marítimas del Pacífico.

Tal vez por eso, aquella noche, en su lecho, en la soledad de su apartamento de soltero, volvió a recordar en sueños a la dama de rojo y negro, con el gran bolso escarlata de grandes letras doradas...

* * *

«El joven y brillante publicista de Los Ángeles, Raymond Nichols, contraerá matrimonio en la próxima primavera con la bella Verónica Sheffield, hija del jefe de Nichols, Brian Sheffield. Deseamos una feliz existencia a la futura pareja, así como un próspero porvenir comercial a la famosa empresa publicitaria de Sheffield».

Los ecos sociales, en las columnas de los diarios, eran siempre similares. Con iguales frases de ritual e idénticos lugares comunes. Arrojó a un lado los periódicos del día.

No sabía por qué se sentía irritado. Acaso porque, siempre eran los Sheffield los protagonistas en todo, los que dictaban la pauta. Y él, personaje central de aquel compromiso, un simple comparsa. Verónica y su padre habían dado siempre por hecho que ella sería la señora. Nichols. Ciertamente, que él no objetó nunca tal punto. Pero incluso el anuncio de la próxima boda, en otra de las inevitables recepciones de la suntuosa residencia de Wilshire, parecía algo elaborado y dispuesto con fría precisión por el genio publicitario de Brian Sheffield.

Se levantó de la cama. Era tarde. Pero últimamente se había habituado a llegar a horas desacostumbradas al trabajo. El viejo sé lo toleraba todo. Una tolerancia excesiva, que empezaba a irritarle. Era como mostrarse generoso con él. Los demás empleados

importantes de la casa comentaban ya en corrillos esas prerrogativas del futuro yerno.

Se duchó, afeitó y aseó cuidadosamente. Luego eligió su mejor traje a la vista del apacible día otoñal. Una corbata de vivos colores, pero de aceptable gusto, completó el atavío, sobre el fondo cremoso de su camisa de seda.

Salíó a la calle, silbando alegremente. Se detuvo a desayunar en «Martin's».

Mientras esperaba el café caliente, las tostadas con mantequilla y la mermelada, se metió en la cabina telefónica. Pidió a Información el número del doctor Wagner. Se le dijo que no constaba en el listín, ni tampoco en la lista de números especiales de la Central. Entonces, extrayendo la tarjeta, pidió con el número de la «Sichiatrical Corporation of América».

—Espere un momento, por favor —le respondió la operadora.

Esperó. A través del cristal de la cabina, vio humear el café sobre el mostrador, frente a su banqueta. La espera se prolongó un poco más. Finalmente...

—Lo lamento, señor —dijo la voz de la telefonista—. Esa Corporación no existe.

—¿Cómo?

—Que no figura en el catálogo de instituciones médicas de California, ni siquiera del país. Existe la «Insane Association», la «Alienist Society», y otras varias. Pero ninguna con ese nombre.

—¡Pero tiene que existir! —insistió Ray—. En ese caso, por favor, búsqueme el número telefónico de la casa 1342 de South Gate Drive, en Los Ángeles.

Otra espera. Nerviosamente, tabaleaba sobre la tabla situada bajo el receptor. La operadora, con voz cansada, volvió a la carga tras una pausa de un minuto.

—Vuelvo a lamentar que mi ayuda no le sirva de nada, señor. Pero ese número de South Gave Drive no figura en la guía telefónica general ni en la privada. Debe haber un error en todo esto, porque de tener teléfono, figuraría aquí.

Un «clic» seco cortó toda comunicación. Ray colgó también, algo irritado. Tabaleó sobre la cartulina impresa del doctor Franz Wagner, y regresó pensativo al mostrador.

Mientras desayunaba, se preguntó por qué diablos no tenía

teléfono Wagner, ni habían registrado oficialmente la existencia de su Corporación siquiátrica.

Pero cosas así eran factibles. El servicio telefónico, no siempre iba como uno deseaba. Terminado su desayuno, tomó un taxi y dirigióse rápidamente a la Empresa Publicitaria Sheffield.

El gran edificio de ladrillo, cemento y vidrio, de formas angulares y rectilíneas, según los últimos estilos arquitectónicos, se alzaba entre jardines, alamedas y colinas salpicadas de verdor y de residencias bellísimas, frente a Beverly Hills.

Prestó atención a su trabajo durante el resto de la mañana, con el pensamiento puesto en otra parte. Rectificó bocetos de carteles, afiches y anuncios, dio el visto bueno a los planes publicitarios para una nueva marca de detergente y para una película recién filmada en aquella casa de locos que era el vecino Hollywood.

Hacía exactamente diez días que llegó a Los Ángeles, de regreso de Chicago. Durante esos días buscó en los periódicos noticias sobre la demente Patricia Linder, pero no halló nada. Por eso se había decidido a telefonar a Wagner, sin resultado.

A mediodía, se encerró en su despacho y escribió una breve carta al siquiatra, interesándose por el curso de la enfermedad de Patricia Linder. Engomó el sobre, lo franqueó, y entregó la carta a un muchacho de la oficina para que la echase al correo.

Se sintió más tranquilo el resto del día. Incluso fue capaz de burlarse de sus compañeros de trabajo, compadeciéndoles por no ser ellos los futuros socios de la Empresa. Le causó regocijo su mal disimulada ira, y después se encaminó al pabellón de Brian Sheffield y otros jefazos de la casa.

* * *

Ray Nichols tomó la correspondencia del día. Pasó rápidamente las diversas cartas, comerciales o particulares. De repente, se detuvo en una.

Tenía la dirección primitiva con lápiz rojo. Y sobre ella, un sello de goma había estampillado: «DESTINO INEXISTENTE».

Era su carta al doctor Wagner. Asombrado, examinó el sobre por ambos lados. En el dorso, firmado por el cartero, constaba, de su puño y letra:

«No existe número ni destinatario».

Rápido, tomó una decisión. Aquella carta, escrita dos fechas antes, volvía a él sin encontrar a su destinatario. Las señas eran correctas. Podía no haber teléfono, pero al menos tenía que existir la casa, la persona.

Dejó el apartamento. En vez de irse a almorzar, tomó un coche y le dio la dirección de South Gate Drive, en la carretera hacia Long Beach.

El coche le dejó frente a un grupo de edificios, en su mayoría residencias y «*bungalows*». Frente a ellos subía una colina suavemente, formando una senda flanqueada de árboles y salpicada por algunas residencias aisladas.

Ray miró el número del último chalet. Regresó junto al taxista.

—Se ha equivocado —dijo—. Esa casa tiene el mil cien. Yo busco el mil trescientos cuarenta y dos.

—Pues le han dado mal el número, amigo —rezongó el taxista—. Aquí termina South Gate Drive. Aquí ha terminado siempre. No puedo inventarme más casas. Ese camino que sube es South Hill Way, y no tiene nada que ver con esto. Empieza una nueva numeración, que apenas si llega al centenar.

—¿No será ésta una numeración nueva, que ha cambiado otra anterior?

El taxista meneó negativamente la cabeza.

—Hace cosa de un par de años traje a un tipo aquí. Todo seguía igual, y los números eran los mismos. No sé qué los hayan cambiado nunca.

Ray Nichols se sentía confuso, intrigado. Allí había algo raro. Leyó una vez más la tarjeta del doctor Wagner. Las señas eran las mismas que él buscaba, no había error.

—Está bien —suspiró—. Volvamos, por favor.

Regresó al centro de la ciudad, meditando profundamente. Ordenó al taxista que parase en Santa Mónica, y telefoneó desde una cabina pública. Llamó a un amigo suyo que era médico en la Facultad de Medicina de Los Ángeles.

—¿Qué es lo que quieres, Nichols? —se extrañó su amigo al darse él a conocer.

—Un informe. ¿Puedes decirme algo sobre un alienista llamado

Franz Wagner? Me interesa mucho. Él me dijo que era miembro de la «Siquiatric Corporation of América».

—Nunca he oído hablar de esa Corporación, Nichols.

—Ya lo sé. No eres el primero que me lo dice. Pera olvídate de la Corporación y localízame al doctor Wagner o lo que puedas saber de él. ¿Te será fácil?

—Naturalmente. El doctor Middleton puede informarme. ¿Pero de qué se trata?

—Asunto personal... de momento. Hazme ese favor, Rick. ¿Cuándo puedo llamarte?

—Pongamos dentro de una hora. Creo que entonces sabré algo.

—Gracias —colgó, ceñudo. Las cosas seguían enredándose. Dios quisiera que no se enredaran más.

De allí, se dirigió a la hemeroteca del Municipio. En la sala dedicada a periódicos de otras ciudades americanas encontró pronto el «Chicago News». Hojeó el último volumen, en busca de un ejemplar editado doce días antes, en la ciudad de Michigan.

De nuevo se halló frente a la primera plana de aquel diario donde viera por primera vez el rostro de Patricia Linder, antes de saber que era su compañera de asiento. Ahora leyó con sumo interés la noticia.

«Desde hace veinticuatro horas, los médicos del «Medical Neurologic Center» de esta ciudad buscan afanosamente a una paciente suya, llamada Patricia Linder, una joven de unos veinticuatro años, rubia, de ojos verde oscuros, bonita y de aspecto discreto, que ha huido del establecimiento sanitario, poniendo en peligro la seguridad de muchos ciudadanos. Patricia Linder, internada por demencia con inclinaciones homicidas, logró escapar del centro siquiátrico que dirige el doctor Mac Callum, y cuantos esfuerzos se hacen por localizarla resultan inútiles, dada la extraordinaria sagacidad o ingenio que los anormales ponen en juego para defenderse de la Ciencia y de la Ley. Se nos informa que fue vista anoche por un agente de tráfico, a quien ella engañó con gran habilidad, en

la Avenida Jefferson. Pudo huir de éste y del propio doctor Mac Callum y un sanitario que la perseguían de cerca.

»Se advierte a cuantos hayan podido verla en algún sitio, lo notifiquen inmediatamente a las autoridades sanitarias de dicho Centro, Fullerton, 1022, o al teléfono Fullerton,

332 893

/

332 894.

»Patricia Linder, según se detalla, es sumamente peligrosa y con claras tendencias homicidas, puestas de manifiesto en una agresión que pudo ser mortal, y que se repitió, con igual fortuna para la víctima, al huir del centro sanitario».

No se mencionaba en absoluto a la policía, lo cual no dejaba de ser extraño, visto ahora a la luz de los últimos raros acontecimientos que estaba viviendo Ray Nichols.

Revisó los demás periódicos, pero ya nada se citaba de ella en esos doce días, ni siquiera en páginas interiores o de sucesos. Cerró el volumen y abandonó la hemeroteca.

Estaba haciéndose tarde para ir a reunirse con Verónica, como cada día. Pero Ray no quería abandonar sus pesquisas, ahora que había encontrado algo anormal en lo que hubiera debido ser claro y natural.

Esperó las noticias de Rick en un bar de Santa Mónica. Allí, al cumplirse la hora, llamó de nuevo. La respuesta del joven médico no le sorprendió ya.

—Debes haberte equivocado, Ray. No hay ningún médico colegiado en el país, con ese nombre. Existen varios Wagner, pero ninguno Franz. Y tampoco son alienistas en ningún caso. Por lo demás, esa Corporación de siquiátras no es conocida tampoco. ¿Qué barullo es ése, Nichols?

—Es lo que yo quisiera saber, Rick —gruñó Ray, colgando el aparato.

Perplejo, abandonó el establecimiento. No le extrañaba la nueva

negativa. Lo raro hubiera sido otra cosa Pero si el doctor Wagner, la Corporación Siquiátrica y hasta las señas dadas en la tarjeta eran falsas, un puro fantasma de humo de principio a final, ¿qué sentido tenía eso? ¿Quiénes eran los que metieron a Patricia Linder en la ambulancia?

Unas palabras le llegaron, como en ecos del viento, hasta el fondo de su mente. Palabras angustiosas, obsesivas, lejanas:

—«¡No soy una loca, jamás estuve loca!... ¡No son médicos! ¡No quieren dejarme libre! ¡Me persiguen para sepultarme en vida... Es una conspiración horrible!... ¡Wagner no es un doctor! ¡Mac Callum tampoco! ¡Y aquella horrible clínica de Chicago... es una cárcel, un encierro!...».

Palabras que parecían producto de una locura delirante, de una obsesión persecutoria vulgar... a no ser porque resultaba que una parte empezaba a parecer cierta: *Wagner no existía. No era un médico alienista.*

Caminó lentamente por la calle. Soplaban un aire frío y húmedo aquella noche. Sobre Los Ángeles, se acumulaban nubarrones oscuros. Su sobretodo se agitaba, en torno a sus piernas, azotado por el aire.

Igual que si ese aire le hubiera repetido burlonamente ciertas palabras de las que huecamente repercutían aún bajo la bóveda de su cráneo, un grupo de ellas se agigantó, repitióse, en ensordecedor repique:

«¡MAC CALLUM! ¡Y AQUELLA HORRIBLE CLÍNICA DE CHICAGO... ES UNA CÁRCEL, UN ENCIERRO!...».

Pero eso resultaba inaudito, monstruoso. Patricia Linder tenía que tener unos familiares, unos parientes, alguien que se cuidó de internarla. Y esa clínica habíase atrevido a publicar su nombre en los diarios de Chicago. No podía ser una mentira, como aquel inaprehensible doctor Wagner del que nadie sabía nada.

Rápido, se metió en otro establecimiento cercano. De nuevo pegado al teléfono, solicitó conferencia urgente con Chicago. No sabía por qué estaba tan excitado, por qué hacía todo aquello. Acaso, después de todo, su conciencia no estaba tranquila. Y mucho menos después de las últimas informaciones recibidas.

Se le pidió el número de Chicago al que quería llamar. Ray Nichols apresuróse a dar el nombre del «Medical Neurologic

Center», alegando ignorar el número. Pidió por el doctor Mac Callum.

—Un momento, por favor. Le pondré con Chicago —dijo la operadora. Le ordenó depositar el importe de la conferencia en monedas, dentro del aparato. Ray lo hizo así.

Tras una corta pausa, la telefonista de Chicago recitó, monocorde:

—«Medical Neurologic Center». No se retire. Le pongo con el número de Fullerton, 332 834.

Ray respiró hondo. La frente le transpiraba. Después de todo, había algo cierto en aquel asunto. Mac Callum y su clínica no eran producto de una fantasía.

—¿Dígame? —preguntó una voz en la distancia.

—Quiero hablar con el doctor Mac Callum.

—Yo mismo, señor. ¿Con quién hablo?

—Ray Nichols, de Los Ángeles. Me intereso por una paciente suya.

—¿Una paciente? —La voz del médico reflejaba cautela—. ¿Cuál, señor Nichols?

—Patricia Linder —dijo el nombre a bocajarro. Luego, esperó.

—¿Y bien? —preguntó el médico tras un silencio.

—Eso digo yo, doctor. ¿Qué hay de ella?

—Nos está vedado dar informes de nuestros pacientes a los desconocidos, señor Nichols. Hay muchos curiosos que telefonan y...

—Yo no soy un curioso. Ayudé a internar de nuevo a Patricia Linder, en el aeropuerto de Los Ángeles.

—Oh, eso varía las cosas —el tono del médico cambió—. ¿Qué desea saber?

—Me gustaría enterarme de su actual estado. Y si vuelve a hallarse internada ahí.

—En efecto, provisionalmente está aquí —asintió Mac Callum—. Parece observarse cierta mejoría en ella, pero en estos casos nunca se sabe. Usted vería que parecía una muchacha normal por completo.

—Ciertamente —asintió Ray.

—¿Se ha dirigido ya al doctor Wagner, de Los Ángeles? —

interrogó Mac Callum.

Ray se puso en guardia. No vaciló al denegar.

—No. Iba a hacerlo, cuando pensé que era mejor dirigirme a ustedes.

—Pues atinó —el médico lanzó una risita—. El doctor Wagner está ausente ahora de Los Ángeles. Sin embargo, me informó de su ayuda en el aeropuerto, y me complace serle útil. No esperaba que se interesase por la paciente, pero sin duda posee usted un alto sentido humanitario. Gracias, señor Nichols. ¿Quiere —que le diga algo de su parte?

—Sí, por favor. Dígale que sé cómo se encuentra y que espero pronto verla libre, de vuelta al mundo que abandonó.

—¿No resultará un consuelo demasiado cruel a la postre, señor Nichols?

—Tal vez, doctor Mac Callum. Pero es un consuelo, al fin y al cabo Dígaselo, por favor, si lo cree oportuno.

—Lo haré, no tema.

Ray le dio las gracias. Colgó, volviendo a descolgar inmediatamente. Esta vez marcó el número de una compañía de navegación aérea. Pidió billete para Chicago. Le dijeron que solamente había uno disponible, para el avión nocturno de aquel mismo día.

—Resérvelo entonces —dijo rápidamente—. A nombre de Ray Nichols. Lo recogeré dentro de media hora.

De nuevo colgó. Ahora, el número que su dedo recorrió febrilmente sobre el disco; fue el de Verónica. Su propia voz se puso al otro extremo del hilo.

—¿Dígame? —preguntó.

—Soy yo, Ray.

—¡Ray! —La irritación asomó a la voz de la joven—. ¡Eres el más cínico, desvergonzado e informal de los novios! ¡Llevo más de media hora aguardando a que...!

—Espera, querida. Ya me harás los reproches después.

—Tienes razón. ¡Ven enseguida, y te diré lo que te mereces!

—Me temo que eso no pueda ser, querida —dijo Nichols con suavidad.

—¿Eh? —estalló ella—. ¿Pero qué dices?

—Tengo que ausentarme por ciertas causas que serían largas de

explicar. Avisa a tu padre. Dile que tal vez tarde un par de días en regresar al trabajo.

—¿Pero es que te has vuelto loco? —chilló Verónica, desesperada.

—Todavía no, aunque estoy en camino —rió el joven con cinismo—. Besos, querida. Ya sabes, un par de días, acaso tres. Hasta pronto, encanto...

—¡Ray! ¡Ray Nichols! —los gritos salieron, hirientes, por el auricular.

El joven sonrió, le echó un beso sonoro a través del hilo, y luego colgó, con toda parsimonia, ahogando los chillidos que parecía iban a estallar el aparato.

Salíó de la cabina. Tomó un café bien cargado en el mostrador del establecimiento, adquirió un paquete de cigarrillos y unas revistas, luego tomó un taxi y se hizo conducir a las oficinas de la Compañía de aviación.

El doctor Mac Callum iba a tener una sorpresa regular, allá en Chicago, pensó, retrepándose en el asiento.

Si no hubiera citado a Wagner, todo hubiera sido muy plausible. Su ausencia hubiera justificado la devolución de su carta, sólo en cierto modo. Pero no justificaría la inexistencia de teléfono, de vivienda e incluso de su nombre en la guía médica de la ciudad y del país entero. Si Wagner no existía legalmente como médico... *Mac Callum también mentía.*

¿Por qué?

Es lo que iba a averiguar ahora en Chicago.

CAPÍTULO V

MURO TENEBROSO

El avión cubrió la distancia en pocas horas.

Ray Nichols, sin dormir siquiera, se encaminó a Fullerton. Dio a un taxi la dirección del «Medical Neurología Center», y el taxista le manifestó que ignoraba dónde se hallaba exactamente.

—Debe ser un sitio nuevo —declaró—. Nunca oí hablar de él.

Ray interrogó a un agente de tráfico. Les informó que subieran hasta Lincoln Park, donde había tres o cuatro clínicas nuevas, y preguntaran allí. Así lo hicieron.

La zona era residencial, entre alamedas, parterres y arriates floridos, que se cuidaban celosamente. Varios edificios de tono claro, con abundantes ventanales encristalados y el aire inconfundible de los establecimientos sanitarios, se ofrecieron a sus ojos.

Ray detuvo el taxi ante el primero de los edificios. Una placa metálica anunciaba el lugar como clínica de enfermedades cardíacas. Pulsó el timbre, a pesar de ello, y esperó.

Una enfermera de blanco uniforme se aproximó a la puerta de la verja. Antes de que abriese, Nichols la detuvo con un ademán, fingiendo ver entonces la placa.

—No, por favor, no se moleste —pidió, humildemente—. Creo que me he equivocado.

—¿Qué clínica busca? —interrogó con amable son risa la enfermera.

—El «Medical Neurologic Center».

—Oh, ése —ella asintió con su cabeza, tocada de blanco. Alzó

los ojos y señaló a través de los barrotes hacia un punto de la zona —. Sigán hacia allá. Encontrará tres residencias valladas. La tercera es la que busca usted.

Dándole las gracias, Ray volvió al taxi. Esta vez, cuando el conductor paró, el rótulo de la entrada, en metal blanco, con letras de relieve, negras, rezaba:

«MEDICAL NEUROLOGIC CENTER»

Doctor MAC CALLUM, director

Pulsó el timbre. No dijo al taxista que se marchara. Tal vez le iba a necesitar. Por si acaso, le tendió un billete de veinte dólares mientras esperaba. Le preguntó con energía:

—Es posible que haya complicaciones, si las cosas van como yo espero. ¿Está dispuesto a ponerse a mí lado, en ese caso?

—¿Quiere decir... violencia? —interrogó el taxista, celoso.

—Es posible.

—¿Está usted dentro de lo legal, señor?

—Por completo —sonrió Nichols—. Por eso no tema.

—Pues entonces, adelante —tomó el billete, decidido.

Una figura lenta se aproximó a la verja. Ray vio a un anciano encorvado, con uniforme de conserje o cosa parecida. El hombre detúvose al otro lado de los barrotes e interrogó a Nichols:

—¿Qué desea, señor?

No parecía ver muy bien. Ray le habló con gran seguridad en sí mismo.

—Vengo a ver al doctor Mac Callum. Me espera.

Hubo un silencio. El hombrecillo le estudió con mayor atención. Luego meneó la cabeza.

—Lo veo difícil, señor —declaró finalmente.

—¿Por qué razón? Es cierto, me espera. Hablamos hace unas horas por teléfono y...

—Hace unas horas, señor, es posible que le esperase. Ahora, no.

—¿Por qué?

—Ha muerto, señor...

Ray Nichols se quedó sin aliento. El taxista lanzó una exclamación:

—¡Diablo! No, esperará liarse a tortazos para comprobarlo,

¿verdad, señor?

Ray denegó con la cabeza. Algo funcionaba mal allí, y no era como había esperado.

—¿Muerto? —preguntó—. ¡No puedo creerlo!

—Pues es la pura verdad. El coche le atropelló ahí mismo, donde tienen parado el taxi ahora... Le dejó destrozado. Y precisamente cuando el pobre doctor Mac Callum se marchaba definitivamente de Chicago y de esta casa.

—¿Se marchaba? ¿A dónde?

—No sé, señor. Yo no pregunto esas cosas nunca.

—¡Pero alguien tenía que quedarse aquí, al cuidado de la clínica!

El viejo le estudió, sorprendido, meneando la cabeza.

—Señor, le han debido informar muy mal. El doctor Mac Callum ya no tenía clínica alguna en este edificio.

—¿Eh?

—Hace unos días que había cerrado definitivamente su clínica, aprovechando un momento en que no había ningún enfermo internado. Liquidó muebles e instalaciones, vació las dependencias, despachó a los empleados y resolvió ausentarse. ¿No se lo dijo el doctor cuando le telefoneó usted?

—Nada en absoluto. Claro que no le preguntó —mintió Ray, dominándose—. Sólo quería verle a él.

—Si va al depósito de cadáveres, tal vez le vea aún. Pero dudo que pueda reconocerle. Le destrozaron la cabeza de un modo brutal. ¡Pobre señor Mac Callum!

—¿Usted vio el accidente?

—Desde aquella ventana —señaló una, en la segunda planta de la casa—. No veo muy bien, pero vi al doctor cruzar la calle, con su fornida estatura, su gabardina clara, su sombrero verde... Entonces se le vino encima aquel camión. Le aplastó, y huyó cobardemente, antes de que nadie pudiera acudir en auxilio del doctor. Se lo llevaron como buenamente pudieron, señor.

Ray Nichols asintió despacio. Echó una ojeada lenta al edificio. Parecía cierto. Se advertía un aspecto desierto en la casa. Y aquel anciano no parecía hombre que estuviera mintiendo. A pesar de ello, el asunto era tan grave que obligaba a comprobarlo todo.

—Me gustaría entrar un momento, por favor. Fui muy amigo de

Mac Callum —habló, con falso pesar—. Echaré la última mirada a lo que fue de mi pobre camarada...

—Sí, claro. Entre, señor —abrió confiadamente la puerta enrejada. Ray entró, pisando fuertemente el sendero de grava. Llegó a la puerta, precedido del viejo.

Al volverse, vio que el taxista le seguía, con aire de luchador profesional. Disimulando una sonrisa, le hizo un gesto negativo. El chofer se quedó en el sendero.

Todo era cierto. Las salas y corredores blancos, aún con leve olor a ácido fénico y a otros desinfectantes, estaban igual que una casa en plena mudanza. Ni un mueble, ni un cuadro o un objeto decorativo. Nada. Muros vacíos, salas desiertas. Silencio y oquedad.

Salió de nuevo al jardín, dando las gracias al anciano conserje. Antes se detuvo, y preguntó por encima del hombro:

—¿Hace mucho tiempo que mi amigo se alojó aquí? Yo estuve en el extranjero y...

—Exactamente un año o cosa así. La finca es del señor Maskell. De Stephen Maskell, el fabricante de las «Bebidas Carbónicas Maskell». ¿Le conoce?

—Sí, he oído hablar de él —asintió Ray—. «Maskell-Fresh es refrescante. Y es de Maskell, amigo».

—Ya veo que conoce bien su *slogan* publicitario... —sonrió el hombre.

—Sí, tengo una especial retentiva para las frases publicitarias —comentó con ironía Ray, aunque el viejo no la advirtió.

Le dio las gracias y regresó al taxi. El conductor se alejó, a una indicación suya, comentando entre dientes:

—Bueno, señor, le devolveré ahora sus veinte «pavos». No ha hecho falta pelear...

—Guárdelos, de todos modos —dijo Ray. Iba meditando. Luego, se inclinó—: Vamos a la Morgue.

El hombre dio un respingo, pero no dijo nada y pisó a fondo el acelerador.

* * *

Ray Nichols abandonó el depósito de cadáveres, con el estómago bastante mal. Declaró haber sido amigo del doctor Mac Callum.

Quería verle, y se lo mostraron, después de rellenar y firmar una ficha repleta de formulismos.

No quedaba mucho de aquel hombre. Podía haber sido Mac Callum o su abuelo. Eso nadie sería capaz de discernirlo, tal como tenía la cabeza o lo que fuera. El resto del cuerpo parecía haber sido triturado con una apisonadora, a conciencia. El sombrero verde, salpicado de sangre y de otras muchas cosas más desagradables, estaba allí. Igual que la gabardina clara, y aún envolviendo su espantosa deformidad.

El accidente, según el empleado de guardia, ocurrió sobre cosa de un par de horas después de haber telefonado Ray desde Los Ángeles. «Casual», pensó el joven, ceñudo.

El taxista había empezado a ser algo así como una novia o un hermano para él. Le dio su inmediato destino: el City Hall.

Una vez en el Ayuntamiento de Chicago, se dirigió a la Sección del Censo local, y manifestó ser pariente de la familia Linder. Necesitaba ver a sus familiares, pero paraba poco tiempo en la ciudad, y le urgía.

—¿Qué Linder son? —preguntó el funcionario—. Hay algunos con ese apellido, naturalmente...

—Se trata de mi prima Patricia Linder —se tocó la cabeza—. Una chica que estuvo algún tiempo recluida por andar algo mal de la cabeza, ¿sabe?

—Bien, bien, ese detalle no creo que sirva para nada —repuso algo secamente el empleado. Le había tomado por el provinciano que Ray fingía ser—. Espere a ver si le puedo ayudar en algo...

Buscó en un índice de nombres. Luego, con los números que obtuvo allí, revisó un grueso legajo de Censo. Al final lanzó un suspiro.

—Amigo, ¿dónde vive usted? —rezongó—. ¿En las nubes? Aquí aparecen unos Linder que residieron aquí hasta mil novecientos cuarenta y nueve. Entonces se trasladaron a Springfield, la capital del Estado. Ya anteriormente figura otro Linder que se dio de baja en el Censo de Chicago, pero ése fue más lejos; a Brasil. Y de ello hace más de doce años. Uno de los miembros de la familia es Patricia Linder que ahora tendrá... unos veinticuatro años.

—Ella es —asintió con fingido entusiasmo Nichols—. Justamente ellos. Hace varios años que no sé de ellos. Hoy, al llegar

a Chicago, he querido... ¿Y Patricia, mi pequeña Patricia también está en Springfield?

—No, ella no. Reside aún en Chicago, según el Censo. Con su primo Michael Linder y su tío David. Le anotaré su dirección, por si le interesa...

Le entregó un papel con el valioso dato. Ray Nichols le dio las gracias y salió de la oficina. Miró el escrito, ya dentro del taxi.

—¿A dónde ahora, señor? —interrogó el chofer.

—A Garfield Boulevard, 782 —dijo Ray con un suspiro, retrepándose en el asiento—. Es nuestra próxima etapa...

* * *

—Yo soy Michael Linder —dijo el hombre en camiseta, de fuertes músculos bronceados, cabello castaño claro, muy ondulado, y ojos pardos, poco amistosos. Se mantuvo plantado en el umbral del piso, con la mirada fija en Ray Nichols—. ¿Qué busca por aquí, amigo?

—A usted.

—¿A mí? ¿Para qué? ¿Qué quiere?

—Encontrar a Patricia.

—¿Otro? —El joven, porque joven era, y bastante, hizo un gesto desdeñoso—. Acabarán por volverme loco. ¿Por qué no la buscan por cualquier otro lado de Chicago, menos en mi casa? Prima Patricia, por loca que esté, no vendrá aquí. Nunca, amigo. ¿Se empapa?

¡Pues dígaselo así a sus amigos, y déjeme en paz de una vez!

Se dispuso a cerrar la puerta. Pero Ray metió el pie forzosamente, y lo evitó. Su sólido, fornido hombro, se apoyó en ella, haciendo crujir la madera, Michael Linder le miró con ira.

—¿Va a dejarme cerrar o quiere que le de un buen golpe?

—Inténtelo —le desafió Nichols con suave sonrisa.

Lo intentó. Tiró de pronto hacia sí de la puerta, y disparó su puño derecho contra el rostro burlón de Ray. Pero no lo encontró. Silbaron los nudillos, hendiendo el aire. Y por debajo de su brazo extendido, se coló el izquierdo de Nichols, con el cerrado puño al final, machacando la mandíbula al tipo.

Michael Linder rugió como un toro irritado. Por las escaleras se

oyeron pasos precipitados.

—¡Ya voy, señor! —voceó el taxista.

—No hace falta —rió Nichols, dando a Linder otra muestra de su perfecta esgrima. Eludió un nuevo impacto dirigido torpemente, y en cambio le colocó de nuevo el puño sobre sus narices. Chorrearon sangre éstas, y el joven atlético, en camiseta, trató de pegar de cualquier forma a Ray. Éste continuó demostrando a su rival que con menos músculos, poseía más agilidad y técnica que él.

Le hincó los nudillos en un ojo. Luego la izquierda subió, fulminante, pegándole duramente en el hígado. Se dobló, sin alientos, y entonces Ray penetra violentamente en el piso, aferrando a Linder por el cuello, y acorralándole contra la pared de un confortable recibidor, con una rodilla hincada en su estómago.

—¡No tengo más ganas de hacer exhibiciones, pollo! —Silabeó, furioso—. ¡He venido a saber algo de su prima, no a destrozarle la cara a usted! ¿Va a ponerse en razón o no?

—¿Es... Es de la policía? —gimió Michael, abatido.

—¡Eso no le importa! Soy yo quien hace las preguntas. ¿Qué sabe de su prima?

—Lo que todos. Que escapó de la clínica.

—¿Qué clínica?

—La del doctor Mac Callum, naturalmente.

—¿El «Medical Neurologic Center»?

—Sí, claro...

—¿Conoce usted a Mac Callum?

—¿Yo? Ni falta que me hace.

—Pero le habrá visto al visitar a su prima.

—Yo no he visitado nunca a mi prima... en aquel lugar.

—¿Por qué no? ¿No se llevaban bien?

—No, no muy bien. ¿A qué viene esto?

—Siga contestando, o seguiré yo pegando. ¿No vivía ella con ustedes?

—Está atrasado de noticias. Cuando se volvió chiflada, había dejado ya la casa. Nunca le gustó la idea de casarse con su primo. Dice que es malo unirse entre parientes. ¡Paparruchas!

—Lo malo sería unirse con un estúpido como usted —rezongó Nichole, irritado. Le apretó con mayor fuerza contra la pared—. ¿Cuánto hacía que ella vivía apartada de esta casa?

—No sé... Tal vez un par de meses o tres. En cuanto tío David se fue a Springfield, ella no pudo soportarme más.

—Lo imagino. ¿David Linder no es su padre?

—¿Mi padre? —rió, como si la pregunta fuera graciosa—. ¡Oh, no! Es mi tío. Tío David es solterón. Quiere demasiado a esa tonta de Patricia. La mimó siempre con exceso. A lo mejor por eso se le llenó la cabeza de grillos.

A Ray le daba náuseas aquel tipo. Pero tenía que seguirle estrujando para sacarle verdades, gota a gota. Volvió a la carga.

—Ella no soportó al primito, y se largó, asqueada. De acuerdo, Michael. ¿Y luego? ¿Dónde se alojó ella?

—No sé. En una pensión particular del centro de la ciudad, cerca de donde trabajaba.

—Ah... De modo que trabaja, ¿eh?

—Sí, es muy independiente. Y muy lista. Estoy seguro que ahora no habrá quien la pesque. Sabe mucho, y se burlará de todos, ya lo verá ¡Vaya con la loca!

Ray evocó su ingenioso juego del avión y casi sonrió.

Hubiera sonreído de no recordar que ahora ya no gozaba de libertad. Y que su primo era un cerdo nauseabundo.

—Déjese de comentarios vacíos y siga hablando —le apretó de tal modo, que el otro jadeó, pegado a la pared. En el umbral del piso apareció el taxista, con una llave inglesa en la mano. Se mantuvo quieto, al ver que de momento no hacía falta una mano. En cambio, Linder se asustó más aún—. ¿Qué pensión es ésa? ¿Lo sabe?

—No. No me interesaba ir tras de ella como un colegial. Que se apañaba sola.

—¿No procuró saber dónde vivía, ni siquiera al saber que estaba recluida?

—No. Leí la noticia, me la comunicaron por teléfono también y dije que se fueran al diablo y le pusieran la camisa de fuerza si querían. Me tenía sin cuidado.

Ray le hubiera aplastado otra vez la nariz con auténtico gozo. Se contuvo, con ira, y persistió, agotador:

—¿Y su familia de Springfield? ¿Qué hizo al saber lo que sucedía?...

—Oh, éstos siempre hacen bien las cosas. Tío David y tío Leith

vinieron enseguida. Tío Leith con mi tía Bárbara, su mujer. Sólo faltó que trajeran a mi querido primito Wilkie, el hijo de Leith. Un jovencito que me da asco.

—Pues usted no ha debido mirarse al espejo, hermano. Vamos, siga, ¿qué hicieron por Patricia, al saber su trance?

—Nada. Leith, Bárbara y los demás, creían todos en su locura. El único tonto es tío David, como siempre. Aseguraba que no estaba loca ni mucho menos y que cometíamos todos un error tremendo. Nadie le hizo caso, claro está. Como siempre...

—Ya. Una familia que sólo cree lo malo. ¿Se volvieron a Springfield?

—¿Y qué iban a hacer aquí? Allí tienen una tienda, viven su vida... No podían quitarle la locura a Pat, sólo por venirse otra vez a Chicago. Mandaron al diablo a tío David y a sus lamentaciones, y se fueron.

Él tuvo que seguirles, al final. El pobre no puede prescindir de ellos, o se moriría de hambre.

—¿Y usted de qué vive aquí? —le espetó de repente.

—Eso no le importa.

—¡Vamos, dígamelo! —le presionó—. Ray.

—Trabajo en un club nocturno.

—¿De qué?

—De... De empleado. Atiendo a la clientela. Una especie de *maitre*, ¿sabe?

—Sí, ya sé. Seguramente cobrará cuatro cuartos. Y cierta clase de damas, clientes de allí, se fijarán en su arrogancia y le pasarán el resto de la manutención —advirtió su sonrisa burlona, cínica, y sintió otra vez deseos de pegarle—. ¡Es usted un cubo de estiércol, Linder!

—Cada uno vive de lo que le place. Estoy harto de sus insultos y...

—¡Cierre el pico! —Le abofeteó por dos veces, sin compasión. Sus trallazos sonaron como disparos. Un hilo de sangre fluyó de los labios contraídos del tipo—. Una última pregunta y le dejo en su inmundicia. ¿Dónde trabajaba Patricia?

—Con un antiguo diplomático, metido a negocios. Era su secretaria particular. Un buen cargo.

—¿Quién es ese hombre? ¿Dónde tiene su negocio?

—Lo sabe todo Chicago —rezongó Michael Linder—. Es Stephen Maskell, el fabricante del refresco «Maskell. —Fresh»...

Ray Nichols le soltó, retrocediendo dos pasos con sorpresa. Luego, sin decir palabra, dio media vuelta y salió del piso, con un portazo. A través de la puerta le llegó la voz ronca, biliosa, del repulsivo *gigoló*:

—¡Cerdo! ¡Me vengaré de esto! ¡Le degollaré cualquier día!...

Pero no le hizo caso y salió, junto con el chofer. Éste le miraba.

—A la fábrica central del «Maskell-Fresh» —dijo simplemente Ray.

—Lo suponía —declaró el taxista, que por lo visto no era ningún tonto.

El coche arrancó velozmente a través de la gris jungla de Chicago.

CAPÍTULO VI

HILOS DE LA TELARAÑA

Las bebidas carbónicas americanas eran, para Ray Nichols lo más parecido a una epidemia estúpida y colectiva que gozaba de gran cantidad de contagiados. A base de «cola», gas y una serie indescriptible de sabores repelentes, se ganaban millones, embotellándolo en unos envases muy atractivos que cubrían toda la geografía yanqui.

La «Maskell-Fresh» era el más reciente engendro de las gaseadoras en gran escala. Y aquel colosal edificio de cemento, cristal y aluminio, que refulgía bajo el sol vacilante del otoño de Chicago, era su centro, su arteria vital. El corazón y centro nervioso del producto refrescante creado por Stephen Maskell, el antiguo diplomático que había buscado en los negocios el olvido de sus dudosos aciertos en la vida política.

Llegar hasta Maskell era como pretender llegar a una entrevista con el presidente, sólo con presentarse en Washington y hacer tal intento en la Casa Blanca. A pesar de ello, a Ray Nichols le bastó un nombre para abrir cien puertas herméticas que ninguna otra llave hubiera abierto: Patricia Linder.

Empleados, conserjes, secretarios, secretarias y gerentes, fueron haciéndole desfilar de departamento en departamento, a través de la complicada burocracia de la «Maskell-Fresh», bajo los grandes cartelones rojos y verdes, donde espléndidas criaturas en *bikini* o sin *bikini*, pregonaban las delicias de la bebida de Stephen Maskell. Ray suspiró, pensando en lo feliz que a su jefe le hubiera hecho disfrutar de una exclusiva publicitaria de tal magnitud. ¡Pero ahora no era el

agente de publicidad, sino el investigador aficionado el que visitaba la colosal fábrica de bebidas carbónicas!

Finalmente, se abrió la última puerta. Una vidriera escarchada con las mágicas palabras grabadas en metal dorado:

DIRECCIÓN-PRIVADO

Y allí estaba Stephen Maskell en persona.

—¿Señor Nichols? —El hombre tenía una vocecilla algo atiplada. Señaló una butaca tapizada en azul—. Siéntese, por favor.

Ray dio las gracias y tomó asiento frente al magnate del negocio refrescante. Era gordo, fofo y muy rabio. Las mejillas parecían pintadas con carmín, y todo él recordaba al payaso de circo. Pero un payaso muy bien vestido.

—¿Ha dicho que deseaba hablarme de Patricia Linder? —preguntó suavemente.

—Eso es. —Ray le miraba fijamente—. Era secretaria suya, según creo, ¿no?

—En efecto. Una eficiente, activa y sagaz secretaria, y una muchacha muy agradable. ¿Es usted familiar suyo?

—Pariente algo lejano —asintió Ray, vagamente—. Pero interesado en su estado de salud.

—Bien, en eso no creo poderle ayudar —sonrió el gordinflón Maskell—. La señorita Linder creo que fue internada por trastornos mentales. Lo lamenté mucho.

—Lo creo. Pero si usted era su jefe, sería el primero en advertir esos trastornos.

—Bueno, fui uno de los primeros —asintió, siempre dueño de sí, el hombre gordo—. Me sorprendió en ella, siempre tan ecuánime y normal. No podía creerle, hasta que mi buen amigo, el doctor Mac Callum me lo confirmó sin lugar a dudas.

—¿Usted la envió al doctor Mac Callum para su examen?

—Sí, sí. Me veía moralmente obligado. Además, Patricia se hacía apreciar de veras. Buena chica, la verdad La recomendé a Mac Callum. Y él la examinó a fondo, asistido por el doctor Greene. Una personalidad también, en el alienismo.

—¿Y el resultado del examen?

—Negativo —suspiró Maskell, con un ademán de pesar—. Negativo para ella, claro. Padecía clara neurosis, una intensa

depresión y dolores agudos de cabeza que podían llevarla a la locura total, si no era bien cuidada.

—¿Cómo empezó todo? ¿Hacía tiempo, que ella se sentía enferma, rara en alguna forma?

—No. Fue de repente. No quiero decir que le diera un ataque súbito o algo así, no. Pero empezó a Saquearle la memoria. Olvidaba cosas importantes. Eso me asombró, porque ella tenía buena capacidad mental para todo. Le recomendé un medicamento para fortalecer la actividad cerebral. Fósforo y todo eso, ya me entiende. Le fue bien, pero apenas durante unos días. Volvió a recaer, la memoria le fallaba constantemente, y se volvió irritable. Se marchaba antes de su hora, porque unas veces ella se quejaba de fuertes jaquecas, y otras lo advertía yo, sin necesidad de que ella me lo dijese. Eso me preocupó. Supe, por su tío, David Linder, y también por algunas amistades suyas, que empezaba a perder el apetito, que se enfurecía por cualquier cosa, inexplicablemente. Al quedarse sola, viviendo apartada de un pariente suyo en Chicago y ausentarse su tío, los síntomas alarmantes aumentaron. Se equivocaba en cosas absurdas, cometía fallos imperdonables. En suma, no era ella. Le consulté con Mac Callum, y éste con Greene. Resolvimos estudiar su caso. Le recomendaron un descanso prolongado, pero sometida a vigilancia médica para comprobar su estado mental. La enviaron a una residencia cercana al Lago Michigan, Allí con el cuidado de un enfermero enviado por el doctor Greene, pasó Patricia Linder una semana. No más.

—¿El resultado también fue negativo en este caso?

Stephen Maskell suspiró de nuevo. Agitó una mano gordezuela, en ademán vivaz.

—Fue desastroso. Y pudo ser trágico. No sé de qué modo, ella se apoderó de la navaja de afeitar de su enfermero y guardián. Le cortó el cuello mientras dormía... Escapó después de herirle y fingió dormirse, tomando para ello unas píldoras. La inteligencia clásica de la enferma mental.

Ray Nichols, imperturbable, pero vivazmente intrigado, se inclinó hacia Maskell.

—¿Y entonces?...

—Hubo el factor afortunado de que él doctor Mac Callum acudiera ese día, a la hora de la trágica siesta, con el doctor Greene.

Encontraron al enfermero desangrándose. Pero la herida no fue mortal. Se le pudo asistir a tiempo y sanó. El accidente se ocultó, porque en ese caso, la policía la hubiese enviado a juicio, y de allí hubiera ido a una reclusión en un establecimiento psiquiátrico del Estado. Mac Callum se creía capaz de poderla curar. Greene también mostraba cierto optimismo.

—¿Cómo reaccionó ella después?

—Negando todo. Dijo que durmió sin despertar para nada, durante toda la tarde. Que ella no abrió el frasco de las píldoras que había sobre su mesilla ni tomó ninguna. Que nada sabía de todo lo ocurrido, y que no sentía rencor alguno contra el enfermero, como para hacer tal atrocidad.

—¿Y el enfermero qué dijo?

—No vio nada. Dormía cuando le hizo el corte en el cuello. Pero se halló la navaja, ingeniosamente escondida entre el colchón de la cama de Patricia. Y manchas de sangre en su manga y en las uñas de su mano derecha. Eso era toda una prueba.

—Seguramente. —Ray Nichols entornó los ojos, sin apartar sus ojos de Stephen Maskell—. ¿Dónde está ella ahora?

—¿Es que no lo sabe? —Se sorprendió Stephen—. Escapó de la clínica de Mac Callum. La buscan en vano.

—De eso hace diez o doce días, señor Maskell. ¿No la han encontrado aún?

—Que yo sepa, no. Pero lo cierto es que no he llamado a Mac Callum para informarme.

—Imperdonable olvido en quien tanto se preocupó de Patricia Linder, ¿no le parece?

—Tengo otros asuntos más importantes y urgentes, señor mío —dijo fríamente Maskell.

—Mac Callum me dijo que la tenía de nuevo en su clínica. Yo he venido a verla. Y resulta que tal clínica no existe.

—¿Está loco? Claro que existe. Puedo darle la dirección exacta, si desea...

—No deseo nada. He estado allí. Es un edificio de su propiedad, señor Maskell.

—¿Y qué tiene eso de particular? Parece decirlo acusatoriamente.

—Yo no acuso a nadie de nada —se puso en pie bruscamente—.

Pero quien teme algo, es por alguna razón. ¿Siendo suya la finca, ignora que su buen amigo Mac Callum ha vaciado la casa, disolviendo su clínica psiquiátrica de la noche a la mañana?

—No sabía nada... y me sorprende eso. Mac Callum me hubiera informado. Le llamaré y...

—Perderá el tiempo, señor Maskell. Su amigo Mac Callum ha muerto.

—¿Qué? —aulló el fabricante de refrescos, irguiéndose muy pálido—. ¿Qué dice?

—Un camión le hizo papilla. Podrá identificarlo en la Morgue. Y por si le interesa saberlo, le diré algo más: Patricia Linder no está loca. No hirió a nadie. Pero hay alguien muy influyente, dispuesto a encerrarla para siempre. ¡Cosa que pienso evitar aunque sea a costa de mi propia vida y de la vida de muchos otros, señor Maskell!

Encajó belicosamente sus mandíbulas ante el estupor del todavía alelado Stephen Maskell, y abandono el suntuoso despacho dando un violento portazo.

* * *

Era una sorpresa. Porque Ray esperaba hallar a un farsante habilidoso, y el doctor Duncan Greene resultaba un formidable actor o un auténtico alienista, de edad madura, cabellos blancos y benigna expresión, realzada por la mirada penetrante y limpia de sus ojos grises, tras las gruesas gafas de montura de carey.

—¿Patricia Linder? —El médico asintió despacio con la cabeza. Paseó por su consultorio, sin lujos innecesarios ni aspecto impresionante para asombrar a los clientes ingenuos. Parecía un especialista honrado. Y su gabinete también era honrado, sobrio—. Una muchacha encantadora, señor Nichols. Inteligente, sensible y muy joven. En personas así, la locura es más peligrosa. Porque su propia inteligencia trata de luchar para encubrirla a ojos de los demás.

—¿Está... completamente seguro de que padecía una demencia peligrosa?

—¿Peligrosa? —Greene se encogió de hombros—. A veces, el médico es el primer sorprendido en estas cosas, señor Nichols. Lo cierto es que no la juzgué peligrosa hasta que sucedió lo de la

residencia en el lago Michigan. Estaban solos ella y el enfermero. Éste es un hombre honesto, inteligente y agudo. Lo elegí yo mismo. La agresión que el señor Maskell le habrá contado fue toda una sorpresa. Pero hay casos así.

—¿Para usted, qué clase de locura era exactamente la suya?

—Verá... Todo caso de trastorno mental requiere un examen a fondo. No se puede juzgar un caso en dos o tres días. Ni siquiera en un mes. Precisa estudio, observación... En otro caso, la responsabilidad sobre la conciencia de uno sería tremenda. Personas que durante un mes entero se comportan normalmente ante el médico, al final estallan, tras la contención fría e inteligente, y demuestran su total desequilibrio. En otros casos, una demencia pasajera, unos trastornos mentales fuertes, derivan en realidad hacia una dolencia diferente. Un tumor cerebral, una meningitis o cosas así. No parecía éste el caso de Patricia Linder, pero ciertamente ofrecía aspectos raros. Sus dolores de cabeza, agudísimos, no tenían razón clara. Sus olvidos, su profundo nerviosismo, la dilatación de sus pupilas, tampoco. No es una mujer que beba, fume o tome droga alguna. Hacía vida ordenada y sencilla. Tenía cosas de perfecta normal, y cosas de absoluto desequilibrio síquico. Por eso la hice vigilar. Y por eso, al final, demostró su locura. Pudo haber degollado a aquel hombre...

—¿Fue ella, sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas, señor Nichols —asintió Greene—. Cuando llegué yo con el doctor Mac Callum, salvando milagrosamente de una hemorragia mortal a nuestro enfermero, gozaba ella de un sopor anormal, excitado. Sus huellas estaban sangrantes, en las ropas de la cama del enfermero, al igual que en la empuñadura de la navaja de afeitar. Aún restaban residuos sanguinolentos entre sus uñas. Y su despertar, apacible en principio, excitado y violento después, era una clara expresión de esquizofrenia aguda.

—Entonces, Mac Callum la internó.

—Eso es. Yo mismo se lo aconsejé. Después de todo, era él quien llevaba el caso, por encargo específico de Stephen Maskell.

—¿Qué opinión tiene usted de Mac Callum?

—¿Qué quiere decir? —El tono de Greene se hizo cauto.

—No me refiero al aspecto profesional, sino como... persona.

—Sigo sin entenderle. Mac Callum es un colega. Me pidió mi

ayuda en el caso, y se la presté. Es un médico eficiente. Como persona, imagino que será honorable y recta. ¿Contesta eso a su pregunta?

—Sólo en parte. Sigue sin aclarar por qué Mac Callum ha decidido de pronto desmontar su clínica, ausentarse de Chicago sin previo aviso, y por qué me dice a mí por teléfono que Patricia Linder vuelve a estar en su clínica, cuando eso no es cierto, y poco después, es atropellado en la calle por un camión, que le destroza en el acto.

—¿Pero qué dice usted? —Greene retrocedió— asombrado. —¿Mac Callum... muerto?

—Muerto, doctor Greene —asintió duramente Ray—. No sé si un accidente o un crimen.

—¿Crimen? ¡Qué palabra tan desagradable!

Si, pero a veces hay que afrontarla. Se dijo también que Patricia Linder había intentado usar de nuevo un arma cortante, al huir de la clínica de Mac Callum. ¿Eso es cierto?

—Así se me dijo. Mac Callum me contó que había logrado hacerse de un vidrio agudo, cortante. Con él amenazó a una enfermera, y logró escapar. Al huir, un enfermero trató de detenerla y ella le lanzó un tajo que solamente le hirió superficialmente en el hombro, al echar atrás la cabeza su víctima. Era el enfermero Walton, según creo.

—Eso confirma la teoría de que Patricia Linder está loca. Y es peligrosa.

—Sí. —Greene parecía aun atónito—. ¡Dios mío, Mac Callum muerto!...

—¿Y si yo le dijera que ella es una mujer normal, víctima de un complot?

Duncan Greene abrió la boca, atónito. Miró coa ojos muy dilatados a Nichols. Finalmente, respiró con fuerza y declaró, fría la voz:

—Le diría que miente usted, señor Nichols. Y que el doctor Greene no se prestó jamás a ningún juego sucio ni ha mentido en nada. Ahora, tenga la bondad de salir de mi consulta, señor...

Ray Nichols suspiró. Lamentaba el final de la entrevista. Pero no ere, culpa suya.

—Bien, doctor. Gracias de todos modos —dijo, avanzando hacia

la salida—. Creo que es usted un profesional consciente y honrado. Pero hay alguien que miente en todo esto. O soy yo quien está loco...

Salió del gabinete del alienista. Cuando pisó la calle, iba hundido en una oscuridad más densa y difícil que nunca. Las dudas renacían. ¿Estaba siguiendo una pista absurda? ¿Era realmente Patricia Linder una demente?

La palabra profesional de Greene no admitía dudas. Maskell relataba los trastornos de ella, lo mismo que el alienista. Gente así, no podía estar de acuerdo para hundir estúpidamente a una muchacha.

Pero por otro lado, un doctor Wagner fantasmal aparecía y se esfumaba. Patricia Linder no aparecía. Mac Callum levantaba el campo, y dos horas después de hablar con él, encontraba una muerte muy sospechosa.

¿Cuál de las dos teorías creer? Una y otra no enlazaban. Una versión no podía ser cierta. De no haber me diado una personalidad como la de Greene... El viejo especialista había sido sincero. O era un farsante excepcional.

Finalmente, se resolvió a volver al taxi. El chofer le miró, interrogativo.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora, a Springfield.

—¿A la ciudad de Springfield? —Gruñó, sorprendido, el chofer.

—Claro. ¿De qué se extraña?

—De nada, de nada. Con usted, ya no me sorprende de cosa alguna, señor...

Y emprendió la marcha hacia Springfield.

CAPÍTULO VII

LOS LINDER

Contempló los rostros alineados frente a él. Eran cuatro expresiones distintas, pero todas ellas con la semejanza familiar entre sí. Y parecidos a Patricia.

Leith Linder, alto y delgado, tenía el color de ojos de la joven. Era bien parecido, y sonreía de un modo nervioso, inconsciente, con mucha frecuencia. Su mujer, Bárbara, morena y enjuta, tema demasiado busto para su figura. Vestía humildemente, y se protegía el cabello con un pañuelo anudado. La casa parecía estar patas arriba, porque era día de limpieza.

En cuanto a Wilkie Linder, hijo de Leith, era rubio, fornido y de gesto agresivo. Vestía cazadora de cuero, muy corta, pantalones tejanos y camisa roja. Un cigarrillo colgaba de sus labios descoloridos. Parecía un miembro de esa juventud «no conformista», que habitualmente provoca tantos problemas a la sociedad en que viven.

Completaba el cuarteto un pariente de la familia, según acababa de presentarlo Leith Linder. Se llamaba Bradford Weld, y era primo segundo de los Linder Maduro, fuerte y de facciones toscas, cuadradas, un grueso bigote castaño sombreaba su boca carnosa. Vestía un «mono» azul, muy pulcro, y llevaba una brocha en la mano, embadurnada de azul turquesa. Estaba pintando unas vallas del huerto posterior.

La casa era sencilla, discreta, con muebles claros y limpios, un televisor en un rincón, y muchos cuadros deportivos por las paredes, sin duda porque Wilkie los colgaba allí.

—Perdonen que les moleste —dijo Ray Nichols, tras saludar uno por uno a los presentes—. Pertenezco a la Junta de Sanidad Nacional El caso que me trae aquí, ya pueden suponer cuál es.

—Seguro —rió entre dientes el joven Wilkie, escupiendo a tierra—. La locura de la prima Patricia.

Ray le miró con desagrado. Wilkie y Michael se parecían mucho. Al menos, en los ademanes violentos y groseros. Volvióse lentamente Nichols hacia Leith.

—Su hijo ha atinado. Patricia Linder es el motivo de mi visita.

—¿Y por qué se mezcla en esto la Sanidad Nacional? ¿No nos han traído ya bastantes molestias con todo ello?

—Suponía que un suceso tan desdichado, en una sobrina carnal suya, le habría de interesar en todo momento.

—Mire, señor Nichols —habló con cierta rudeza Leith—. Patricia siempre ha sido una muchacha independiente y rebelde, que no ha querido nada con la familia. En vez de venirse a Springfield, a trabajar junto a nosotros, para ayudarnos un poco con sus ingresos, como es justo que hiciera, ¿qué hizo? Quedarse en Chicago a luchar por sí sola. La vida de esas ciudades es peligrosa, nociva para los jóvenes. Patricia acabo como tantas otras chicas acaban hoy en día.

—¿Es que ella era propensa a la locura?

—No —intervino Bárbara, con una mirada de reproche a su marido—. Y no haga mucho caso a Leith, señor Nichols.

—¡Bárbara! —Se irritó su marido.

—Hablas resentido con ella, porque quiso vivir su vida, lejos de esta ciudad sin horizontes, metida en una casa donde tenía que soportar tus eternos sermones las impertinencias de Wilkie y la estrechez de una vida modesta, sujeta a pocos ingresos.

—Bárbara, no sabes lo que dices. Sería mejor que callaras y...

—Pues no callaré. Si Patricia ha perdido la razón, no sé las causas. Tal vez exceso de trabajo, acaso una dolencia... Lo cierto es que se volvió loca y eso nos dio muchos quebraderos de cabeza. Paro debimos ser un poco, más humanos con ella, no dejarla sola en la estacada, ni marchamos dejándola a merced de los médicos. Mira lo que ocurrió.

—No seas injusta con Leith, Bárbara —intervine Bradford—. Todos sabemos que él tiene razón. Si Patricia se ha criado sin padres, junto a él, y desde que su tío Elliott se fue al Brasil no tuvo

otro protector, debió ser más agradecida. Esto ha sido un castigo de Dios.

—Por favor, señor Weld, no blasfeme —le atajó Ray, con dureza—. Dios no castiga así a ninguna criatura. Tenía entendido que alguien más cuidaba de Patricia, en ausencia de sus padres y de su tío Elliott...

—Yo —dijo una voz segura, firme, desde el fondo de la sala.

Todos se volvieron allí, con disgusto. Ray Nichols, con interés contempló al hombre corpulento, de edad mediana, rostro ancho y bondadoso, ojos claros y sonrientes, en los que parecía ahora haber una sombra incierta. Sus manos anchas y rudas estaban manchadas de pintura. Vestía pobremente, una camisa raída y unos pantalones viejos.

—David Linder ¿no es eso? —sonrió lentamente Ray.

—Eso es —asintió, avanzando hacia él. Se secó las manos pegajosas en su pantalón—. He oído lo que decía, señor. No sé quién es, pero tiene razón. Bradford dice siempre cosas horribles y repugnantes. Como él mismo. Así cree pagar la comida que le da mi buen hermano Leith...

—¡David, no empieces con tus impertinencias! —aulló Leith, volviéndose irritado.

—Sabes que tengo razón —le cortó fríamente David Linder. Su mirada era dura, pero se suavizó al mirar a Nichols—. Dígame, señor; ¿es usted amigo de Pat? ¿O viene a informarnos de algo referente a ella?

—Pues... más bien vengo a informarme yo de ella.

—Entiendo —suspiró—. ¿Sigue sin aparecer?

—Eso es. Aunque hay esperanzas de hallarla en breve. Se teme que pueda hacer alguna temeridad siguiendo suelta y...

—¡Suelta! Habla usted como si se refiriese a una fiera —cortó, desdeñosa, David—. Pat no es ninguna fiera. Ni siquiera está loca.

—¡Tío! —saltó Wilkie, irritado—. ¿Ya empiezas con esas tonterías?

—Yo sé que no está loca —sostuvo, firme, David—. No puede estarlo. La conozco mejor que todos vosotros. Estaría agotada, enferma de los nervios, lo que queráis. Pero loca... ¡eso no va con Pat! Están haciendo una infamia con ella, esto es lo que ocurre.

—Señor Linder, eso que dice usted es muy interesante —dijo

Ray vivamente—. Creí que nadie sostenía la mental normalidad de su sobrina.

—Estos cuervos del infierno, no —abarcó a todos con un gesto—. Le guardan rencor porque Pat siempre ha sabido la clase de familia que tenía y lo que todos esperaban de ella. Confiaban en que Elliott, en Brasil, encontrara millones en diamantes, y les hiciera ricos al no saber nada más de mi hermano Elliott, confiaron en la inteligencia de Pat para vivir el resto de sus días a su costa. No le han perdonado que ella prefiriese vivir su vida. Por eso hablan así.

—David, no dices más que estupideces —era Bradford quien hablaba—. Los médicos han certificado su estado de salud, un enfermero estuvo a punto de morir degollado a sus manos...

—Mentiras todas. No sé quién diablos está tramando esto contra Pat, pero sólo sé una cosa, que ella no está loca...

Nichols miraba con profundo interés a David Linder. Era un hombre de convicciones inamovibles. Sin duda tenía más años de los que parecía, pero era fuerte, recio, habituado sin duda a trabajar toda su vida. Algo que no rezaba con los demás de la familia.

—Este caballero es de la Sanidad Nacional, David —le informó su cuñada, Bárbara, con voz débil, sin mezclarse en la agria disputa familiar—. Él sabrá mejor que tú...

—¿De veras es de Sanidad Nacional? —Los ojos agudos de David Linder se fijaron en Ray; éste hubiera jurado que con cierta ironía, como si supiera que él no era lo que decía—. Me alegra entonces haber dicho lo que dije. Me reafirmo, señor. Mi sobrina está mentalmente sana. Busque por otro lado. Hay alguien que está más loco que ella, y es el que pretende hacer creer a todo el mundo que Pat ha enloquecido.

—¿Por qué iba a pretender nadie tal cosa? —apuntó Nichols, interesadísimo, aunque fingiendo una indiferencia escéptica. Aquella respuesta era precisamente la que estaba buscando desde un principio—. ¿Lo sabe usted, señor Linder?

David vaciló. Ray, con un escalofrío, hubiera sido capaz de jurar que el tío de Pat iba a decir un aplastante y rotundo «sí». Pero la vacilación trajo después una respuesta decepcionante:

—No, claro que no... —Se humedeció los labios con la punta de la lengua, frotándose de nuevo las manos contra el pantalón—. En

fin, tal vez he hablado demasiado ya. Perdóneme, señor. He de volver a la elaboración de mis pinturas...

Salió, con una inclinación torpe. Sus ojos se fijaron, agudos, como un mensaje de algo, en los de Ray. Pero éste no lo captó. No supo qué quería decir David Linder. Y aún se lo preguntaba cuando sonó un portazo en el huerto.

—El alquimista, se encierra en su guarida —rió Wilkie, despectivo, volviendo a soltar un salivazo—. ¡Ése sí que está chiflado! Decir que prima Pat es normal...

Dio media vuelta, alejándose hacia la calle. Pisoteó la hierba del jardín como un vulgar gamberro. En realidad lo era, pensó Nichols con aversión.

—En fin, me temo que no saque nada en claro de ustedes —dijo Ray, tras un silencio tenso—. Esperaba conocer el historial de Patricia Linder, algún precedente que pudiera servir de guía en su caso...

—Pat nunca nos hizo sospechar un final así —era Bárbara quien hablaba, como anticipándose a algún ex abrupto de su marido o de su cuñado—. Era una chica estudiosa, muy inteligente, eso sí. Imaginativa y con gran fantasía...

—¿En qué sentido? —Ray se interesaba ya, más bien en forma trivial, para cubrir las apariencias de su papel.

—Oh, esas cosas de la juventud. Aventuras, misterios, usted ya me entiende —rió Bárbara—. Creía ver cosas apasionantes en cualquier sitio. Durante su infancia, cuando los espías nazis se filtraron en América, ella creía que sus vecinos, que cualquier persona de aspecto raro era un agente alemán. Y su manía de ver cosas así le acompañó mucho tiempo. Un día en Chicago estuvo a punto de hacer arrestar a un pobre bailarín ruso, acusándole de ser espía comunista. Resultó que era un ruso blanco, residente en los Estados Unidos, sin otra culpa que hablar su propio idioma y tener un aspecto sospechoso.

—Eso no parece síntoma de locura —rió Nichols—. Más bien de fantasía algo traviesa.

—Es lo que yo digo —asintió Bárbara, aliviada.

—Te olvidas, querida, de que ha llegado a más —la recordó bruscamente Leith—. ¿Y lo que nos decía en aquella carta, una de las últimas que escribió antes de... antes de pasarle lo que le pasó?

—Oh, Leith, por Dios Ya hemos dicho que era imaginativa. No podía remediarlo...

—¡Imaginativa! ¿Le llamas imaginación a creerse que su jefe era un espía y que tenía su centro de espionaje en la fábrica de bebidas? Es una chifladura como una casa.

—¿Su jefe? ¿Se refiere a Stephen Maskell?

—El mismo. —Leith rió, insolente—. ¿Ve algo más gracioso y estúpido? Es indigno de una muchacha inteligente, culta y consciente de su responsabilidad como secretaria de un hombre rico e importante. ¡Acusarle de espía, y nada menos que por carta! Si Maskell lo hubiera sabido...

—Procuraremos que no lo sepa —sonrió Nichols. Hizo que apuntaba algo en un librito de notas, y lo guardó—. Bien, señores. Creo que esto es todo. Mil gracias, y perdonen la molestia.

—No se preocupe. Lo que hace falta es que Patricia sea hallada y se cure —dijo Leith—. No la quiero mal. Pero de lo que le ocurre, ella tiene toda la culpa.

—A mí no me interesa de quién sea la culpa... sino por qué le ocurre —dijo finalmente Nichols, con una sonrisa, despidiéndose de todos en la puerta.

Dejó atrás la casa de los Linder, con su cerca azul, recién pintada. Respiró el aire de la calle de Springfield. Algo olía mal allí dentro. Era una familia rencorosa y egoísta. Admiró a Patricia por haberles enriado al diablo y elegido su propio camino. Y sintió aún más simpatía por ella.

Pero frunció el ceño, mientras se alejaba hacia donde había dejado el taxi de Chicago, doblando el recodo de la cerca pintada de azul y el muro lateral de la casa, Todo seguía oscuro y sin sentido aparente. Patricia hubiera sido un caso rotundo, indiscutible, de esquizofrenia, de no mediar aquel enigma. ¿Quién era el doctor Wagner? ¿Dónde estaba y por qué mintió en su dirección? ¿Dónde se hallaba Patricia, a quien él mismo había visto meter en una ambulancia, y que aún todos buscaban como desaparecida?

—¡Oiga! ¡Señor, es a usted! —dijo una voz susurrante a sus espaldas.

Se paró bruscamente. Volvióse en redondo.

Allí estaba, asomado sobre la cerca azul, en la trasera de la casa, David Linder. Al volverse, David miró recelosamente hacia la casa.

Luego hizo seña a Ray de que se aproximara a él. Nichols lo hizo así.

—¿Qué ocurre? —indagó, mirando al tío de Patricia.

—Quería verle a solas, señor... ¿Cómo se llama usted?

—Nichols, Ray Nichols.

—Pues bien, señor Nichols; tengo que hablar con usted.

—¿Connmigo? ¿De qué?

—De Pat —su mirada se enterneció. Brilló, húmeda, al hablar de ella—. La quiero mucho, señor Nichols. No como esa pandilla de ratas, que sólo buscan el lucro. Me duele todo lo que le está ocurriendo, y quiero saber la verdad.

—Yo también. —Ray le miró fijamente. Recordó su expresión al vacilar antes—. Añadió, inexpresivo: —La verdad de su locura.

—No está loca.

—Eso ya lo dijo antes.

—Y lo repito.

—Carece de pruebas para decir tal cosa. Hay médicos notables, de todo prestigio y honradez que...

—¡Médicos! No creo en ellos.

—Tenemos el deber de creer.

—Pues yo, no. Les conozco bien. Estudié unos años de Farmacia y asqueado del ambiente, dejé todo eso. Ni más potingues ni más doctores. Sólo ayudan a matar al paciente.

—Es usted terrible —rió Nichols, divertido a su pesar—. ¿Cree que todos se han confabulado contra su sobrina?

—No, eso sería absurdo.

—¿Entonces?

—No sé qué creer —se rascó su canoso cabello con la mano manchada de pintura—. Pero algo raro pasó. Alguien pretende destruir a mi sobrina.

—Antes habló algo de eso. ¿Qué es lo que sabe? ¿Qué sospecha, al menos?

David Linder le miró. Fija, gravemente. Su tono al hablar fue firme. Sorprendió a Ray:

—Usted no es lo que dice ser. No pertenece a la Sanidad Nacional —dijo.

—¿Por qué imagina tal cosa?

—Lo he visto en sus ojos. En su modo de preguntar. Usted busca

algo, sí. La verdad sobre Patricia, no sobre su locura. Juraría que usted tampoco cree en ella. ¿Es... Es un detective privado?

—Tal vez. —Nichols se encogió de hombros—. O tal vez solamente un buen amigo de Pat.

—Es cuanto quería saber. —David Linder respiró satisfecho—. A usted puedo dárselo. A un miembro de la Sanidad, no.

—¿Darme el qué?

—Algo que podría significar una prueba más de la locura de Pat, en malas manes. En las de alguien que crea en ella y busque la verdad... puede ser una pista. Lástima que yo sea demasiado viejo para hacer lo que está usted haciendo, Nichols.

Hundió su mano en el bolsillo derecho del pantalón viejo. Extrajo un papel amarillo, muy doblado. Se lo tendió a Ray. Era un telegrama, un impreso de la «Wester Union», dentro de su sobre. Dirigido a David Linder, Springfield.

Extrajo el despacho telegráfico. Estaba fechado en Chicago, hacía dos meses. Su texto era desconcertante:

«ESTOY ASUSTADÍSIMA, TÍO. HE DESCUBIERTO ALGO TERRIBLE. TENGO MIEDO PORQUE CREO ME VIGILAN. ES URGENTE TE VEA. ESCRIBIRÉ MAS DETALLADAMENTE. NO DIGAS NADA A NADIE. TE QUIERE, PAT».

—Los médicos dijeron algo de «manía persecutoria». —Observó lentamente Ray Nichols, devolviendo el telegrama a David Linder—. Ese telegrama puede significar una confirmación, para cualquiera que no opine como usted.

—¿Y para usted?

—No sé. —Ray se encogió de hombros—. Puede ser sincero, real. Entonces... sería cierta su teoría. Habría alguien, interesado en aislarla, en destruirla. La persona o personas afectadas por ese algo que ella considera «terrible». Pero así, sin pruebas, todo suena a falso, a absurdo. Nadie le creerá, señor Linder.

—Por eso tampoco se lo he dicho aún a nadie. Solamente a usted, señor Nichols.

—¿Por qué no se puso en contacto con ella, una vez recibida el

telegrama?

—Lo intenté. Pero al día siguiente de recibirlo, Maskell la llevó al siquiatra. Lo demás, ya lo sabe usted.

—¿No ha llegado a vería en la clínica de Mac Callum?

—Sí. Pero bajo el efecto de una droga, un hipnótico o algo así. Mac Callum se justificó diciendo que sufría una crisis terrible. No me dejaron verla más. Y entonces estaba casi inconsciente. Me miró, yo creo que sin llegar siquiera a reconocerme...

—Ya. —Ray Nichols le tendió la mano por encima de la valla con olor a pintura—. Le agradezco su confianza en mí. Trataré de aprovechar cuanto sé, en favor de su sobrina. Es todo lo que puedo prometerle. Yo no tengo gran fuerza en todo esto, a pesar de que hago lo que está en mi mano, señor Linder.

—Pues lo está haciendo bien —aprobó David—. Lo presiento, señor Nichols. Y ahora dígame una sola cosa. ¿Por qué hace todo esto?

Ray se quedó callado. La pregunta temida había saltado al fin. Y no era un extraño, sino David Linder, «el tío David», que era el único en creer en Pat, en su normalidad y buen juicio. El único... aparte de él mismo. Y tío David la conocía bien.

La respuesta era difícil, porque él mismo no sabía la razón de todo aquello. Había dejado su trabajo en Los Ángeles, a su prometida, todo cuanto en su vida representaba algo. ¿Por qué? Por ayudar a una extraña, una desconocida que mintió cínicamente, que fingió ser otra durante todo un viaje, que interpretó un papel desconcertante, gracias a unos documentos y un billete de avión robados. ¿Absurdo? Tal vez. Ni siquiera había visto nunca la cara a Patricia Linder, tal y como era. Solamente en una mala reproducción sobre un diario. La otra, la falsa Sheila Williams, era una simple máscara.

—¿Por qué está tratando de ayudar a la pobre Pat? —repitió David Linder la pregunta.

Nichols le miró. Con franqueza, con total sinceridad.

—Quisiera saberlo —dijo—. Haber conocido a su sobrina, disfrazada y a bordo de un avión, no es suficiente motivo para hacer lo que hago. Pero lo estoy haciendo, y yo mismo no sé por qué. ¿Le basta eso, o le parece una tontería?

David Linder se echó atrás ligeramente, sin apartar sus grises

ojos de Nichols. De nuevo brilló en ellos la inteligencia, la comprensión. Y sonrió suavemente.

—Ni mucho menos —confesó, sorprendentemente para Ray—. Me basta... e incluso me sobra. Y no es ninguna tontería, señor Nichols. Ninguna tontería...

Ray se quedó asombrado de aquellas palabras. David Linder comenzó a retirarse, tras una nueva mirada recelosa hacia la casa, y solamente le dijo, regresando ya hacia el huerto posterior:

—Vuelvo a mis pinturas y a mis aficiones químicas, señor Nichols... Pero nos veremos. Procuraré verle pronto. Y ayudarle a poner en claro esta infamia contra Pat...

Se alejó, sonriente y más seguro de sí mismo que nunca, Ray, saliendo de su perplejidad, siguió adelante también, agitando levemente su mano. Algo de la fortaleza de David Linder se le había contagiado. Pisaba firme, camino del taxi que iba a reintegrarle a Chicago. Después de todo, el viaje a Springfield no había sido estéril.

Había conocido a un gran tipo: David Linder.

Y había empezado a ver algo claro: positivamente Patricia Linder no estaba loca.

CAPÍTULO VIII

EN LA VORÁGINE

Estaba demasiado cansado cuando llegó a Chicago.

El viaje de ida y vuelta y la breve estancia en la capital de Illinois, habían sido realmente muy teóricos, gracias a la pericia de Herb. Herb era el taxista que le había tocado en suerte. Un tipo estupendo, para lo que estaba haciendo.

Le debía una cifra astronómica en millas devoradas, pero Herb se portó bien a la hora de pasar cuentas. Ray Nichols, agradecido, le citó para el día siguiente, a las diez de la mañana, cuando se retiró a un hotel, el mismo que ocupara durante la Convención Publicitaria, ya bien entrada la madrugada de tan ajetreado día.

—Estaré como un clavo, señor —sonrió el taxista, con su ancha y larga cara caballuna—. ¿Necesito llevar pistola, por si acaso?

Nichols rió la ocurrencia, le dio una palmada afectuosa en la espalda, y subió a sus habitaciones.

Durmió apenas cinco horas. A las nueve y media ya estaba en pie, duchándose bajo el chorro de agua fría. Se afeitó, peinó y vistió, y encontróse como hombre nuevo, a pesar del escaso reposo de aquella noche.

Gustosamente se hubiera quedado en la cama. Pero la idea de que, mientras él durmiese, una mujer, una criatura indefensa, se podía encontrar en el más pavoroso de los peligros, acaso al borde mismo de tinieblas eternas, le producía el efecto de un espolonazo en todos sus sentidos. El sueño huía entonces, y el cansancio resultaba algo secundario.

A las diez en punto allí estaba Herb, puntual como un clavo,

sonriente a pesar de las ojeras que rodeaban sus avispadas pupilas, y dispuesto a devorar más millas con su taxi.

—¿No cree que le hubiera tenido más cuenta comprar un automóvil? —Gruñó, al verle aparecer en la puerta del hotel.

—Tal vez —rió Nichols—. Pero nunca me ha gustado tener coche propio. Mi futuro suegro quiere obligarme a que lo tenga. Me regalaría cien, si yo los aceptase. Pero no me agrada llevar un vehículo, ni alquilar un chofer para que lo lleve.

—En nuestro país, tipos como usted resultan un fenómeno inexplicable —opinó Herb, sentándose al volante.

—Seguro. Algún día seré el único americano que no tiene coche —asintió Ray con una carcajada, acomodándose detrás—. Tal vez me exhibirán en barracas de feria y todo.

—Por mucho menos le exhiben a uno. —Herb le guiñó un ojo—. ¿A dónde, para empezar?

—A Telégrafos, en primer lugar. He de confirmar un detalle importante, Herb.

Lo confirmó, sin lugar a dudas. Presentóse en la Central de Telégrafos de Chicago como un pariente de Patricia Linder, que quería comprobar el remitente de cierto telegrama Su memoria, prodigiosa en retener cifras y datos, dio los del telegrama que leyera en Springfield. Un funcionario le buscó el original en un archivo.

La letra del impreso era femenina. Angulosa y rápida. Nerviosa, muy nerviosa. Delataba cultura e inteligencia. También imaginación, energía. Todo lo que se podía atribuir a Patricia Linder. Sin ser grafólogo, Ray pudo interpretar fácilmente el significado de la caligrafía. La firma era brusca. El remitente, Patricia Linder. Washington Park, 215, Apartamento 672.

Fue su siguiente destino. Allí había vivido Patricia Linder desde que dejó la vivienda de su primo Michael, el cínico de Garfield Boulevard. Una dama de pelo canoso y expresión afable le atendió. Al mencionar a Pat, se echó a llorar. Ray no hizo demasiado caso de sus lágrimas. Conocía a esa clase de mujeres que, por cualquier cosa, derraman llanto. Rara vez es sincero o real. Pero creen engañar con él.

—La pobre Pat —se lamentó, plañidera, secándose el llanto—. Era una criatura excelente. Una chica bonita e inteligente como pocas, señor. Cuando... Cuando se volvió loca, me llevé un gran

disgusto. Nadie quería creérselo, a pesar de que yo siempre digo la pura verdad.

Ray asintió. Era fácil imaginar a la señora refiriendo el suceso a todos los edificios vecinos, piso por piso.

—¿Vivía sola en el apartamento 672?

—Con otra joven, señor. Una chica que trabaja en un club nocturno. ¡Qué diferencia entre ellas! Claro que líbreme Dios de censurar a nadie. Pero de una a otra... Naturalmente que Dolly... Bueno, es una chica alegre, ya me entiende. Y Pat era una muchacha seria Toda una dama.

—¿Se llevaban bien ellas dos? —interrogó Ray.

—Sí, sí, muy bien. Al menos, en apariencia. Digo yo, señor, que...

—¿Dónde está ahora Dolly? —la atajó Ray vivamente—. ¿Arriba, en el apartamento?

—Oh, no Hay noches en que no aparece siquiera a dormir —rió, maliciosa—. ¡Estas chicas!... No es que las censure, pero... En fin, viven su vida. Si quiere encontrarla, vaya a partir de las diez de la noche al «Trocadero». No es un sitio muy decente, pero allí está Dolly. A eso sí que no falta... Le va en ello el sueldo... y muchas cosas más.

Ray dio las gracias a la viperina señora, y se alejó presuroso. Era un buen elemento la tal señora. La que caía en sus garras y era objeto de su atención, estaba lista.

Eran muchas horas las que mediaban hasta las diez de la noche. Pero, evidentemente, pocas cosas podía hacer entretanto. Parecía como si las pistas se hubieran difuminado. No tenía a dónde ir, salvo aquella Dolly que fue compañera de Pat en el apartamento 672 de Washington Park, 215.

Lo único que podía hacer era establecer comunicación con Los Ángeles, y tratar de salvar algo del naufragio sentimental que a estas horas sería realidad en el alma de su querida Verónica.

La conferencia resultó un fracaso absoluto, porque cuando la voz inconfundible de la heredera de Brian Sheffield sonó al otro extremo del hilo, y él respondió con toda su enorme capacidad persuasiva, todo lo que sucedió fue un seco chasquido, que cortó la comunicación con Los Ángeles. Cuando repitió la llamada por dos veces, el teléfono de Verónica comunicaba.

Probó suerte con Brian Sheffield. Ya que había perdido la novia, al menos procuraría salvaguardar el empleo. Tampoco ahí tuvo mucha suerte. Un empleado de la Empresa, sin duda muy satisfecho de tal encargo, a juzgar por su tono, le dijo textualmente:

—Lo siento, Ray. Pero mientras no vuelvas por aquí y des amplias satisfacciones a tu futuro suegro, la respuesta a toda llamada tuya será la misma: «Lo siento. No está el señor Sheffield». Hasta pronto, querido Nichols.

Colgó irritadamente. No porque el viejo no se pusiera al teléfono, sino por el placer malsano de su colega en transmitirle tan jugoso recado.

Optó por no perder más tiempo. ¡Que se fueran al diablo en Los Ángeles! Verónica, el viejo y el empleo. Se dijo que estaba loco al pensar así. Ray Nichols había sido siempre un hombre medianamente sensato, con ideas lógicas y normales. Desde que hizo el viaje junto a una pelirroja falseada, de su lógica, normalidad y sensatez apenas si quedaban unos jirones lamentables.

David Linder, el astuto tío David, había tenido razón al preguntarle. ¿Qué diablos pintaba él en todo aquello? ¿Por qué buscar algo tan vago, tan inaprehensible tan complicado, por ayudar a alguien que ni siquiera conocía? ¿Por qué?

¿Sólo por remordimientos de conciencia? No,, no, él no tenía culpa alguna en aquello Si no la libró del cautiverio en Los Ángeles, fue porque no pudo. Nadie hubiera hecho más.

Entonces..., ¿por qué? ¿Qué significaba Pat Linder para él?

—El diablo me lleve si logro entenderte, mi querido amigo —gruñó de pronto, frente al rosbif que acababan de servirle, rodeado de ensalada y patetas doradas.

Herb, que almorzaba con él, frente al ventanal a través del cual se veía la esbelta silueta del Loop, erguido contra el nublado cielo de la mañana, pegó un respingo.

—¿Me decía a mí? —preguntó el taxista, sobresaltado.

—No, no —rió Nichols—. Hablaba conmigo mismo, Herb.

—Mala cosa. Así empieza uno cuando se va volviendo chiflado —rezongó el chofer.

—Ojalá fuera así —meditó Ray—. Eso significaría que Pat había hablado en voz alta... y alguien la había oído.

—No sé de qué me habla, señor.

—Mejor. Así no te complicarás la vida.

Siguieron almorzando en silencio. Ray Nichols meditaba sobre muchas cosas. Cada vez veía todo menos claro, pero había algo, algo rebulléndose en el fondo de su mente, que pugnaba por salir, entre torbellinos de ideas confusas. La vorágine de sus pensamientos era difícil de combatir, a pesar de todo.

Fue algo tan repentino, que el grito de Herb le pilló totalmente abstraído.

—¡Cuidado, señor! —aulló de pronto el chofer, lanzándose como un bólido a tierra, con silla y todo. La mesa osciló, en tanto que Ray vacilaba.

Pero tuvo el buen sentido de no perder el tiempo en volverse o en buscar la causa del grito de Herb. Le imitó, arrojándose de lado, cuan largo era.

Inmediatamente ocurrió algo digno de la mejor época del Chicago del año veintinueve. Un crepitar estruendoso de ametralladora sacudió el restaurante hasta sus cimientos, y un diluvio de vidrios pulverizados se abatió contra la mesa, inutilizando la comida por completo.

Los proyectiles silbaron dentro, como insectos enfurecidos, la gente se dispersó, con gritos estremecedores, y Ray Nichols, pegado al suelo, junto a la mesa, vio pasar las rojas estrías llameantes por encima de su cabeza, a través del dismantelado ventanal.

Un coche patinó, en la calle, sobre los chirriantes neumáticos, doblando una esquina a velocidad vertiginosa. Cuando Herb se incorporó, gritando nerviosamente, ya era tarde. El coche se había perdido, dejando tras de sí el vandálico rastro de su paso.

—¡Desde aquel automóvil fue! —gritó el taxista, señalando hacia el ventanal—. ¡Era un «Lincoln» negro! ¡Yo vi la ametralladora en la ventana!

—Pues gracias a eso respiramos aún, Herb —suspiró Ray, incorporándose, mientras una legión de camareros acudía a interesarse por él—. Vaya modo de disparar...

Un encargado que acudió velozmente se extendió en lamentaciones, asegurando que Chicago no era así desde hacía muchos años. Algo inexplicable, que la policía se encargaría de esclarecer. Ray le apaciguó:

—No tema. No ha ocurrido nada. Y de haber ocurrido, maldito

lo que me importaría a mí que la policía pusiera nada en claro.

El revuelo en el local era formidable. Y de él se pudo aprovechar Nichols para tomar vivamente a Herb por un brazo y escabullirse cuando estaban esperando la llegada de la policía.

—¡Vivo, al taxi y a todo correr! —avisó al chofer.

—Pero, señor, ¿es que nos vamos de allí? La policía podría decirnos lo que...

—No me interesa lo que diga la policía. Y sé lo bastante de publicidad para conocer la clase de propaganda que este suceso traería sobre nosotros. Vamos, Herb, lo más lejos posible de ese local. Lo que la policía pueda decirme, lo sé yo. Y tal vez mucho más...

El taxista no preguntó. Por el contrario, emprendió carrera velozmente, y sólo se detuvo a la altura de West Madison, para volverse hacia su pasajero y decir, tendiéndole un objeto oscuro y pesado:

—No sé lo que se trae entre manos, señor, pero sea lo que sea, hay alguien al que no le gusta que siga por ese camino. Se me ha ocurrido que usted puede necesitar esto más que yo.

Era una pistola automática de calibre 38 y empavonado metal negro.

—¡Diablo, Herb! —Ray pegó un respingo—. ¿Qué diablos me da usted?

—No bromeaba cuando le pregunté anoche si traía una pistola conmigo Y la he traído. Que me ahorquen si el tipo del «Lincoln» negro no disparó sobre sus espaldas, señor.

—Es la desagradable sospecha que tengo desde que ocurrió el hecho.

—Pues si se repite con la misma fortuna para usted..., ¡replice con las mismas armas!

—Es una buena idea —sonrió Nichols, tomando el arma, que estudió interesada—. Y por cierto que la seguiré, Herb...

—¿Sabe manejar bien un arma de esas?

—Gané unos cuantos concursos de tiro en California. Espero que no lo haya olvidado.

—Seguro que no. —Herb rió, a través del espejo retrovisor—. Ya lo suponía yo...

El «Trocadero», aunque su nombre pudiera dar a entender que era un local de categoría —acaso por el recuerdo con su homónimo de Hollywood, que Ray conocía bien—, distaba mucho de serlo.

Estaba situado en una calleja afluyente de la populosa Dieciséis Oeste, y a pesar de su concurrida vecindad, su emplazamiento resultaba discreto, recatado, como convenía al dudoso carácter del establecimiento.

Había muchas chicas que mariposeaban por allí, sin profesión concreta, aunque sí era de sospechar lo que podían hacer en tal sitio y revoloteando de mesa en mesa con algún alto en el largo mostrador de iluminación indirecta, que convertía las caras en espectrales mascarillas azules.

Ray Nichols ocupó una mesa bastante discreta. Al camarero que le atendió, le pidió dos cosas: un combinado y a una joven llamada Dolly. El empleado asintió. Poco después, las dos cosas estaban allí.

El combinado era un alto vaso de indefinible contenido color rosado. Dolly era una rubia platinada, de ojos fatigados, boca carnosa, y cuerpo curvilíneo, que ella sabía realzar con el satén negro de su ceñido traje. Un traje que necesitaba urgentemente tela por su parte superior, y también por la grieta lateral que le permitió a Ray admirar sus soberbias piernas enfundadas en nylon color humo.

—¿Qué quiere, amigo? —preguntó Dolly al sentarse—. ¿Conversación o simpatía?

—Las dos cosas.

—La simpatía y la conversación no son gratuitas, amigo.

—Lo supongo. No he pedido tarifas. Sólo que me acompañes. Y bebas conmigo.

—Está bien. Bebo cosas caras. Me gusta el champaña.

—A mí no. Y a ti tampoco. Pide un combinado, como yo.

—Oiga, amigo, si cree que a Dolly se le puede manejar como a un muñeco... —Se irritó ella, empezando a levantarse de la mesa.

—Quédate ahí. —Ray le aferró la muñeca, cerrando en torno de ella sus dedos—. Vengo a ver a la amiga de Pat, no a la Dolly del «Trocadero».

—Me hace daño —se quejó ella. Ray quitó su mano, ella se frotó

la muñeca enrojecida y le miró de hito en hito, con ojos brillantes —. ¿Es un policía o un médico?

—Cualquier cosa —rió él—. O ninguna de las dos, Dolly. Eso es igual.

—Para usted, posiblemente. Para mí, no.

—¿Por qué no?

—No me gustaría que fuese un cochino periodista y luego publicara bazofia.

—No soy un periodista. Mi palabra de honor.

—¿Y si no le creo?

—En ese caso, haz lo que quieras. No puedo darte pruebas de lo que no soy. Conocí a Pat hace poco. Cuando huía de sus perseguidores.

—¿Que usted la ha conocido entonces? —El tono de Dolly se hizo ansioso, brilló mía nueva luz en sus ojos—. ¿La ha visto hace poco?

—Sí. Pero se esfumó de nuevo. No sé dónde está. Y quiero encontrarla.

—Yo también quisiera encontrarla. Y no precisamente para que esos canallas la encierren otra vez.

—¿Qué canallas? —saltó vivamente Ray.

—Los médicos, siquiátras y todo eso, naturalmente. Ella es buena chica, está sana. No pueden decirle esas cosas. Yo sé que no está loca.

—¿Por qué lo sabe? Usted ha sido compañera de apartamento de Pat. La conoce bien. ¿Qué puede decirme de su supuesta locura?

—Que está cuerda por completo. Ciertó que le dolía mucho la cabeza últimamente, que dormía mal, a pesar de las píldoras y del tónico, pero...

—¿Píldoras? ¿Tónico? ¿Se medicaba acaso?

—Sí. Desde que llegué yo al apartamento, una semana después de ocuparlo ella, la vi siempre tomar esas cosas.

—¿Ya iba entonces al médico?

—No, que yo sepa. Se las recetó alguien.

—¿Quién?

—No sé. Seguramente su jefe. Decía ella siempre que el señor Maskell se preocupaba mucho por todo lo suyo. Que era un tipo raro, misterioso, pero agradable.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—No sé, no me lo explicó. Mi novio, el que me buscó el apartamento, también se interesa mucho por todo lo de Pat. Le he contado tantas cosas de ella, que quería ayudarla, sólo por complacerme. Pero no he podido contarle mucho más de lo que le cuento a usted. Solamente que los últimos días, antes de ser examinada por los médicos, estaba muy excitada, muy nerviosa... Decía que tenía que telegrafiar y escribir a su tío David para contarle algo que ocurría. Y que sólo confiaba en su tío. La noche antes de que la internaran empezó a escribir una carta. No la concluyó, que yo sepa.

—¿Una carta? —Nichols se puso tenso—. ¿Se quedó esa carta en el apartamento?

—No sé. Nunca se me ha ocurrido buscarla, la verdad —confesó ella, perpleja.

—¿Y si yo le pidiera que me acompañara a su apartamento y la buscáramos juntos?

—No tenemos derecho a mezclarnos en las cosas de Pat, señor...

—Nichols. Ray Nichols. Y sí tenemos derecho, si es para ayudarla. La tenemos que ayudar. Somos pocos los que creemos aún en ella. Separados, no haremos nada. Unidos, podemos alcanzar algo positivo. ¿Qué decide?

—Señor Nichols, usted continúa siendo para mí un desconocido. ¿Y si sólo pretende acumular más pruebas contra ella, para internarla en un manicomio para siempre?

—Escuche esto, Dolly —ahora apoyó en ella una mano, pero suavemente, encima de su redondo hombro desnudo. La atrajo hacia sí, con expresión firme, persuasiva—. Usted no sabe lo que se esconde detrás de todo esto, pero voy a darle una ligera idea. Sepa que el doctor Mac Callum, que certificó su demencia, ha sido muerto por un camión Y no creo que fuese accidental. Un falso médico se ha fingido tal para internar a Pat no sabemos dónde. Y yo mismo, hace escasas horas, he sido acribillado a balazos desde un coche, en pleno centro de la ciudad, sin que por fortuna me tocasen. ¿Y todo eso por qué? Por Patricia Linder.

—¡Dios mío! —Bajo el maquillaje, Dolly se había quedado muy pálida. Aunque la orquestina del «Trocadero» animaba el ambiente con un mambo, ella parecía estar en un funeral—. ¿Pero por qué

razón...?

—Es lo que ando buscando. Mi teoría es que Pat sabía algo sobre alguien. Una cosa grave... y peligrosa. Entonces resolvieron tejer en torno suyo una telaraña lo bastante tupida como para volverla loca de veras o fingirlo lo bastante bien, para que médicos alienistas lo certificaran en principio. Después ya tendrían ocasión de hacer definitivo ese dictamen. Bastaría una agresión a un enfermero, haciéndole aparecer a ella como culpable, para internarla. Pero no contaron con que Pat haría suyo tal sistema, y atacaría a su vez con un objeto cortante, escapando del sanatorio. Ahora ignoramos dónde está. Una cosa es segura: de un modo u otro, Mac Callum estaba en el asunto. Sabía que todo era una farsa y llevó el asunto adelante. Tal vez se asustó y quiso retroceder. Levantó el campo antes de morir, disolvió su clínica. Entonces le mataron. Lo mismo quieren hacer conmigo. Y si eso ha ocurrido, es porque sigo un rastro positivo. Estoy tras la pista de la verdad, Dolly. Si la alcanzo, tal vez salvemos, no solamente la razón de Pat, sino su propia vida. ¿Me va a ayudar ahora?

—¡Sí! —asintió roncamente la joven, con expresión resuelta.

—No le oculto que puede peligrar su vida también.

—No me importa. Si usted ayuda a Pat, yo también. ¡Tenemos que salvarla, Nichols!

—Eso es. Tenemos que salvarla... de lo que sea. La espero a la salida de este tugurio, Dolly...

—De acuerdo, Nichols. Salga a la calle y espéreme en la esquina. Procuraré salir de aquí dentro de media hora lo más tarde. Mi novio acostumbra a venir después. Le telefonearé para que no se impacienta si tardo un poco. Él se creará que acompaño a algún cliente, y no dirá nada.

Ray asintió y, sin apenas probar su combinado, pagó la consumición y abandonó el «Trocadero».

CAPÍTULO IX

LA NAVAJA

El llavín penetró en la cerradura Yale. Sigilosa, cautamente. Dolly, en la penumbra del corredor, hizo un ademán de prudencia a Ray, apoyado en la pared.

—Hay guardián nocturno —susurró la chica del pelo platino—. Duerme en la planta de arriba, y tiene el oído muy fino. Me armaría un escándalo si viera que meto a alguien en casa.

Ray asintió. La puerta quedó franca, y entraron ambos. Dolly se apresuró a cerrar tras de sí. Una luz se encendió al presionar ella un interruptor. Era un recibidor confortable, amueblado con buen gusto. Los cuadros eran litografías de escenas campestres.

—Venga conmigo —susurró ella—. Mi cuarto es aquél, el de la derecha. Pat ocupaba el de la izquierda.

Le acompañó a una puerta. Estaba cerrada, pero un llavín de Dolly la abrió. Sonrió la chica, agitando su melena platinada.

—Son llaves gemelas la suya y la mía —dijo, a guisa de explicación.

Cuando dieron las tenues luces, Ray Nichols contempló la alcoba de pequeña cama, muebles claros y un tenue aroma a perfume suave, con cierto respeto. Era la de Pat. Una chica fantasmal, apenas una sombra para él. Quitándole los lentes, el bolso rojo y el pelo de igual color, poca cosa quedaba en su recuerdo. Unos ojos verdes que pedían angustiosamente ayuda, era lo único que recordaba de Pat, Una criatura extraña, desconocida..., y allí estaba él, en su alcoba. Jugándose la vida, incluso, para dar con la razón de sus infortunios.

—Todavía huele como huele Pat —suspiró Dolly, pensativa—. Ahí dejó todo; su perfume, sus objetos de tocador, su prendas personales... ¿Buscamos esa carta?

—Sí, por favor...

Se dedicaron a ello con entusiasmo y rapidez. Pronto se concretó la búsqueda a un solo punto: el cajón segundo de su tocador. Allí había fotografías, libros, cartas y revistas ilustradas. Ray rebuscó en todo ello. Apartó una excelente fotografía de Patricia Linder, en compañía de su tío David. Estaban fotografiados sobre el fondo de la bahía del Lago, en un día de sol. Ambos reían, felices, y David tenía pasado el brazo cariñosamente sobre los hombros de Pat. Ella era muy bonita sin lentes, pelo rojo y todo aquello. Una linda criatura, rebosando juventud, vitalidad y belleza.

Finalmente, en un montón de cuartillas, dio con una a medio escribir. Reconoció la letra. La misma de aquel impreso de Telégrafos. Dramáticamente, se apartó de la coqueta. Dolly hizo un movimiento, como de querer leer también aquello. Ray la detuvo.

—Espere, un momento —dijo—. Si es demasiado grave, prefiero que no sepa nada. Es la forma de impedir que corra peligros innecesarios, si alguien llega a interrogarla.

Ella no replicó. Siguió examinando por su cuenta las pertenencias de Pat, mientras Nichols leía, perplejo:

«Queridísimo tío David:

»Sólo en ti confío en este trance en que me encuentro. No quiero recurrir a mi prime Mike, ni siquiera al resto de mi familia. Sabes bien que tío Elliott y tú habéis sido mis únicos seres queridos en el mundo. Tío David, te necesito. Y con mucha urgencia. Ven del modo que sea, y lo antes posible, a Chicago. Te contaré todo. Pero de momento, quiero que sepas que he entrado en conocimiento de algo muy peligroso.

»Por favor, no digas nada a nadie. En primer lugar, no me creerían, porque siempre he sido muy fantástica en esas cosas. Sin embargo, esta vez es cierto. Lo he oído, lo he visto con mis propios ojos.

»Llevo algún tiempo que no me encuentro bien, tío David. Tal vez sea desde que tú no estás. Necesito tus recetas, desde luego. Pero eso no me preocupa ahora. Mi salud es secundaria. Lo que hace falta es avisar a alguien que crea en mí, presentar pruebas de lo que yo sé y que nadie creería. He pensado en ir al
F. B. I.,
pero sería inútil. Me tomarían por loca y...».

Ahí terminaba la misiva. Era todo lo que había escrito Pat. Después; los acontecimientos se habían precipitado, y ya no pudo continuarla. Tío David no supo nunca lo que ella quería decirle, y el telegrama sólo fue un motivo de dudas en él. ¿Real o producto de su fantasía?

Allí había tres letras en las que se clavó la mirada de Ray en el acto:

F. B. I.

¡La Oficina Federal de Investigación! ¿Por qué? ¿Para qué?

ESPÍAS... La palabra acudió a él en el acto. Una frase de la carta lo confirmaba:

«... no me creerían porque siempre he sido muy fantástica en esas cosas. Sin embargo, esta vez es cierto».

El supuesto espía ruso, los falsos agentes nazis... Fantasías, admitía ella. Pero esta vez era cierto. ¿Es qué era cierto?

Sonaba a absurdo, claro. Otra fantasía de Pat, que estaba dispuesta a llevarla al mismísimo organismo federal de la Nación. Pero algo le quitaba aire fantástico. Pat había acertado en sus temores. Sabía algo tan peligroso que era preciso hacerla pasar por loca ante el mundo. Así su testimonio, hasta en plena libertad, carecería de valor.

Sus pensamientos sufrieron una brusca interrupción.

La provocó Dolly, la rubia platinada, que se inclinaba sobre unas fotografías de Pat, poniendo con ello en peligro la dudosa

estabilidad de su descote, sujeto de milagro a su piel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nichols.

—Oh, nada que le afecte a usted —con gesto de irritación, alzó una fotografía—. ¡El muy sinvergüenza! ¿Qué hará mi novio en esta fotografía, del brazo de Patricia?

Nichols acudió prestamente. Miró la fotografía. Luego a Dolly.

—¿Está segura de que éste es su novio?

Era una instantánea bastante clara, tomada en un parque. Al fondo había atracciones de feria. Cogido del brazo de Patricia Linder estaba un hombre joven, fornido, de pelo castaño.

—¿Segura dice? ¡Pues claro que lo estoy! ¡Éste es Michael, mi novio!

—Es alguien más, Dolly. Es Michael Linder, primo de Pat...

* * *

—¡Cielos! ¡Eso no es posible! Me lo hubiera dicho...

—¿Es que nunca se lo dijo?

—Claro que no. Ni podía figurármelo. Dice que se llama Michael Weld...

—Weld es el apellido de un pariente de Pat, pero no el de Michael. El suyo es Linder también. Vive en Garfield Boulevard.

—Creo que sí... Pero es demasiada casualidad. Ser compañera de Pat y novia de su primo...

—¿Pat nunca la vio en su compañía?

—Pues no, creo que no. Pero ahora recuerdo que a Michael le he hablado mil veces de Pat. Y le cité su nombre. Tenía que haberla conocido. Y no lo demostró nunca. Tiene que estar usted equivocado, Nichols...

—No estoy equivocada —hizo un movimiento rápido con la mano—. Espere que ligue mis ideas. Usted me dijo que su propio novio le buscó este alojamiento, ¿no es cierto?

—Pues... sí.

—Michael la envió en realidad a casa de su prima, sin decirle el parentesco. ¿Por qué? Para tener a alguien que la vigilara de cerca. Buscó hábilmente que usted hablara de ella, como así lo hizo, sin sospechar nada. Él se iba informando así de su prima. Procuraba no dejarse ver por ella con usted. Seguramente le dijo que no pusiera

fotografías por los muebles, que eso no le gustaba.

—¡Sí! —exclamó, atónita, la rabia—. ¿Cómo lo puede saber?

—Es un detalle que encaja con los demás. Él no quería correr riesgos. Seguro que usted le habló de sus molestias de cabeza, de lo rara que estaba últimamente, incluso de la carta que escribía y de lo que hablaba a veces...

—De la carta no creo que le hablase, pero sí de lo extraña que veía a Pat, de lo que había cambiado...

—Eso es. Y por no mencionárselo precisamente, está aún la carta aquí —triumfalmente, Ray la guardó en su bolsillo—. Las cosas empiezan a cobrar forma. No hay casualidades así, Dolly. La han estado utilizando a usted como juguete de sus planes.

—¡El muy sinvergüenza!... —Se enfureció ella—. ¡Después que yo trabajo para pagarle sus gastos y...!

—Es lo que está acostumbrado a hacer. Recuerdo que mencionó que trabajaba de camarero o algo así en un club nocturno...

—Estuvo una semana o dos en el «Trocadero». Allí nos conocimos. Pero lo echaron, y yo tuve que seguirle manteniendo mientras no encontraba trabajo.

—Todo calculado por el cínico señor Linder. —Ray silabeó las palabras, asqueado.

—¿Pero por qué motivo ha hecho esto conmigo? ¿Por qué se ha burlado de mí?

—Es lo que voy a saber ahora mismo. ¿Le ha telefoneado, no es cierto?

—Sí.

—¿Irás al «Trocadero»?

—Dentro de una hora o así. Pero por favor, no haga locuras, Nichols.

—No tema. Le diré dos palabras. Cuando acabé con él sabré la verdad. Y aún estará aprovechable para que usted lo recoja, si todavía puede resistirlo a su lado sin vomitar.

* * *

La espera era inútil ya. Dos horas largas, y Michael Linder no aparecía por parte alguna. Tal vez Dolly, tonta como toda mujer de su clase, le había avisado. Era capaz de eso.

—Vamos, Herb, a Garfield Boulevard otra vez. A la casa de aquel angelito.

—Sí, señor.

El taxi emprendió la marcha. Chicago, por la noche, era una enorme, selva de agujas de cemento, salpicadas de luz multicolor.

Ray Nichols subió al apartamento que ocupaba Michael. Para ello, aprovechó el momento en que el telefonista de turno de noche en el vestíbulo de la casa permanecía de espaldas, leyendo la página deportiva de un diario.

Se detuvo ante la puerta en la que había llamado ya una vea. Pulsó el timbre. Pero al oprimir el botón blanco del mismo, no sólo zumbó dentro de la casa el llamador, sino que la hoja de madera cedió a su presión con un suave chirrido.

No le gustó aquello. No le gustaban las puertas abiertas ni las luces encendidas. Los propietarios no acostumbran a dejarlas así. Posiblemente había intrusos dentro. Si Michael andaba metido en líos con alguien, era más que probable.

También él tornó entonces sus precauciones. Extrajo la automática que le diera Herb. Era un arma en buen uso y tenía el cargador completo. Avanzó, ya dentro del piso, y tras entornar la puerta a sus espaldas, con el dedo en el gatillo y los ojos fijos en cualquier lugar de donde pudiera llegar el peligro.

De haber sido él testigo de una escena así, le hubiera entrado risa. Parecía un melodrama barato. Pero era real. Tremendamente real.

Como lo era aquello que sus ojos atónitos vieron ahora, a través del marco sin puerta, punto de comunicación con una pequeña sala.

Allí estaba Michael Linder. En camiseta, como la primera vez que le vio. Y boca abajo sobre la alfombra, igual que si estuviera besando ésta en una absurda posición. Sólo que la posición no era producto de un capricho. Estaba muerto.

Muerto, con el cuello rebanado casi hasta separar su cabeza de guapo «gigoló» del musculoso cuerpo varonil. La sangre formaba un lago estridente bajo su cuerpo. Parecía flotar en ella.

Los ojos dilatados de Ray, Nichols se habían encontrado por primera vez con la muerte violenta. Antes, supo de algo horrible ocurrido a Mac Callum. Pero eso no había llegado a verlo. Ahora, era diferente...

Los pasos procedentes de la alcoba le llegaron con un taconeo lento, estremecedor. Rápido, alzó ojos y pistola, mirando sin miedo pero con prevención hacia la puerta entreabierta.

Ésta se movió, abriéndose más. Apareció alguien allí. Lo primero que captaron sus fascinados ojos, fue la navaja...

La navaja de afeitar, centelleante y acerada, con el filo goteando todavía un rojo espeso y atroz sobre el suelo... entre los dedos de la persona que surgía, como un fantasma rígido y lejano ante Ray Nichols.

La reconoció enseguida. Aun sin gafas y con aquel rostro lívido, crispado...

—¡Pat! —susurró—. ¡Patricia Linder...!

Era ella. No pareció impresionarle su nombre. Miró estúpidamente a Ray, con los ojos verdes totalmente inexpresivos. Aquellas pupilas vivas y elocuentes eran ahora dos vidriosas esmeraldas sin emoción ni humanidad. La mano que empuñaba la navaja no tembló.

—Pat, usted..., ¿usted no ha hecho esto, verdad?... —preguntó roncamente Nichols, avanzando paso a paso hacia ella, con suma cautela.

Siguió mirándole. Sin responder, sin variar su gesto. Ray había tenido razón. Sin maquillaje era muy bonita. Lo era ahora, incluso, con el pelo todavía de rojo y el gesto helado en su faz sin color. Llevaba un traje oscuro, arrugado y sucio. Sucio de sangre. También había sangre en sus piernas y zapatos. Algo horripilante.

—Michael era malo... —recitó de pronto con voz monocorde, clavando sus ojos en el cadáver—. Muy malo... Tenía que morir...

—¡No, por Dios, Pat! —habló Ray vivamente, pero siempre procurando no excitar a la joven, moviéndose insensiblemente hacia ella—. Usted no hizo eso... Usted no mató a Michael. Usted no es culpable de nada... Esa navaja..., ¿esa navaja no la ha utilizado usted, compréndalo!

Llegó junto a ella. De un rápido tirón, arrancó de sus dedos la navaja. Ella pareció resistirse, querer aferrar con fuerza la siniestra hoja de acero. Pero Ray fue mucho más rápido. La apartó de ella, sin quitarle los ojos de encima.

—¡Deme eso! —pidió ella—. ¡Es mío!

—¡No! ¡No es suyo! —Fue, veloz, hacia la puerta por la que

había salido. Señaló hacia un lecho, el de Michael sin duda, todavía con la huella de un cuerpo sobre su colcha—. ¡Mire ahí, Pat! ¡Ésa es la prueba! ¡Usted ha sido traída inconsciente aquí, y alguien, después de degollar a Michael, le ha puesto la navaja en la mano! ¡Tal y como lo hicieron ya una vez, en aquel refugio donde cuidaba de usted un enfermero!

—No... —Denegó ella, despacio—. Yo he venido aquí... para matar a Michael...

Nichols sintióse desesperado. Veía clara la conspiración. Pero lo que no veía tan claro era el por qué Pat, antes rebelde a todo engaño, ahora aceptaba su culpabilidad sin vacilar, incluso rechazando toda otra posibilidad.

¿O es que era realmente culpable, y su delicada mano de mujer había manejado la navaja de afeitar en el espantoso asesinato?

—Atiéndame, Pat —habló suave, persuasivo, acercándose de nuevo a ella—. No debe acusarse así. No sé lo que le ocurre, pero trate de recordar. Me reconoce a mí, ¿verdad?

Le miró como si le escuchara, pero no acabase de entender sus palabras. Negó, despacio, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No le conozco. No conozco a nadie... Yo he venido a matar a Michael...

Nichols empezó a perder la paciencia. Hubiera abofeteado a Pat de buena gana, pero no esperaba que eso resolviese nada. Miró la navaja que estaba empuñando. Allí se veían claramente las huellas de Pat, en un siniestro color rojo. También estaban ya las suyas.

Soltó la navaja como si quemase. Cayó la hoja de acero al suelo. Ray extrajo su pañuelo y limpió cuidadosamente el mango, hasta borrar toda huella.

Allí continuaba Pat. Rígida, insensible, como una estatua da hielo.

—Vámonos de aquí, Pat.

—No —habló ella, despacio, como recitando algo aprendido a conciencia—. Me quedo... Yo tengo que esperar... Esperar a que vengan...

—¿A que venga quién?

Los cabellos se le erizaron de repente. Porque los que venían estaban ya allí. Se pudo percibir el aullido metálico, lejano, aproximándose velozmente. Un ulular inconfundible, que avanzaba

hacia Garfield Boulevard en la noche... ¡La policía!

—¡Vamos, no puedo perder más tiempo!

Rápido, soltó un directo fulminante al mentón de la joven. El impacto la desvaneció en el acto. Cargó con ella en sus brazos y se dirigió a la salida del piso. Momentos más tarde estaba ante el taxi, en la avenida casi desierta. Herb le miró con asombro e inquietud.

—Pero, señor, ¿qué es lo que ha sucedido? —preguntó perplejo.

—Algo terrible, Herb. Corre cuanto puedas y no te detengas aunque se hunda el mundo —echó a la inerte Pat Linder en el asiento posterior. Subió él a su lado con el oído atento al cada vez más próximo alarido de sirena—. Ni siquiera debes detenerte por esa sirena de la policía, ¿entendido?

—¡Diablo, y de qué manera! —Gruñó Herb, pisando el acelerador violentamente.

CAPÍTULO X

LOS ESPÍAS

—Nos siguen, señor.

Ray Nichols se volvió en redondo, imaginando que el vertiginoso coche de la policía, con su sirena, iba en su seguimiento. En los oídos, aquel ulular metálico, ominoso, parecía grabado en tal forma que no sabía si se hallaba lejos o cerca de su sonido.

No era un coche policial, sin embargo. Por lo menos, no lo parecía en absoluto. Y por el contrario, aquel «Lincoln» negro, centelleante, silencioso y veloz, que devoraba el asfalto a sus espaldas, le recordó inmediatamente algo desagradable y muy reciente: el tableteo de una ametralladora sobre su cabeza, en un restaurante de la ciudad, frente a la aguja de cemento del «Loop», con el remate de su famoso reloj.

Si no era el mismo «Lincoln», se trataba de un modelo gemelo. Y Ray no creía en tales coincidencias. En cambio, resultaba particularmente lógico que fueran los autores de la ráfaga que pudo ser mortal, los perseguidores de ahora.

—Acelera —ordenó secamente a Herb.

—¿Cree usted que es prudente? —La mirada angustiosa del chofer le llegó a través del reflejo en el retrovisor—. Juraría que ese coche es...

—No jures, lo es —le cortó Ray—. A pesar de todo, acelera. Ahora no dispararán...

Herb tragó saliva al volver a pisar el acelerador a fondo, hasta que por la desierta ciudad de madrugada rodó a casi cien millas. La avenida era ancha, casi una autopista. Se alejaban del centro. Pero

eso era igual. Lo terrible para Herb era sentir detrás la amenaza latente de una ametralladora.

—Me gustaría tener su seguridad, señor —afirmó, doblando una curva con un chirrido espeluznante de neumáticos—. En cualquier momento nos freirán a balazos.

—Espero que no. Si me equivoco, es que estoy equivocado en todo.

—¿En todo el qué? —gimió el taxista—. Al menos, déjeme ir al otro mundo sabiendo en lo que se equivoca...

—En nada —rió duramente Nichols—. Sigue adelante. No reduzcas la marcha. No frenes.

Asintió Herb. A la desesperada, como todo cuanto estaba haciendo. Que aquello era un juego de locos, ya lo veía. Su cliente había perdido la razón, sin duda.

De repente, el automóvil de alquiler enfiló una carretera a inedia luz, que se alejaba de la ciudad por su parte sur, más allá de los grandes mataderos. Herb miró por el retrovisor. El «Lincoln» negro parecía pegado con goma a su trasera. No se despegaba.

—Frena —avisó de repente Nichols, echándose adelante.

—¿Eh? —rezongó Herb, perplejo, sin atreverse a variar la marcha.

—Reduce la marcha. Y para después por completo —confirmó Ray.

—Pero ¿está seguro de no haberse vuelto loco por completo? —se lamentó el chofer.

—Seguro —rió él, sin apartar sus ojos del espejo donde se miraba Herb. Y donde él veía ahora la marcha, también más lenta, del «Lincoln» negro—. Haz lo que te digo.

Herb lo hizo. Necesitó un trecho relativamente breve para reducir la marcha, frenar totalmente y quedarse clavado en el llano asfalto de la ruta. Era un buen conductor, pensó Ray, sin moverse de su asiento.

El «Lincoln» negro se paró justamente cruzado ante ellos. Una portezuela se abrió. Salieron dos hombres.



Uno empuñaba una ametralladora «Thompson» de reducido tamaño, pero eficaz como segadora de vidas. Estuvo a punto de demostrarlo ante el restaurante, no muchas horas antes.

Reconoció solamente a uno de ellos. Era el hombre a quien conocía como doctor Wagner. Avanzaba con un impermeable negro y su inevitable sombrero sobre el cráneo oval. El rostro bondadoso ya no lo era. Llevaba las manos en los bolsillos, la sonrisa dura. Su compinche, cuando estuvo más cerca, también fue familiar a Ray. Tenía una oreja rota, en forma de coliflor. Evoco la llegada al aeropuerto de Los Ángeles. Parecía distar un siglo de aquel momento.

—Hola —saludó, abriendo la portezuela—. ¿Vienen ustedes

solos, señores?

El falso Wagner le miró fríamente. La ametralladora le apuntaba a dos palmos de sus narices, poco apropiada para bromas.

—¿A usted qué le importa? —Silabeó el supuesto doctor—. Vamos, baje de ahí. Va a venirse con nosotros...

—¿Y la señorita Linder? —preguntó Ray suavemente.

Los ojos de Wagner se achicaron, estudiando el cuerpo inerte de la joven. Luego miró a Nichols.

—¿Se cree muy listo, habiéndola sacado de allí?

—No. Soy tonto. —Nichols rió secamente—. Pero no tanto como usted creyó.

—Peor para usted. Vamos, venga. Ya habrá quien cuide de su querida señorita Linder. Y de su chofer también.

—Espere. —Ray se detuvo, con un pie en la carretera—. ¿Qué van a hacer a mi chofer?

—Nada. —Wagner se encogió de hombros—. Mientras usted no hable demasiado, él no corre peligro. Si le tiene afecto, cierre el pico y no pasará nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Nichols.

Wagner echó a andar delante de él. Del «Lincoln» negro, que era un coche de seis plazas por lo menos, bajaron dos tipos más. Uno era el compañero del de la oreja de coliflor, allá en el aeropuerto. El otro resultó desconocido para Nichols, pero el nombre que le dio Wagner lo aclaró todo:

—Recoge a Patricia Linder, Walton. Y cuidad de ese taxista. No le hagáis daño, mientras no os de motivos. Usted venga conmigo, señor Nichols. Espero que por las buenas.

—Claro que sí —asintió Ray, alzando sus manos vacías—. Soy hombre de paz. No me gustan las violencias.

Wagner le miró, penetrante. Se sonrió por fin, avanzando hacia el «Lincoln». Ray sabía ya que el tal Walton había sido enfermero de Mac Callum. Recordaba bien todos los datos del caso Linder. Walton fue sanitario en la clínica Mac Callum de Chicago.

—La vida da muchas vueltas, señor Nichols —dijo Wagner, mientras avanzaban hacia el coche parado ante ellos—. ¿Quién nos había de decir que nos volveríamos a encontrar en una carretera de Chicago?

—Cierto, «doctor» —el tono de Nichols fue irónico; tanto, que

Wagner le miró, agudo.

—Me buscó en Los Ángeles, ¿verdad? —preguntó de repente.

—Sí.

—¿Antes de telefonear a Mac Callum?

—Eso es. —Nichols suspiró—. Usted lo sospechó enseguida, Por eso ordenó que chafaran un poco a Mac Callum.

Wagner le miró de soslayo ahora, con malignidad.

—Es un error hablar demasiado —arguyó—. Esa teoría puede costarle la vida.

—Sé lo que me costará —sonrió Ray—. Y nunca temí a la muerte demasiado.

—Eso llevará de ventaja, señor Nichols. ¿Por qué se ha puesto frente a nosotros?

—Por una mujer.

—Ya veo. ¿Está enamorado de ella?

—No sé. —Ray ponderó la pregunta. Por primera vez, acaso, sintió una punzada dentro de sí. Era la primera vez que alguien ponía el dedo en la llaga. Vaciló, indeciso—. Tal vez..., tal vez sea eso; no lo sé.

—Lo es. Yo conozco a la especie humana, señor Nichols —rió Wagner.

—Tengo novia en Los Ángeles. Voy a casarme pronto, muy pronto...

—Pero se ha enamorado de otra. Ocurre muchas veces. De todos modos, no se casará. Ni con una ni con otra —se hizo a un lado, en la portezuela del «Lincoln»—. ¿Entra?

—Desde luego —miró a la oscuridad del interior del coche, donde una sombra silenciosa se acurrucaba—. ¿Por qué se oculta tanto, señor Maskell? Sé que es usted el jefe de esta organización...

El hombre del interior lanzó un juramento. Wagner, a su espalda, alzó algo sobre su cabeza. Nichols lo sintió casi físicamente, en el momento mismo en que inició un giro vertiginoso, sorprendente de celeridad.

Su mano hundida en el bolsillo derecho, asomó armada ahora de la pistola de Herb. Había sido un serio error no registrarle; confiaron en la inofensividad de Nichols como hombre de acciones violentas, y se equivocaron.

El de la ametralladora se dio cuenta demasiado tarde. Cuando ya

el doctor Wagner, con una automática empuñada por el cañón, que iba a golpear con su dura culata la nuca de Ray, era perforado por un balazo de la pistola que esgrimía Nichols.

Alzó su peligrosa, mortífera arma, con un juramento obsceno y brusco. Pero Nichols no iba a dejarle terminar su siniestra acción. Iba su propia vida en ello. Disparó por segunda vez, con menos de una quinta parte de segundo entre balazo y balazo.

El tipo de la oreja rota rodó por el asfalto. Ahora le habían roto algo mucho más decisivo. Una pieza de metal ardiente le agujereó el corazón limpiamente. La ametralladora golpeó el asfalto.

El sanitario Walton se quedó rígido, con Pat Linder en brazos, y sin poder reaccionar en forma alguna. Su compinche, cuando intentó algo, un disparo de Nichols le rasgó el hombro, frenándole en seco.

Y Herb, con una potente llave inglesa en su mano, saltó a la carretera, avisando:

—Bueno, señor, si ya empezó el baile, tendré que intervenir yo también, ¿no cree?

Fue el hombre agazapado dentro del «Lincoln» el que intentó algo. Se rebulló la sombra reclinada en el asiento, mientras Ray le daba la espalda. Pero Nichols en ningún momento le había olvidado. Cuando llegó el momento de jugarse todo a una carta desesperada, supo medir fría y matemáticamente sus posibilidades a favor y en contra. El jefe oculto en el coche negro, el dirigente de aquel grupo de asesinos, era una de las más peligrosas posibilidades adversas con que contaba, y no cometió el funesto error de olvidarle.

Cuando Herb saltó a la carretera, reduciendo virtualmente con su presencia a Walton y al compinche del tipo de la oreja rota, Nichols giró levemente la cabeza, vigilando de soslayo al ocupante del coche negro. En cuanto éste se agitó, Nichols volvióse en redondo, disparando sin vacilar contra él.

El anaranjado fulgor de la llamarada que escupió su pistola reveló la encogida figura de Stephen Maskell, el fabricante del veneno embotellado y gaseado que intoxicaba a medio país. En su mano, una automática niquelada, de buen calibre, fue tan inofensiva como un encendedor, cuando la bala de Nichols le destrozó la mano, haciendo brotar la sangre a torrentes entre sus

flácidos dedos. El arma rebotó sordamente en el tapizado suelo del coche.

—Bueno, señor Maskell, se acabó su juego —dijo fríamente Ray Nichols, con el arma aún clavada ante el fofó, obeso hombre de negocios—. Patricia Linder fue amordazada fácilmente, ¿verdad? Bastaba hacerla pasar ante el mundo por loca, para desvirtuar su testimonio. Pero yo no estoy loco ni le será fácil convencer de eso a nadie. Y le resultará un mal enemigo cuando, ante los jueces, diga que en esta ocasión Pat, la soñadora y fantástica Pat, tuvo toda la razón del mundo. Son ustedes espías, Maskell. Espías al servicio del extranjero, socavando y pudriendo América como un cáncer. Esta vez, Pat Linder no se equivocó.

—No, no se equivocó —confesó sordamente Maskell—. El que me equivoqué fui yo al coger a una chica demasiado lista como secretaria particular. Pero le advierto que no les va a ser tan fácil demostrar que nosotros servimos a ninguna potencia extranjera. A la larga, opinarán que es una acusación absurda, novelesca...

—Veremos, señor Maskell, veremos —rió Nichols.

—Ya somos tres contra usted: Herb, mi taxista; Pat Linder, y yo... E incluso el testimonio de algunos más, David Linder, Dolly... Lástima que Michael Linder no pueda decir por cuenta de quién trabajaba... Ni Mac Callum, su buen amigo Mac Callum, eliminado muy a tiempo...

—Pierde el tiempo. Ni lo de Mac Callum lo podrá demostrar, ni mucho menos eso que dice de Michael Linder. Yo no toqué a ese muchacho, ni ordené que lo hiciera ninguno de mis hombres, Nichols.

—Si le cargan lo de Mac Callum, le cargarán lo de Linder, Maskell. No le quepa duda.

—Veremos... —rió hueca, rencorosamente, el hombre de negocios. Se inclinó hacia él, con expresión lívida—. Aún hay algo por hablar, Nichols. Una oferta alta. Pongamos... medio millón de dólares para usted, y una declaración de total normalidad mental para Pat Linder. Es más de lo que puede alcanzar nunca por las malas.

—A pesar de todo, iré por las malas, Maskell. El que traiciona a su patria y se vende a otro país, para espionar y vender secretos importantes, merece la silla eléctrica. Espero que sea su final.

—¡Las sirenas, señor Nichols! —avisó Herb, apurado—. ¡Viene la policía! Han debido oír los disparos...

—Deja, Herb —suspiró Ray—. Ahora ya no importa. Pueden venir cuantos quieran... El caso ha terminado para Patricia Linder... y casi para mí.

Herb, aunque no lo entendió del todo, se encogió de hombros. Si su cliente lo decía, tendría razón. Un tipo como Ray Nichols no podía equivocarse fácilmente...

* * *

Y no se equivocó.

Stephen Maskell, fiado en su alta posición económica y social, cometió el error de menospreciar al adversario. Pero ante la policía de Chicago, en presencia del agente especial Gregg Martins, del F. B. I.,

sus compinches no fueron demasiado fuertes. Nichols sugirió preguntas al federal, que éste aceptó a regañadientes, pero que acabó formulando a los detenidos.

Lentamente, pero con método, fueron resquebrajándose los muros defensivos de los hombres de Maskell. Cuando llegaron a éste, ya el caso estaba hilvanado. Y el propio Maskell, apenas si resistió un par de horas el tercer grado.

El caso era sencillo. Tal vez demasiado sencillo, para todo el complicado laberinto ideado por Maskell. El fabricante de la «Maskell-Fresh» había sido diplomático en la Europa Central, durante los años de la Guerra Mundial. De entonces databa ya su afán de lucro a costa de secretos militares y hábiles servicios de espionaje. De entonces databa también su fortuna, según se comprobó.

Cuando los negocios del refresco no fueron todo lo bien que él esperaba, se resolvió a seguir con sus antiguas aficiones. Ahora pagaban otros. ¿Qué más le daba eso a él? Lo cierto es que empezó a tender sus redes dentro mismo del país. Secretos atómicos, militares y de toda laya. Dinero contante y sonante a cambio. Un buen plantel de agentes a su servicio. Y de repente un error, una imprudencia suya, y Patricia Linder encuentra un dato importante. Ve claro que su jefe es espía.

El temor hace presa en ella. De tal modo, que Maskell se da cuenta de lo que ocurre, mientras Pat vacila porque ya otras veces se dejó llevar de su imaginación y se equivocó. Si vuelve a equivocarse, las burlas serán tremendas. Incluso es posible que no la crean tampoco ahora.

Maskell aprovecha entonces ciertas jaquecas agudas de Pat, y ciertas molestias cerebrales que pueden atribuirse a un desequilibrio mental. Maskell, por mucho que se le presiona, no admite qué eso haya sido provocado por él mismo. Insiste en que ya Pat experimentaba esas dolencias, y es lo que le dio la idea a él, en vez de recurrir a un expeditivo accidente que segara la vida de su secretaria. La aprecia, y prefiere respetar su vida, haciéndola pasar por loca.

Convence a Mac Callum, agente suyo en el país, para seguir la farsa. Lo curioso es que el doctor Greene, ajeno a la conspiración, afirma que hay posible locura.

Eso facilita sus planes en gran manera. Logran internarla en observación, y bajo la vigilancia de un enfermero ajeno a todo aquello, aplicándole un narcótico a la joven cierto día, y encargándose el falso doctor Wagner —en realidad el agente Mark Paradise, al servicio de Maskell— de cortar el cuello al enfermero, procurando no matarle. Un crimen lo estropearía todo. Mac Callum tiene prevista la llegada con Greene a una hora fija, y así sucede, salvando al enfermero como se había previsto. Greene queda convencido, junto con los síntomas de Pat. Y ésta es internada.

Pero un día escapa, haciendo suya la idea de atacar con algo cortante. Utiliza un vidrio, lo único accesible en la clínica de Mac Callum, y huye. La encuentra entonces Ray Nichols en el avión, después de teñirse, disfrazarse y robar unos documentos, dinero y billete del avión, que deposita en un bolso recién comprado, con las iniciales de la mujer robada.

Sin embargo, descubierta la fuga por los hombres de Maskell, se la espera en Los Ángeles. Y es de nuevo secuestrada, aunque esta vez ocultase tal dato a todo el mundo.

Michael Linder, por dinero, ayuda a Maskell en su complot contra Pat. Se vale de Dolly, su amante, para vigilar a su prima. Sabe sus cambios, sus alternativas, e informa a Maskell, que toma buena nota de todo eso. La tela de araña se espesa en torno a Pat.

De repente, surge alguien que está siguiendo una pista acertada, que cree en la perfecta salud mental de Pat. Es peligroso, y hay que eliminarle o asustarle. Así se llega al incidente del restaurante. Pero ya antes, cuando él telefonea a Mac Callum y éste, que ya levanta el vuelo, urde una mentira improvisada, Maskell, al enterarse, decide que Mac Callum se comporta muy torpemente en asunto tan delicado, y conviene acabar con él. Así lo hace un camión, en un supuesto accidente. Cuando llega Ray Nichols a Chicago, Mac Callum está mudo para siempre. No cometerá más errores.

Pero Maskell, nervioso, está cometiendo errores por todos. Así, al ver que Ray Nichols se acerca más y más a la verdad, resuelve dar el golpe final: hacer que detengan a Pat, en casa de su primo, con una navaja en la mano, dispuesta a matarle. Avisan previamente a la policía, vigilan el lugar para que no escape Pat, a la que han dado un narcótico y han dejado en el piso, de acuerdo con el plan elaborado con el propio Michael.

Entonces ocurre algo que nadie espera. Tal vez Michael, aprovechándose del estado de su prima, quiere atacarla. Ella se defiende, le hiere con la navaja, y Michael Linder cae muerto. Ella, sometida al hipnótico, tal y como confirman los médicos forenses, al examinarla esa misma noche tras la detención en la carretera general, pudo hacerlo sin ser responsable de sus actos en lo más mínimo. Será un crimen a cargar en la cuenta de Maskell, que jura irritado y se defiende desesperadamente de esa culpa imprevista.

El caso se cierra. Patricia Linder, sometida a una cura rígida por parte del doctor Greene, empieza a manifestar síntomas de recuperación.

Ray Nichols se presenta un día con una grata sorpresa para Pat, en la clínica donde ella se repone lentamente: le lleva a su tío David.

—¡Tío David!... —Pat Linder, lanzándose en sus brazos, con un llanto amargo, parece ya otra—. ¡Tío David, por favor! ¡Llévame contigo... lejos de aquí! ¡Lejos de todo esto! ¡Te lo suplico, tío...!

—Sí, querida —asintió despacio, lleno de ternura y de bondad su tío—. Te voy a llevar adonde no te acuerdes más de esta horrible pesadilla, pequeña... Ya no me iré de Chicago sin ti...

CAPÍTULO XI

FONDO CENAGOSO

—Adiós, Nichols... Y gracias por todo.

Ray inclinó la cabeza para ocultar su emoción. No era fácil despedirse de Pat Linder, aunque la había tratado tan poco tiempo. Aquella criatura pálida, demacrada aún, pero con un nuevo brillo en los ojos, que se despedía de él en el andén del tren que cubría el trayecto Chicago-Springfield, era la misma a quien conoció de Chicago a Los Ángeles, bajo un pelo rojo, unas gafas fingidas y un traje escarlata ceñido a su bonita figura.

Todo eso, igual que la visión escalofriante de la mujer con la navaja de afeitar en las manos, quedaba atrás. El doctor Greene la había dado de alta, con ciertas reservas, afirmando que ahora estaba en vías de curación. Junto a su tío David, y lejos de Chicago, tendría ocasión de mejorar totalmente.

—Le escribiré —prometió Ray, estrechando su mano.

—¿Desde Los Ángeles? —sonrió ella, ya con un pie en el estribo del metálico monstruo plateado, cuyos motores pronto rugirían, lanzándole sobre las vías hacia la capital de Illinois.

—Sí —suspiró Ray—. Mi prometida me espera. He de volver allí.

—¿Está muy enamorado de ella?

—No —confesó Nichols—. La verdad es que me fijé en ella porque era la hija de mi jefe. Un poco de egoísmo y de ambición mal encaminada. Luego, con el trato, tal vez haya llegado a sentir algo de afecto por ella. Pero detesto su mundo, su ambiente social y sus costumbres. Ella no puede pasarse sin nada de todo eso.

—Será mala cosa —sonrió ella débilmente.

—Sí, muy mala. Pero a todo se acostumbra uno.

—Ray se encogió de hombros. Quiso apartar esas ideas e incluso esa conversación. Estrechó con calor la mano lía David Linder, que parecía otro hombre ya. Al lado de su sobrina, era la viva imagen de la felicidad. —Cuídela mucho, David. Más que nunca.

—Descuide —asintió él—. Siempre fue mi niña mimada. Ahora lo será más...

—Adiós, entonces. Tal vez alerón día vaya por Springfield.

—¿En viaje de novios? —La pregunta de Pat era algo acerba.

—No. Cuando todo eso haya quedado atrás —prometió Ray.

Se saludaron por última vez. El tren avisó de la proximidad de su partida. Al lado de Nichols, el doctor Ordene y el agente federal Martins se despidieron también de Pat y de su tío.

—Vamos —dijo roncamente Nichols, tragando saliva—. No me gusta ver partir los trenes. Es..., es un momento triste.

Greene y el federal se miraron con gesto significativo.

—Sí, vamos —asintió el alienista—. Eso es cierto...

Echaron a andar hacia la salida del andén. Todavía, desde la ventanilla de su apartamento de primera clase, Pat se asomó, agitando la mano.

—¡Adiós a todos! —gritó, jovial—. ¡Y gracias mil veces, Ray Nichols!

Ray sintió un nudo en la garganta. Agitó su mano también. Ella se oprimió las sienes, en la ventanilla.

—¿Le ocurre algo? —se interesó Nichols vivamente.

—No, no es nada —sonrió ella—. Un poco de dolor de cabeza otra vez... Pero ahora es por tantas emociones seguidas... ¡Adiós!

Los tres hombres dijeron adiós. Por última vez. Luego, mientras andaban hacia la salida, Greene meneó la cabeza, pesaroso.

—No debimos aún dejar a esa chica —masculló—. Sigo convencido, pese a lo que diga Maskell, de que le administraron drogas durante cierto tiempo. Drogas bien elaboradas, por supuesto. Y le desequilibraban lentamente el cerebro...

Nichols asintió. Había pensado en eso también. El federal opinó ahora:

—De todos modos, ¿para qué iba a negarlo Maskell? Hubiera confesado eso también...

—Martins tiene razón, doctor Greene —asintió Ray—. Ésa era ya

una culpa secundaria.

—Tal vez..., pero a mí nadie me quitará nunca esa idea —sostuvo el alienista.

Siguieron andando. El tren dio su último aviso. Martins, el agente del

F. B. I.,

rió de pronto, hurgando en sus bolsillos.

—La cosa tiene gracia —comentó divertido—. Y lo más importante se me olvida.

—¿Lo más importante? —Ray le miró de soslayo—. ¿A qué se refiere?

—Hubiera podido endulzar en cierto modo la despedida de esa chica, que me ha parecido tan locamente enamorada de usted, Nichols, como usted de ella —siguió el agente federal—. Y se me pasó por alto, con las emociones del momento.

—No le entiendo...

—Se trata de esto —el hombre del «Federal Bureau» extrajo un papel del bolsillo—. Es un cablegrama de Sao Paulo, Brasil, Con motivo de este caso, el F. B. I se ocupó a fondo de todos los Linder. Un miembro de la familia fue a parar allí hace años.

—¿Al Brasil? —Nichols enarcó las cejas—. Sí, su tío Elliott.

—Eso es. Elliott Linder. Buscaba diamantes.

—Ya sabía eso. ¿Es qué vuelve?

—No volverá nunca. Ha muerto.

—¡Muerto!

—Le picó una víbora venenosa en las selvas.

—¿Y esa noticia iba a endulzar la despedida? —El sarcasmo de Ray era evidente—. Por Dios, Martins, no tiene ninguna gracia su broma...

—Mi broma no es ésa. Elliott Linder encontró sus diamantes.

—¿Eh?

—Un yacimiento riquísimo de diamantes. Vale millones. Murió hace cosa de dos meses y pico. Estas cosas llegan tarde aquí, si uno no se preocupa de indagarlas.

—¡Cielos!...

—Elliott debía querer mucho a Pat. Le deja toda su fortuna a ella sola. Y si le ocurre algo, su familia no percibirá un centavo. A excepción de su tío David. Creo que Elliott Linder era un tipo

inteligente, después de todo...

Ray Nichols asintió. Estaba leyendo en el cable lo mismo que decía Martins. El tren, a sus espaldas, arrancó con un rugido de sus potentes motores Diéssel.

Entonces, Ray Nichols vio el fondo cenagoso, corrompido y horrendo de aquella vorágine en la que había girado Pat Linder desde el principio...

* * *

—Tienes que cuidar esos dolores de cabeza, querida —dijo suavemente David Linder, acomodándose en el compartimiento que ocupaban ellos solos en el confortable tren.

—Sí, tío —asintió ella, apartando con trabajo la mirada del andén de Chicago, que se quedaba ya atrás.

—No me habían vuelto desde hace mucho tiempo..., creo que desde el principio de mis molestias, antes de ocurrir todo este horror.

—Hará falta que te vigile yo un poco —sonrió él, afectuoso—. Ya verás cómo hacemos desaparecer toda molestia, y volverás a ser la alegre Pat que siempre fuiste.

—Has sido muy bueno, tío. —Patricia Linder estiró una mano, oprimiendo con ella la de David—. El único que creyó en mí, que no me considero una loca, como los demás de la familia.

—Yo te conozco mejor que todos los demás, sobrina. No podían engañarme las apariencias... —Rebuscó en su bolsillo y extrajo un pequeño frasco de pildoritas rosadas—. Toma. Esto, unido a los comprimidos que te di ayer, irán fortaleciéndote y normalizando tu funcionamiento mental. Espero que no necesites usarlo mucho tiempo.

—Tú siempre tan preocupado por tu salud, tío David —sonrió ella, reconociéndolo—. La verdad es que siempre fuiste el que me proporcionó esos medicamentos que tan estupendamente sabes hacer. ¿Cómo te llamaba yo de pequeña?

—«El Mago del Laboratorio» —rió David, con expresión melancólica—. Hace de eso algunos años...

—Sí, entonces eras para mí algo así como un hechicero que se metía en su pabellón del huerto, y lo mismo hacía un dulce

excelente, como la pintura para renovar la casa o un medicamento para la jaqueca, el resfriado y todas esas cosas... ¡Tío David, cuánto te he echado de menos todo este tiempo, sola en Chicago, como si me hubieras abandonado en una selva!

—No pude quedarme a tu lado —sonrió David Linder—. Ya sabes que Michael no se llevaba muy bien conmigo. Ni yo con él, la verdad. Me repugnan los tipos como él. No son dignos de vivir.

—Tío, no digas esto. Todo el mundo es digno de vivir. Michael no era un santo, pero tampoco era demasiado malo. Y de cualquier modo, ya tuvo un triste final.

—Eres siempre buena, comprensiva e indulgente con todos. —David movió la cabeza de un lado a otro, mirándola con dulzura—. Mi pequeña Pat... Creí que ya te había perdido para siempre, cuando ese joven nos visitó en Springfield y habló de ti...

—¿Te refieres a Nichols? —El tono de la joven se hizo distinto; tembló su voz.

—Sí, a Ray Nichols —tío David la miró con interés—. Es un joven muy arrogante...

—Sí... —asintió ella, pensativa.

—¿Estás enamorada de él?

La pregunta la sobresaltó. Levantó los ojos, mirando vivamente a su tío.

—No... No sé, tío David. Tal vez sí. No he querido pensar en ello. Tengo miedo. Él, después de todo, pertenece a otro mundo. Vuelve a Los Ángeles, a su ambiente, a su prometida... Ya no espero volverle a ver nunca más.

—Conformidad con todo, pequeña —sonrió David, Palmeándola suavemente el hombro—. Vamos, aleja todos esos pensamientos de tu mente. Has sufrido demasiado para que sigas torturándote. ¿Quieres que te de un consejo? Toma una de esas píldoras, y verás qué suave reposo te proporciona. Descansarás un rato, que buena falta te hace.

—Sí, será lo mejor, tío —destapó el frasquito, mientras David Linder tomaba en la red del compartimento una botella metálica de la que echó agua en un vaso de papel encerado.

—Tómalo con un poco de agua —la expresión de David Linder era beatífica, la verdadera imagen de la bondad y el cariño—. La digerirás mejor...

—Piensas en todo, tío —sonrió ella, agradecida, recogiendo el vaso y disponiéndose a echar la píldorita en su boca.

—Sí, querida sobrina. En todo. Es mi deber pensar en todo. En todo lo tuyo, por lo menos... ¿Qué sería de ti, sin tu querido tío David al lado?

Ella asintió, ya con la gragea rosada junto a la boca. David Linder la miraba, afable, risueño. Como siempre era. Como siempre había sido para Pat, para todo el mundo...

—*No tomes esa píldora, Pat, si aprecias en algo tu vida.*

Fue como un trallazo brutal la voz dura, acerada y violenta de Ray Nichols. El sobresalto fue tal, que Patricia soltó el vaso con agua, derramándolo en la alfombra del compartimento del ferrocarril, lanzado ya a toda velocidad por su doble senda metálica. Lanzó un gritito, y también la píldora cayó de sus labios, justamente cuando iba a ingerirla. Rodó lejos de su alcance.

—¡Nichols! —Fue un grito ronco, aturdido, desconcertado de Patricia Linder.

Y ya Ray Nichols, despeinado, pálido, con los ojos convertidos en dos trozos de hielo acerado, saltaba felinamente sobre ella, arrancándole de la mano el frasquito de píldoras rosadas.

Con él en la mano, se volvió en redondo a David Linder, que parecía tan asombrado e incapaz de reacción alguna como si propia sobrina.

—Éste es el final, David Linder —dijo con voz sorda—. No sé si lo que ahora pretendía era seguir alterando el cerebro de su sobrina o intentaba precipitar las cosas con una muerte rápida. De cualquier modo, la aventura ha terminado. Para usted, naturalmente...

—¡Nichols! —Pat habló, acongojada, trémula—. Pero..., ¿qué dices?

—Sí, señor Nichols —la voz suave de David Linder no había perdido su serenidad—. ¿Qué dice usted? Eso suena a fantástico, a inverosímil y grotesco. ¿Es usted quien se ha vuelto loco ahora?

—Muchos van a creerlo hasta que esto se analice —sonrió Ray Nichols con expresión áspera, alzando el frasco de grageas rosadas—. Pero estoy seguro de lo que van a encontrar aquí. Como de otro medicamento que, sin duda, se apresuró usted a proporcionar a su sobrina adorada en cuanto abandonó anoche la clínica del doctor Greene.

—¡Eso es cierto! —exclamó Pat—. Pero, Ray, no puedes decir cosas tan...

—¿Tan monstruosas? —Ray Nichols rió con acritud, sin quitar sus ojos del sereno Linder—. Sí, Pat, sé que son monstruosas. Pero son la verdad.

—Decididamente absurdo —suspiró David, poniéndose en pie mientras Nichols se mantenía alerta. El otro rió, burlón, alzando sus manos levemente—. No tema, valeroso héroe. Esta vez se ha pasado de rosca. No voy a empezar a tiros con usted...

—No. Usted no es de los que emplean la pistola. Solamente los venenos, los tóxicos... y las navajas de afeitar, David.

—Es inútil discutir, amigo mío —sonrió Linder—. Mi sobrina no cree absolutamente nada de esas paparruchas. ¿Por qué no deja de hacer el ridículo?

—Admiro su sangre fría, Linder —declaró duramente Nichols. Miró hacia el exterior. Estaban cruzando un puente metálico gigantesco. Todo el tren trepidó, al cruzar su tendido de traviesas de hierro, sobre un río situado muy distante, al fondo. A pesar de ello su voz se oyó clara, tangible, rotunda, en el compartimento que sólo ocupaban los Linder, tío y sobrina—. Pero ha perdido la partida, a pesar de todo. ¿Quiere leer el cablegrama de Sao Paulo dirigido al

F. B. I.?

Con la muerte de Elliott Linder, picado por una víbora, y el legado de su mina de diamantes a Patricia Linder... o a usted, si ella moría o estaba incapacitada legalmente para disfrutar de tal herencia.

El golpe acertó esta vez a David Linder como un directo al hígado. Se encogió, perdiendo el color. Entonces supo que todo estaba perdido. Apenas si fue una décima de segundo. Luego eligió el camino que sin duda tenía prevista su mente fría y calculadora, para un caso así.

Ni Pat Linder, que chilló desesperada, cubriéndose el rostro con horror, ni siquiera Bay Nichols, abalanzándose hacia él, lograron cosa alguna.

David Linder se arrojó contra la amplia ventanilla del tren. Golpeó su corpachón el vidrio, destrozándolo estrepitosamente. Su cuerpo penetró a través del boquete de aristas cortantes. Se le vio rebotar como un pelele contra las traviesas de hierro casi pegadas a

los vagones, caer luego a la vía inmediata.

Acto seguido, otro tren pasó en dirección descendente, hacia Chicago. Su fragor, el estruendo de sus ruedas sobre las vías, lo ocultó todo. Incluso el desgarrado grito de horror de Pat Linder.

De su tío David, del bondadoso, dulce y afable tío David, no quedaba nada visible. El tren lo había ocultado a sus ojos. Y tal vez fuera mejor así, pensó Ray Nichols, con repentina fatiga y abatimiento. Tiró del botón de alarma.

Se acercó a Pat despacio, suavemente, casi con arrepentimiento por lo ocurrido.

—Yo... lo siento, Pat —declaró roncamemente—. Lo siento muy de veras. Y no por él, sino por ti...

El convoy se detenía ya. Ahora vendrían las explicaciones, la encuesta, el final de aquel demoníaco asunto. Rodeó con un brazo a Pat, esperando que ella le rechazase, horrorizada. Pero no ocurrió así.

Por el contrario, ella se echó a llorar. Abalanzóse contra él, y dejó que el llanto, un llanto amargo y desconsolado, el llanto de alguien que ha perdido la mayor le de toda una vida, corriese por sus mejillas heladas.

—Llora, Pat, llora... —musitó Ray—. Eso hace bien. Mucho bien, en trances así...

* * *

—Resultado del análisis de las píldoras. Se trata de un activo excitante que, ejerciendo rápido efecto sobre el riego sanguíneo cerebral, provocaría en escasas horas una rotura de vasos, con derrame mortal. Hubiera sido una muerte instantánea... y sin huellas.

El doctor Greene suspiró, asombrado, ante el informe técnico del laboratorio y la muestra analizada. La píldora rosada parecía allí un simple, inofensivo analgésico. Pero era un arma mortífera, un medio de matar rápido y simple.

—Era un buen químico —dijo el alienista—. No cabe duda. El otro medicamento analizado, el que ya había empezado a tomar Patricia Linder, era un tóxico mental activísimo, que producía vivos dolores, trastornos, pérdida parcial de memoria y una fuerte

alteración nerviosa. Creo que es lo que estuvo tomando todo el tiempo que duraron sus extraños síntomas.

—Yo también —asintió Ray Nichols—. Ése era el factor que no encajaba en mi teoría de la culpabilidad de Maskell. Si él afirmaba que no drogó en absoluto a Pat, ¿eran casuales aquellos síntomas? Me resultaba demasiado extraño, excesivamente oportuno para los planes de Stephen Maskell y su cuadrilla de espías.

—¿Fue sólo eso lo que le hizo dar aquel respingo cuando leyó el cablegrama de Sao Paulo, y salió a la carrera, cogiendo el tren en marcha? —intervino el federal Gregg Martins.

—Eso, y algunos otros puntos que quedaban muy nebulosos. No creí en absoluto la historia de que Pat fuese la que degolló a Michael Linder. No encajaba en modo alguno. Cuando yo la vi, estaba simplemente como en estado hipnótico, incapaz de reacción alguna, violenta o débil. No hubiera podido matar a Michael.

—¿Cómo supone que sucedió eso?

—Cuando Maskell llevó a Pat, inconsciente, al piso de su primo Michael, para que este fingiera encontrarla allí y avisara a la policía, siendo capturada nuevamente e internada como loca peligrosa, puesto que Maskell la había provisto de una navaja de afeitar, no sabía que ya en el piso de Michael había otra persona: tío David, que había acudido a Chicago con el pretexto de hacer algo en favor de su sobrina.

»Se ocultó en la escalera cuando llegó Maskell, a tal vez dentro mismo del piso, eso nunca lo sabremos. Depende de si Michael despidió a su tío en la puerta o en la sala, al ver que se acercaba la hora prevista para traer a Pat.

»Entonces, David vio llegar a la comitiva. Subieron a Pat. Se marcharon Maskell y los demás, para emplazarse junto a la casa, en espera de lo que ocurriese. Y David, volviendo a entrar en el piso, mató a su sobrino con la navaja y dejó ésta en manos de Pat, aprovechando su estado hipnótico. Así, el cuadro contra ella era completo y David terminaba con un pariente al que siempre odió. Marchóse de la casa, aunque tal vez por las azoteas, para no ser visto de los espías, a quienes sabía abajo. Y entonces llegué yo...

—Resulta un tanto complicado el juego —opinó el doctor Greene.

—Todo él lo fue, desde un principio. David Linder supo, antes

que nadie, lo del testamento de tío Elliott, en Brasil, y también su muerte. Ignoro cómo se enteró, si bien es de suponer sabía también que Elliott había hallado al fin su fortuna mineral, y esperaba de un momento a otro que muriese. Cuando esto sucedió, alguien informó secretamente a David. Y él puso en marcha sus planes. Recuerden que David estudió farmacia, y era además un buen químico. También deben recordar que, nada más abandonar Chicago, comenzaron las molestias en Pat. Debió convencerla de que se hallaba débil o cualquier cosa así, y le recetó algo que él mismo le entregó.

»Pat comenzó a tomarlo. Progresivamente, iría naciendo en ella el desequilibrio mental que la llevaría a la locura. Y, por tanto, a la incapacidad legal para ser dueña de la herencia, que pasaba automáticamente a él. Entonces, todo se le complicó. Porque Pat, siempre fantasiosa, vio por vez primera algo raro en unas cartas que escribía para el extranjero. Puso en práctica sus dotes de imaginación y halló las claves que descubrieron el juego peligroso de Maskell, como espía de otra potencia. Maskell advierte en Pat algo raro y la hace vigilar. Se entera del telegrama que pone a su tío. Decide intervenir rápidamente, y aprovecha esos dolores de cabeza y alteraciones para intentar que la declaren loca. Con gran sorpresa suya, usted, de quien espera alguna oposición, ve que también afirma la presencia de trastornos mentales.

—Y era cierto —dijo Greene—. La droga originaba trastornos auténticos, de indudable apariencia esquizofrénica.

—Con ello había contado David Linder. Pero no Maskell, que se vio gratamente sorprendido en sus planes. Y los llevó adelante, triunfal. El ataque con la navaja al enfermero fue, como saben, idea suya. Mac Callum era entonces quien drogaba a Pat, a espaldas de usted, doctor Greene, para hacerla caer en letargos.

—¿Y cuando ella escapó de la clínica?

—Eso fue real. Ella hizo suyos los recursos que le atribuían, y atacó con un vidrio cortante a los enfermeros, pero sin intención homicida alguna. Escapó, y su astucia habitual, unida a su imaginación, le hicieron interpretar aquel delicioso papel de la «señora Sheila Williams», escapando a Los Ángeles. Lástima que fuera descubierta y capturada por el falso doctor Wagner. Entonces la secuestraron, en espera de ocasión propicia, como resultó al

intentar la jugada con Mike, que era el encargado de vigilar a Pat, por cuenta de Maskell.

»Mac Callum que, como sabemos, estaba asustado y se echaba atrás de todo lo hecho, preocupado por las consecuencias de lo que ellos decían iba a ser un fácil juego, tuvo que ser eliminado por orden de Maskell, mientras un espectador perplejo e inquieto asistía a las dramáticas e imprevistas derivaciones de su propio pian criminal: David Linder, que quería a su sobrina, a pesar de su perversidad natural, encubierta siempre por ese falso aire de bondad, demasiado evidente para ser sincero, y que no deseaba matarla para cobrar él la herencia. Le bastaba la incapacidad mental de la joven heredera.

»Y aunque esto no le fallaba, había demasiados elementos extraños intercalados en su proyecto general. Esos elementos, como humanos que eran, alteraban su matemático, preciso cálculo, y complicaban todo, aunque en apariencia lo favoreciesen.

»Tenemos, ante todo, a un hombre: David Linder. En apariencia, es el mejor de una familia de resentidos, ambiciosos y egoístas. Pero resulta que, en realidad, es el más humillado de todos los miembros de esa familia. El que ha sufrido más burlas y vejámenes por parte de los demás. También el más pobre, el que ha de depender de sus parientes.

»¿Es factible que un hombre de esa sicología sea todo ternura, bondad y buena fe? Sí, es factible, pero poco probable. Normalmente, un hombre almacena rencor, odio, resentimiento. Es un Linder, y los Linder son apasionados, imaginativos David lo es más que nadie. Vive encerrado en su propio rencor, como si éste fuera una torre de marfil. Su laboratorio del huerto es, como dijera burlona pero ciertamente, Wilkie Linder, su sobrino, la guarida del alquimista. Eso debió señalarle algo sobre su malignidad. Si no, Wilkie no hubiera hablado así. Es un gamberro, un chico estúpido y mal criado, pero no es tonto. Veía algo raro en su tío David Tenía razón. Los ciegos fuimos nosotros al no verlo.

»Si Pat sufría una dolencia falsa, pero ésta era confirmada por un alienista como el doctor Greene, fuera de toda sospecha, es que había algo de cierto. Y ese algo sólo podía ser una cosa, estando Pat sana: medicamentos. Ella no se fiaba de nadie. No se hubiera fiado sino de su queridísimo tío David, idealizado por sus recuerdos de

adolescente.

»Y así lo hizo. Confió en él, en sus recetas personales. Hasta el punto de que en el tren iba a tomar un veneno activo, una droga mortal, sólo porque tío David le dijo que la curaría. A ese extremo llegaba su fe en él. No la perdió nunca..., nunca... hasta que le vio arrojar por la ventanilla del tren, despedazándose contra los hierros del puente metálico. Creo que sólo entonces comprendió la maldad, la perfidia y la ambición sin límites que años y años de humillación y complejos de inferioridad habían hecho germinar dentro de David Linder.

—Es una historia dura y amarga —suspiró Greene—. Para un alienista, resulta admirable, ejemplar. Un loco de poder, de fortuna, de dominio. Un afán enfermizo de demostrar a los que se burlaron de él durante años, su superior condición. Por eso llegó a intentar destruir la vida de su sobrina más querida, sin atreverse a dañarla físicamente, a matarla en forma directa. Sólo cuando se vio acorralado, perdido, con la noticia del testamento de Elliott pendiente de horas, intento acelerar las cosas y no vaciló en matar. Porque matar era forzar el derrame cerebral de Pat, con un par de píldoras como máximo. Pero entonces su locura era ya decisiva, febril, urgente...

—En fin, caballeros, esto es todo penoso y sorprendente —confesó con acento cansado el federal Martins, levantándose de su asiento en el Departamento de Homicidios de la policía de Chicago—. Pero a mí, como agente del

F. B. I.,

no me afecta. Le felicito por su ingenio y astucia, así como por su valor, señor Nichols. La policía ha perdido a un gran elemento cuando usted se metió a publicista. Yo no lo hubiera hecho mejor. Hacía falta deducción, espíritu analítico y un tesón a toda prueba para llegar al fondo cenagoso de esa vorágine centrada sobre Patricia Linder.

El inspector Dolan, de Homicidios, asintió, cerrando con un suspiro su carpeta del caso Linder. Aquél era el final. La última página de una historia tenebrosa y alucinante. El golpe de la carpeta, del «dossier» que iba a asombrar a todos cuando se hiciera público, era como cerrar el libro, tras la lectura de la palabra «fin».

Y ahora...

—Ahora, señor Nichols —dijo el policía de Chicago—, ¿qué piensa hacer usted? Esa chica, Pat Linder, estaba totalmente curada cuando abandonó la clínica del doctor Greene, ayer. Después, el trágico epílogo del tren la trastornó de nuevo. ¿Qué podemos hacer por ella? Ha sufrido demasiado, después de todas esas peripecias...

—No se preocupe, inspector —dijo Ray Nichols—. De eso me encargo yo.

—¿Usted? —El doctor Greene enarcó las cejas, burlón—. Creí que iba a Los Ángeles, a casarse con su prometida.

—No podría soportar más Los Ángeles, ni la empresa publicitaria «Sheffield», ni mucho menos a mi prometida, una hermosa, brillante y sociable criatura a quien le sobran los buenos partidos y los millones. Olvidará pronto a Ray Nichols, el oscuro y bohemio publicista. Sé que encontrará muchos novios a propósito para ella y su adorado padre.

—¿Y usted? —rió el federal Martins—. ¿No dirá la gente que busca a Pat Linder porque va a heredar toda una fortuna en diamantes?

—No sé lo que dirá la gente, ni me importa, señor Martins. Sólo sé que la quiero y que la quise desde el principio, aunque entonces no lo sabía. Como tampoco sabía lo de los diamantes. Ni me interesa. Es más, creo que será mejor que renuncie a todo eso y lo ceda para una obra benéfica. Esa fortuna ha provocado ya demasiados horrores. Y tampoco sería justo que se lo llevaran los Linder de Springfield.

—¿Sabe una cosa? —Gruñó Martins—. Creo que es capaz de hacer eso y mucho más. Convencerá a Pat para que renuncie a los millones de su tío Elliott...

—Exacto. Y entonces me casaré con Pat Linder, y la mantendré yo con mi trabajo y mis medios.

—Pues adelante, hombre de Dios —rezongó el doctor Greene, con un suspiro—. ¿A qué está esperando?

Final

Ray Nichols se salió con la suya.

No volvió a Los Ángeles. Se casó con Pat Linder y logró que ésta renunciase a su fortuna en diamantes, que fue a parar a obras de beneficencia, bajo el nombre de «Legado Elliott Linder».

Y la «Empresa Publicitaria Nichols», en Chicago, todavía está considerada como la primera firma propagandística del país.

Por cierto... En Los Ángeles, una bella joven llamada Verónica Sheffield, contrajo matrimonio con un caballero de la mejor sociedad, y la boda fue un brillante acontecimiento social en la vida de la gran ciudad californiana.

—¿Ves, querida? —dijo Ray Nichols a Pat Linder, mostrándole la crónica de sociedad donde se mencionaba este último detalle—. Nuestras conciencias pueden quedar tranquilas. Ya te dije que Verónica siempre encontraría remedio a su soltería...

—Eres incorregible —rió Pat, besándole en los labios—. ¿Y nuestra fortuna, que tú has tirado alegremente por la ventana? ¿Crees que eso encontrará remedio?

—Naturalmente, querida. —Ray Nichols le devolvió el beso en su jugosa boca. Acarició los cabellos, que ya perdieron su tono pelirrojo, para volver a ser rubios, limpios y brillantes. Tal como él los imaginara siempre—. Me basto para mantener nuestra casa. E incluso para proporcionarte, un pequeño automóvil, aun —que es el chisme que más he odiado siempre. ¡Ah, se me olvidaba! Y un chofer... Tengo un amigo llamado Herb, que aceptará la colocación encantado. ¿Pides algo más, querida?

—Sí, Ray...

—¿El qué, amor mío?

—Exactamente eso que acabas de decir: tu amor...

Nichols le demostró que ya lo tenía. Y para toda la vida...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.